



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A. Buene, Ardandá, Ariza, Arieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Bretón de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Camoamor, Camus, Canalejas, Cafete, Castelar, Castro y Blanco, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Cazorro, Cervino, Cheste (conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cuelo, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Dacarrete, Diaz (José María), Durán, Duque de Rivadavia, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echevarry, Eguiluz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figueroa, Figueroa (Angosto Suarez de), García Gutiérrez, Garañaga, Gálvez, Galtré de Molina (D. Javier), Grassi, Giménez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y Renté, Güelvenzu, Guerrero, Incenga, Hartzbusch, Iriarte, Zapata, Javer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Lorente, Llauro, Macaniz, Marín, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgaz, Ortiz de Pinedo, Oñazaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poe, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Roas, Rivera, Riveco, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Ros y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarninaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidari, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Setiembre de 1880.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Carrera de San Jerónimo, 31.

SUMARIO.

Revista Europea, por D. Emilio Castelar.—España y sus colonias, por don Manuel Becerra.—Necesidad de fijar la idea de justicia, por D. Nicolas Salmeron.—La enseñanza primaria en Francia, por D. Eusebio Asquerino.—De París á Spa, por D. Camilo Flammarion.—La crisis económica y la reacción proteccionista en Europa, por D. Gumersindo Azcárate.—Una grande hazaña por un deseo pequeño, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—Los Juegos Florales de Valencia, por D. Victor Balaguer.—La esclavitud de los negros, por D. Justo Zaragoza.—Roncesvalles: estudio histórico, por D. A. del Val.—Aire, sombra, polvo, humo, por D. José Selgas.—Tipos de argolla y maruja: Ay, qué dolor! Epigrama, por D. Mariano Romero.—Don Diego de la Salve, tradición toledana, por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—Crónica, por D. Miguel Moya.—Anuncios.

REVISTA EUROPEA.

Ya tenemos en campaña, dispuesto á reñir con todos los republicanos gubernamentales, al avanzadísimo Rochefort, cuyo ingenio, mortal para un César y un cesarismo que se fundaban en el silencio y pedían la obediencia maquinal á la arbitrariedad coronada, por precisión ha de estrellarse en las libertades y derechos de una República democrática y amplia como la República francesa. Los fuegos fatuos necesitan para brillar de la noche y de sus tinieblas. La claridad del día extingue su siniestro resplandor. La sátira de Rochefort contra el imperio, lo deshacia como un gas corrosivo; la sátira de Rochefort contra la República, la fortificará sin remedio. Más temible fuera su amistad que su odio. Existen venenos, que son mortales, diluidos en las venas; y que, diluidos en el estómago, son medicinales. No puede resistirlos la sangre, y los digiere el estómago. Un Gobierno cesarista muere, y un Gobierno republicano vive de la contradicción, sobre todo, de la contradicción de ciertas gentes. Si el Gobierno democrático de Francia no tiene complacencias serviles con la demagogia; si no transige con sus antojos; si no sacrifica en sus aras los principios tutelares de la libertad y los derechos eternos del poder; si la combate con energía dentro de las leyes; si cierra todo respiro á sus insensatas esperanzas, tenga por cierta su definitiva derrota y por indudable el reposo de los ánimos reconciliados todos con una República prudente y el progreso pacífico de las instituciones, las cuales han de desarrollarse, apartándose por igual de dos utopías; de la utopía que engendran las nostalgias de lo pasado y de la utopía que engendran las impacencias por lo porvenir. En Inglaterra, la Cámara de los Comunes ha tomado una determinación, que creo completa y absolutamente justa; ha determinado negar á las cenizas del príncipe Luis Napoleon, muerto en una

correría por Africa, enterramiento bajo las bóvedas nacionales de la histórica abadía de Wetminster. Los edificios monumentales no pueden menos de tener un sentido simbólico; y este sentido simbólico no puede menos que nacer de las grandes tradiciones históricas. Así como un racionalista convencido no podría pretender sepultura bajo las bóvedas del Escorial, monumento levantado por la intolerancia religiosa; y un católico rancio no podría pretenderla tampoco en un templo masónico, fortaleza levantada por los liberales contra las antiguas supersticiones, no puede, á su vez, pretender un napoleonida, no, el dormir bajo las bóvedas de un templo nacional inglés, donde descansan las cenizas de Pitt, eterno enemigo de su raza, y las cenizas de Vellington, el vencedor de Waterlloo. Si este napoleonida, que en virtud de su familia, de su sangre, de su tradicion, de las victorias por los suyos alcanzadas y de una leyenda todavía no extinguida, pretendiera el trono de Francia, no sabia con certidumbre á cuanto le obligaba su nombre, si ignoraba que sus gentes solo pueden tener en Inglaterra una Santa Helena, y corre á morir por triste factoría británica, bien puede culparse á sí mismo, y no esperar que su sangre, impremeditadamente vertida, y su oscuro sacrificio consumado sin deliberacion y sin conciencia, borren las guerras titánicas y los bloqueos continentales, que estuvieron á punto de hacer naufragar, como nave sorprendida por las trombas, la más poderosa de las naciones del mundo. Estoy seguro de que la emperatriz Eugenia, ¡pobre madre digna de eterna compasion! al visitar primero los sitios donde cayera el último y los sitios donde enterraron al primero de los Napoleones, ha experimentado doble dolor, á causa de la esterilidad de un sacrificio, tan contrario á todas las tradiciones bonapartistas, en eterna pugna con todos los intereses británicos. Pueden reconciliarse los pueblos, cuyas generaciones se renuevan, y con las generaciones las ideas; difícilmente se reconcilian aquellos que viven petrificados en una autoridad secular y en una tradicion histórica. La abadía de Wetminster, sus puntiagudos y elevadísimos arcos, sus líneas ojivales que revelan á un tiempo el génio sajón y el génio normando, llena de blancos sepulcros marmóreos y de góticos panteones oscuros, parece desafiar mudamente al gigantesco muerto, tendido, como un Faraon de Egipto en sus Pirámides, bajo la cúpula de los Inválidos, rodeada toda ella de una aureola de gloria, cuyos rayos despiden muchas maldiciones y muchos odios de Inglaterra. El Gobierno inglés, esencialmente liberal, ha querido dar esta satisfaccion al Gobierno

francés, esencialmente republicano; y cuentan que la reina ha ofrecido, indignada de tales demostraciones, que descansará el pretendiente al fantástico trono de Francia en uno de los panteones reservados al antiguo trono de Inglaterra. Difícil creer que reina tan constitucional como la reina Victoria, indirectamente anule acuerdo tan maduro como el acuerdo de una Cámara británica. La guerra y la guerra universal relampaguea sobre Europa, de nuevo amenazada por un gran conflicto en Oriente. La resistencia del sultan á cumplir los acuerdos tomados en Berlin, señala mucho más que el suicidio en la desesperacion, señala un conocimiento íntimo de que no puede quedar abandonado á sus solas fuerzas, cuando suena la hora suprema del último esfuerzo y el último combate. Un rey, que vive hace tiempo ya por consentimiento de Europa, no puede vivir bajo el anatema de Europa. Cuando esta ha querido de veras, ha obligado á los turcos de Bulgaria, tan desesperados, á la conformidad y á los esclavos de Bosnia, tan rebeldes, á la sumision. Si existe en el Norte de Albania una guerra con el Montenegro y existe en los consejos del Califá una resolucion de resistir á Europa, es porque existe en Europa un poder maquiavélico, el cual habia soñado con que la herencia de Constantinopla fuese indirectamente para él, siendo directamente para Austria convertida en un imperio germano-eslavo; y ahora se encuentra con que la herencia de Constantinopla puede ser directamente para los helenos y la Grecia, indirectamente para los latinos, y sus dos grandes naciones centrales, Italia y Francia. Así es que el asunto de la potencia que debe encabezar la manifestacion naval contra el sultan, comienza á tomar grandes proporciones; y estas proporciones comienzan á oscurecer la paz europea. Los austriacos, como es natural, todo lo ven ahora con el siniestro tinte que dá á sus juicios el triste caso de haber perdido las esperanzas de una inmediata ocupacion de Salónica. Los rusos, por lo contrario, se ensoberbecen y alientan, apercibiéndose á entrar en campaña y quizá á correr á Constantinopla antes que pueda ocuparla ninguna otra potencia europea. Los franceses y los ingleses recelan mucho de lo porvenir despues de haberse comprometido tan resueltamente en favor de Grecia, temiendo los unos que cualquier demostracion militar suya despierte la guerra en Europa y desate los odios de Alemania, y temiendo los otros que el comienzo de su iniciativa guerrera los empeñe en batallas dañósísimas á sus intereses mercantiles y contrarias á su necesidad de reposo y de calma. Con estas aprensiones de la política

exterior se mezclan, tanto en Francia como en Inglaterra, grandes aprensiones de política interior. Mientras la primera encuentra cada día mayores dificultades internas en el desarrollo de la cuestión religiosa, encuentra la segunda mayores dificultades internas en el desarrollo de la cuestión irlandesa. Mientras, Francia ve agitarse y hasta encreparse los ánimos por las incidencias de los decretos relativos á las Corporaciones, Irlanda toma todos los horribles aspectos de la revolución y de la guerra por el acuerdo de la Cámara de los Lores desechando el bill referente á las indemnizaciones debidas por los propietarios á sus colonos. De todas suertes, cada día toma un nuevo aspecto la cuestión oriental, y Montenegro no descansa en sus exigencias, y Albania no cede en su oposición levantisca, y Dulcigno no se desprende del imperio turco, y Bulgaria no cesa en su agitación revolucionaria, y Grecia no ve las rectificaciones prometidas de sus fronteras, y Armenia no encuentra quien la proteja en su desamparo, y Rusia, más segura que ninguna otra potencia en lo que piensa y en lo que quiere, no perdona ningún medio de embrollar la cuestión y de acercarse á Constantinopla.

Creían todos en Europa, esperanzados con la relativa calma de estos últimos tiempos, que el nihilismo se dulcificaba ahora y perdía en parte su antigua horrosa pujanza. Cinco ó seis meses transcurridos sin descarrilamientos, voladuras, incendios y asesinatos, daban una especie de victoria aparente á la política del general Loris Melikoff, muestra bien rara por cierto de energía y de prudencia. La suspensión de los destierros, el regreso de muchos condenados, cierta reconciliación con las Universidades, promesas vagas de régimen constitucional inmediato, alejamiento sistemático de la familia imperial, reclusa en el cielo de los honores pero apartada por completo de la política, todas estas mejoras hacían creer á los pesimistas que aún quedaba ocasión á la esperanza, y esta esperanza serenaba el tumultuoso oleaje de las encendidas pasiones. Cuánto y cuán grande no habrá sido el desengaño, cuando los que, desconociendo las profundas raíces de ciertos partidos en la organización moscovita, aún tenían esperanzas de paz, hayan visto todo un barrio de San Petersburgo incendiado y los edificios oficiales de ese barrio consumidos en medio del asombro de toda la población, que ve renacer de nuevo los nihilistas como una especie de géminos exterminadores, con sus teas devastadoras en la mano y en el pecho sus voraces é inextinguibles odios de otros tiempos. Como los cadáveres engendran los gusanos, el despotismo engendra los nihilistas. Para quitarles de las bases de la sociedad, no hay otra cosa que hacer sino derribar la autoridad absoluta en sus cunas.

EMILIO CASTELAR.

ESPAÑA Y SUS COLONIAS.

V

Mostró el gran Cortés en las difíciles circunstancias por que atravesó, en los contratiempos que se oponían á su marcha y en los obstáculos que tuvo que superar, hasta llevar á feliz término aquella legendaria conquista, un valor poco común, una rapidez extraordinaria en los conceptos y en la ejecución, y una sagacidad y cualidades tales de hombre de Estado que lo colocan en primera línea entre los grandes políticos. Ciertamente es que algunos actos de ferocidad, de falta de cumplimiento á la palabra empeñada y una lealtad que dejaba bastante que desear, empañan un poco la conducta moral del hombre; pero, sin disculparla en absoluto, hay que tener en cuenta, para poder juzgar con probabilidad de acierto, las circunstancias y los tiempos; porque no se puede juzgar bien á una persona con el criterio de la moral y del derecho de nuestros días, sino colocándose en el punto de vista dominante de su época.

En primer lugar, los conquistadores de todos los tiempos no han pecado ni pecan de escrupulosos, y aun entre nosotros, sin que la victoria autorice el uso del derecho de la fuerza, se cubren con el nombre de razón de Estado muchas acciones que la moralidad privada más vulgar reprueba. Además, no pasaba nuestro héroe, cualquiera que fuese su mérito, de ser un aventurero que había corrido peligros sin cuento, persiguiendo el objetivo de hacerse una fortuna y posición, y por las razones ya indicadas, no era de extrema prudencia el visitar la corte de España con las manos vacías, y los que le habían acompañado en su expedición y aventuras, no eran, seguramente, una colección de santos ni de estóicos que pudiera contentarse con una moralidad y severidad extremas, ni eran hombres tampoco de una timidez monjil que no supieran llamarse á la parte, reclamando por el eficaz y expresivo medio de la punta de la espada, por cuyas consideraciones y otras que, en obsequio de la brevedad omitimos, bien pueden admitirse circunstancias atenuantes en la conducta de nuestro caudillo.

A pesar de no ser muy común, en la época á que nos referimos, el que uno ó varios españoles reconociesen méritos en un compatriota, bastantes para colocarlo por encima de los demás, los amigos y compañeros de Cortés propusieron á éste que se proclamase emperador de Méjico, declarándose in-

dependiente del rey de España. Bien porque su ambición no llegase á tanto, bien porque careciese de la audacia que tal acto requería, bien por respeto al principio monárquico, bien por falta de confianza en el éxito y en sus mismos compañeros, es lo cierto que, no solo no aceptó la propuesta, sino que, previendo sin duda las funestas consecuencias de la susceptibilidad del biznieto de Carlos el Temerario, no se proclamó virrey de Méjico, y contentóse con que se nombrara una junta para gobernar el país conquistado, cuyo presidente ejerciera las funciones del poder ejecutivo interinamente y hasta que S. M. I. determinase lo que juzgara oportuno. Vínose á España, y la corte, dando una vez más pruebas de su no desmentida gratitud, nombró para virrey de Méjico á otra persona. Todas sus gestiones fueron inútiles, y á duras penas pudo conseguir que el nieto de Fernando el Católico le nombrara marqués de Oajaca. Acompañó al cuarto nieto de Juan Sin Miedo como simple voluntario á la guerra de Africa. De vuelta de aquella expedición á la corte, no fué más afortunado en sus pretensiones, y un día que el emperador iba en su carroza, detúvose y subióse al estribo para hablarle. Preguntóle aquél quién era, y él le contestó: «un hombre que os ha dado más provincias que pueblos os han dejado vuestros padres.» ¡Infeliz! Ya estaba perdido. Si es verdad que ciertos personajes que se creen de origen superior á los demás y con derecho á mandarlos á su antojo, perdonar pueden las ofensas, pero no olvidarlas, es aun más seguro que hay dos que con dificultad se perdonan, y son, una gran popularidad é importancia, y el recordarles que deben á otro hombre todo, ó parte de lo que son. Las dos concurrían en la persona de Cortés despues del hecho que acabamos de referir. No hubo para él salvación, y fué á concluir sus días en un pueblo cerca de Sevilla, retraído de toda gestión política y aun del trato personal con sus amigos ó vecinos, concluyendo allí su existencia en medio de una oscuridad ni merecida ni propia.

Si Cortés, que había dado tan vasto imperio á la nacionalidad española, no fué dichoso en el logro de sus aspiraciones, no ha sido más afortunado su paisano Francisco Pizarro, que, aunque de cualidades inferiores á las de Cortés, no carecía de un valor á toda prueba y de una sagacidad natural que lo hacían idóneo para ciertas empresas arriesgadas, como las que dieron por resultado la conquista de otro vasto territorio para España. Era Pizarro natural de Trujillo, y pertenecía, por su fortuna y ocupación, á lo que unas veces se ha llamado la plebe, otras la clase inferior del pueblo y también las clases desheredadas. Según creencia general, su oficio había sido el de pastor, sentó plaza en los tercios, distinguiéndose como soldado valeroso en las guerras de Italia, y respecto á su ilustración era tan limitada que llegaba hasta el punto de no saber leer. No hay por qué extrañarse de esto, habida consideración á la época y circunstancias de aquel célebre caudillo, pues hoy mismo existen por desgracia, muchos millones de españoles de ambos sexos para los cuales es poco menos que inútil el descubrimiento del alfabeto, á pesar de ser uno de los más importantes y más indispensables para la civilización y que cuenta lo menos, como en otra ocasión hemos demostrado, veintiocho siglos de existencia. Solicitó y obtuvo permiso del Emperador para ir á América á pelear ó hacer conquistas; y en efecto, tomó el camino del nuevo mundo, como hizo su casi amigo y camarada Almagro, natural de esta ciudad y expósito. Hemos dicho casi amigo, porque entre el primero y el segundo, que no cedían el uno al otro en valor y en cualidades personales, existía alguna nubecilla, consistente en que Pizarro quería ser el primero, y no podía admitir que Almagro fuera su igual; pero opinaba éste que, cuando menos, debía ser igual suyo; y en su consecuencia no se acomodaba bien con ser el segundo. No es esto raro siendo los dos españoles. Se embarcaron para América; llegaron á establecerse en aquel territorio de Panamá conquistado por Vasco Nuñez de Balboa, y gobernado á la sazón por el virrey Pedro Arias Dávila, amantísimo suegro del anterior.—En 1525 tres de los más principales habitantes de Panamá obtuvieron licencia del tolerante Dávila para formar una sociedad con el objeto de explorar y someter diversos países del vasto continente americano. Era el primero de estos tres asociados Francisco Pizarro, hombre de edad provecita, avezado á la guerra y á las luchas de aquel continente, pues había contribuido en buena parte á la conquista del territorio de Darien. El segundo era Almagro, que suspendió temporalmente sus desavenencias con el antiguo porquero y se asoció con él, y era el tercero don Fernando de Luque, cura inmensamente rico que, entonces como ahora, era buen camino para acumular riquezas administrar los bienes de los pobres.

Pusieron manos á la obra, y reunieron una expedición de 144 infantes y 36 caballos, aumentada con 64 voluntarios que, deseosos de aventuras, se les agregaron más tarde y fueron conducidos en tres pequeños buques. Se dirigieron al Perú, saltaron en tierra y despues de una penosísima marcha llegaron á Coaquí, y más tarde á Tumbes, donde se les reunieron los 64. En los encuentros que tuvieron en este último punto y Puna, salieron vencedores, proporcionándoles la victoria la posesión de aquellas dos poblaciones. Alarmado el Inca, emperador, y según creencia de las habitantes, descendiente del sol, por los procedimientos de

aquellos huéspedes, envió un mensajero á Pizarro para indagar cuáles eran sus deseos. Este reclamó que se le recibiera como embajador del Rey de España. Accedió al parecer gustoso el Inca, fuese por que así lo sintiera, ó por que quisiera sorprender á los españoles para hacerles pagar su rara y extraña visita. Sea de ello lo quiera, se encontraron, los dos que pudiéramos llamar ejércitos, el 16 de Noviembre de 1530 en el pueblo de Xasamasca; sufriendo los incas una derrota completa y quedando prisionero su emperador. Pizarro, con una lealtad enteramente suya, afectó al principio tratarle con la consideración debida á su alto rango; hizo que el Inca mandara traer inmensos tesoros para su rescate, y cuando los tuvo en su mano lo condenó á muerte por hereje ó pagano. Fundó Pizarro la ciudad de Lima, y dejó en ella una guarnición que se vió precisada á combatir contra Manco-Capac, sucesor de Atahualpa y más decidido que el anterior. Triunfaron al fin los españoles, y Manco-Capac tuvo que retirarse á la vida privada. Dominado aquel hermoso país por los invasores, empezó una época de crueldades, de sordida y feroz avaricia, y, para coronamiento de todo, la más espantosa anarquía. Despues de los encuentros mencionados, Diego de Almagro se corrió con una parte de aquellos hacia Chile, y conquistó en poco tiempo todo el mediodía de aquel hermoso y dilatado país hasta llegar al río Vío-Vío, al Norte de aquel territorio, donde se encontró con la raza de los araucos que no había sido dominada anteriormente y que presentaron á los españoles una resistencia tan valerosa como constante, hasta el punto de que, en las diferentes guerras que con ellos tuvimos, no pudo dominárseles; y por fin, en 1795, reconocimos su independencia, tomando por límite de su territorio el río antes citado.

El valor y constancia por ellos desplegados, ya cuando nosotros les hicimos guerra por conquistarles ó por querer imponerles la religión católica, ó ya cuando empuñaron las armas, creyendo su derecho lesionado por falta de cumplimiento de convenios ó tratados anteriores, escitaron la imaginación de nuestro poeta Ercilla, y dieron lugar al poema bien conocido *La Araucana*. Ni los halagos, ni los engaños, ni las crueldades sin nombre ejercidas por algunos vireyes, llevadas hasta el punto de empalar á los prisioneros, bastaron á dominar la fiera de aquellos hombres dignos de su independencia, sostenida con un tesón tal, que, aun despues de declarado independiente Chile y constituido en república, no le ha sido posible dominarles y que, si bien muy atrasados en el camino de la civilización, dotados, en cambio, de todas las buenas cualidades que acostumbra ser el atributo de los valientes; y en términos generales puede asegurarse que, ellos y los montañeses de Puerto-Rico, son los únicos que supieron defender, si bien con diferente éxito, su patria, su hogar y sus creencias.

La conquista del Perú por Pizarro, fué más rápida que la hecha por Cortés en Méjico, pero las crueldades de aquél fueron mucho más duras y desenfrenadas que las de éste, y se resentían en el fondo y en la forma, ó del carácter propio del de Trujillo, ó de su absoluta falta de educación. También el imperio del Perú tenía, además de un Gobierno regular, un notable grado de civilización, aunque inferior á la de Méjico.

Pero volvamos á nuestro asunto. Si Pizarro era el conquistador del Perú, Almagro lo era de Chile. Las diferencias ó rivalidades latentes se manifestaron con toda su fuerza. Llegaron por fin á las manos; Almagro fué derrotado y pagó con su cabeza la oposición á su jefe. Este á su vez, fué más tarde víctima de los parientes de aquél, satisfaciendo con su vida la deuda contraída con los deudos de Almagro, y estos, andando el tiempo, pagaron en la misma moneda la que contrajeran matando á Pizarro á los sesenta y tres años de edad, circunstancia que no estorbó para que muriese peleando como un bravo, concluyendo de este modo la contienda surgida entre aquellos dos camaradas.

Expuestas brevemente las peripecias de la conquista de estos dos imperios, así como de las islas principales situadas en el mar de las Antillas y otras inmediatas á aquel continente, creemos escusado entrar en nuevos detalles sobre las guerras que tuvieron por objeto el someter á la dominación española los inmensos territorios que llegó á tener en el nuevo mundo; y séanos permitido, sólo como de pasada, tributar un recuerdo al nombre de Juan Díaz Solís, que, si tuvo la desgracia de perder la vida peleando, al menos no fué á manos de los españoles ni en contiendas de familia. Despues de haber estudiado las costas, como hemos dicho anteriormente, solicitó y obtuvo permiso del monarca español para conquistar los territorios del Río de la Plata, que él había descubierto. Púsole, en efecto, por obra, y desembarcando al frente de una pequeña, pero aguerrida columna, en un encuentro con los indígenas quiso la mala suerte que cayera prisionero, y fué, no solo muerto, sino asado y comido por los vencedores. Despues llevaron á feliz término su empresa Gavoto, García y otros. Dicho se está que el concluir la conquista de tan vastos territorios no fué cosa de una docena ó veintena de años, sino que ocupó todo el siglo XVI, y aun pudiera añadirse que el XVII, si se tiene en cuenta las luchas sostenidas, no sólo para concluir de dominar los antiguos habitantes, sino para hacer frente á los peligros que provenían de nuestras con-

renacerá una y mil veces con la fuerza inmortal de su principio, llevando en sí la renovación de la vida por la afirmación de un bien total á que los límites de un estado histórico oponen tenaz y hostil resistencia. Y cuenta que tal Revolución no vive ni prevalece por la fuerza, ni la fuerza es siquiera su adecuado medio; mas la emplean los enemigos de la legítima expansión de los fines humanos, y no restando otro medio para hacerse en el punto viable, encarna en la fuerza la vida que por fuerza se le niega.

La era de la Revolución debe abrir por esto en el mundo los tiempos en que el progreso se cumpla sin violencia, en que los pueblos se reformen y trasformen pacíficamente por la infinita virtud ética del bien.

Mas para esto, que por lejano no es utópico—ni la Revolución, que es toda una época en la historia de esta humanidad es cosa de cortos años ó que basta con poner puntales al viejo edificio social para llevar en paz efímera y egoísta una generación—precisa que el hombre, individuo como pueblo ó partido, se forme interiormente en propia convicción, según el principio que debe regir las relaciones humanas. En el cual, si es verdadero y único como la verdad supone, deben comulgar todos los hombres fieles á su conciencia y puros en su corazón, sobre toda discordia de opinión ó escuela.

Mientras la humanidad viva en sentidos particulares de la realidad y de su destino racional en el mundo, estarán divididos los hombres y los pueblos en sectas y partidos hostiles que pugnarán por imponer sus peculiares opiniones, discordes aun en lo fundamental y supremo; mas á medida que con el progreso vayan mejor reconociendo la unidad de su naturaleza y fin, sin perder la individualidad de su pensamiento y carácter, alcanzarán el sentido común á todos los opuestos elementos de la vida y aprenderán á regirse con amoroso respeto en la oposición y en la lucha misma cuyas alternativas irá marcando en la esfera política la vária aplicación de los principios á la movible efectividad histórica.

Y por más que esta aspiración, que á nadie de seguro repugna, diste del carácter semi-bárbaro que el régimen actual de las relaciones humanas ofrece todavía, es lo cierto—como al comenzar afirmamos—que todos convienen en apelar á un mismo principio, á la justicia.

Ni de otro modo sería posible la vida de la sociedad—la unión de los hombres en la comunidad de su naturaleza y destino;—pues de la pura oposición entre individuos, jamás nacieran relaciones legítimas y permanentes, fundadas en ley, ni llegarían á formarse vínculos totales y eternos que ligaran y obligaran á todos los hombres, prevaleciendo sobre todos los cambios del tiempo, ni pasaría de ser una arbitraria composición mantenida por resortes tiránicos y expuesta á los continuos embates de la anarquía, la reunión de encontrados intereses individuales.

La contradicción de la libertad y la autoridad sería insoluble. La negación y aun el sacrificio de la una ó de la otra, determinaría el estado respectivo de los diferentes estados sociales; pero su acuerdo y armonía quedarían eternamente inasequibles. De aquí el régimen doctrinario que busca en arbitrarias transacciones un equilibrio imposible con detrimento de la naturaleza racional, que es juntamente individual y total en armónica composición de ambos elementos bajo primordial unidad.

De aquí también las continuas alteraciones y violentos contrastes que agitan aquel régimen, y que no cesarán hasta que la sociedad se asiente en un principio capaz de contener y regir ordenadamente todos los términos contrarios. Cuál sea este principio, que necesariamente ha de ser uno y el mismo, está es la cuestión.

En el nombre todos convenimos. Mas, ¿sucede lo propio en el concepto?

Nunca antes estuvo la sociedad tan necesitada como hoy de un claro conocimiento y una recta aplicación de la justicia.

Porque sobre ser hoy infinitamente más amplia que hasta aquí la esfera de las relaciones humanas, y éstas por consecuencia más complejas y delicadas, ha dejado de ser la justicia, como todas las verdades fundamentales de la vida, una afirmación dogmática; y puesto en tela de juicio su valor como principio trascendente, ha declinado del estado de creencia para ser indagado y discutido como afirmación racional. Y de otra parte: cuando hoy se reconoce la naturaleza racional humana como la fuente inmediata de todas las relaciones sociales; cuando la organización política, rompiendo los antiguos moldes de la división en clases y de la gerarquía de las funciones, busca la unidad fundamental de la sociedad en la unidad de esencia y destino de todos los hombres; cuando el advenimiento del cuarto estado á la vida política obliga al reconocimiento del derecho y poder de ciudadano en todo hombre; cuando, en fin, la hora de la democracia se anuncia en la historia, y no un privilegio que subsista ante la igualdad de todos en el derecho—necesario es, indispensable, si la pasión no ha de hollar los fueros de la razón, si el poder no ha de contrariar al derecho, si la democracia no ha de degenerar en demagogia, si los partidos no han de señorearse por la fuerza del imperio, que solo al Todo legítimamente corresponde, si el bien, en suma, se ha de cumplir en la esfera del Estado por

los buenos medios, acabando para siempre la infernal política de Maquiavelo, en que toda tiranía descansa, necesario es, repetimos, que el pueblo conozca y practique la justicia fiando en su infinita virtud ética más que en el efímero imperio de la fuerza, el triunfo de su causa que es la del bien de todos y de cada uno.

Edúquese el pueblo, indague en su conciencia la ley de su vida, no codicie el poder sino por el derecho y para el derecho, afirme en él la universal alianza de todos los elementos é intereses sociales, busque, en suma, el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás, bienestar y poder, le vendrá por añadidura.

NICOLÁS SALMERON.

LA ENSEÑANZA PRIMARIA EN FRANCIA.

— TERCERO Y ÚLTIMO.

El ministro de la Instrucción publicó en Francia en el año de 1878, los cuadros de la enseñanza primaria que abrazan los períodos de 1876 á 1877, y contienen muy curiosos é importantes datos que pueden servir á los lectores de LA AMERICA para apreciar en todo su valor las reformas radicales que hemos dado á conocer en nuestros artículos anteriores, y tienden á educar á las futuras generaciones, fortificando su razón con las nociones fundamentales de las ciencias positivas, en armonía con los principios eternos del derecho, y de las aspiraciones legítimas de la moderna democracia.

El número de habitantes de la vecina república, según el censo de 1876, era de 36.905.788 repartidos en 536.870.200 kilómetros cuadrados, el de los niños de seis á trece años 4.502.834, y de cuatro á diez y seis años 7.735.490 que pertenecen á 33.078 municipios rurales y á 2.978 urbanos. El total de las escuelas públicas ascendía á 59.071, de las cuales correspondían 39.827 á los maestros legos y pagadas 5.988 gratuitas, 9.842 pagadas y dirigidas por las Congregaciones y 3.363 gratuitas. El total de los discípulos de las escuelas públicas primarias era de 3.075.887: en las salas de asilo 64.155: en las libres 549.502 inscritos: en los establecimientos de toda naturaleza 3.878.181 de los dos sexos, de seis á trece años. Las escuelas especiales de los niños eran 23.381 en el conjunto de los departamentos y 19.257 para las niñas. Las mistas 16.383.

El número de escuelas libres teniendo el carácter de escuelas públicas especiales para las niñas, de pago, sostenidas por las Congregaciones fué de 1.037, y gratuitas 316 muy superiores al de los legos, que sólo se elevaban las primeras á 170 y á 13 las segundas. Influencia inmensa ejercida por las asociaciones religiosas en la educación del bello sexo, que en la parte rural ascienden sus escuelas á 3.376 y á 1.522 las de los legos, y el conjunto de las consagradas á la enseñanza de la mujer por las Congregaciones es de 15.618, y legas 13.508. Son 69.335 las escuelas libres católicas en Francia, 1.523 las protestantes, 13 las israelitas y 588 mistas en cuanto al culto.

16.380 municipios no tienen escuela pública ni libre de niñas; 17.927 poseen una pública, y una al menos libre con carácter de pública, 1.749. El total igual al número de los Municipios por departamento es de 36.056. Los que contienen 300 almas, provistos de una escuela de niñas, son 17.631 y más de 500 almas 19.559 municipios. De estos 15.385 sostienen al menos una pública de niñas, 2.296 una libre especial del mismo sexo y 1.878 carecen de escuela libre.

Los institutores legos en las escuelas públicas de niños son 26.894, y en las mistas 12.549; los religiosos 6.876. Sobre este número, los adjuntos 11.627. Las institutrices de las escuelas públicas legas de niñas son 11.107, de las mistas 2.600. Las de las Congregaciones 18.510, de las mistas 1.446. De manera que superan en número las Congregaciones á las legas en la instrucción de la mujer, como antes hemos observado; 11.640 adjuntas. El total de los institutores é institutrices es de 80.063, en las escuelas públicas. Hay que agregar de las libres, y forman juntas el número de 110.700. Las institutrices legas son 21.776, y las de las Congregaciones 37.216; además enseñan en las salas de asilo 1.176 de las primeras, y 5.047 de las segundas. La mujer, que ejerce tan poderosa influencia en la sociedad como madre y esposa, inspirada en los sublimes y puros sentimientos de la religión, es, sin duda, el ángel del hogar; pero cuando se inculcan en su espíritu doctrinas supersticiosas y un fanatismo contrario á las tendencias de tolerancia que caracteriza al siglo en que vivimos, y no dan vigor á su inteligencia las nociones más usuales de los progresos humanos, anatematizados, por desgracia, con extraordinaria frecuencia por ineptos inspiradores de su conciencia, alimentando su alma de vulgares preocupaciones, llevan al seno de la familia el germen corrosivo de los caracteres, consideran funestas sus espontáneas y naturales expansiones, crean y educan á sus hijos, en vez de desarrollar su razón, debilitando sus resortes, privándoles de toda iniciativa, que juzgan peligrosa, conforme á las enseñanzas que han recibido, y son, más tarde, seres débiles y degradados que no atienden más que á la satisfacción de mezquinas pasiones y sórdidos intereses porque se

armonizan admirablemente la ignorancia y la superstición con el ávido deseo de los goces materiales, porque carecen de la dignidad moral que eleva y engrandece á los hombres abarcando su pensamiento dilatados horizontes y sometidos á la obediencia pasiva del odioso despotismo, revestido de sus múltiples y variadas formas, se convierten en cortesanos de todos los poderes, asisten á los *Te Deum* de todas las tiranías triunfantes y profanan la majestad de Dios, pretendiendo hacerle cómplice y sancionador de los inicuos atentados de la fuerza y del perjurio contra la santidad del derecho y la inviolabilidad de la conciencia humana.

Se necesita una educación viril que forme al ciudadano, que le enseñe sus deberes y sus derechos que constituyen los lazos de la solidaridad con los demás ciudadanos, y los que le ligan á la sociedad encendiendo en su juvenil corazón el fuego sacro, el culto de la patria y de la libertad.

1.238 municipios se han reunido legalmente á otro para el sosten de una escuela. Se han aumentado en 1877, una por 82 departamentos, 5.813 municipios. La repartición territorial de las escuelas de toda naturaleza es de 29 por 100 niños de municipios rurales, y de 9 por 100 niños, de municipios urbanos.

Carecen de diploma para la enseñanza 2.072 adjuntos legos, y 5.700 de las Congregaciones, y adjuntas á las institutrices legas 2.006, y las adjuntas á las Congregaciones se elevan á 18.283 las que no tienen título.

En las salas de Asilo sub-directoras legas sin certificado son 133. Directoras pertenecientes á las Congregaciones sin título 581, y además sólo teniendo una carta de obediencia 4.058.

Los niños inscritos en las escuelas y salas de asilo de seis á trece años son 1.907.027, y niñas 1.835.349.

Existen, según el censo, 2.278.295 niños, y niñas 2.224.599 de seis á trece años.

Por 100 niños dos veces consignados en el censo, están inscritos en un establecimiento cualquiera de enseñanza 88. De manera, que 12 por 100 van á la escuela, y respecto de las niñas, 84 asisten y el 16 por 100 carecen de instrucción.

Esta indolencia será corregida por la ley propuesta por Paul Bert, que exige la instrucción gratuita, obligatoria y lega.

3.042 municipios tienen por lo menos una sala de asilo. Niños y niñas reunidos en las escuelas son 542.697. Niños que existen dos veces en el censo de cuatro á seis años, 659.161, y niñas de igual edad 647.615. Asisten á las escuelas y salas de asilo 424.581 de los primeros, y 475.203 de las segundas, un conjunto de 919.641. De manera que el 71 por 100 son educados, y el resto, ó no recibe instrucción, ó acaso en número escaso la adquiere en el hogar paterno.

El término medio general del número de discípulos por clase en las escuelas es 39 en las legas y 41 en las de las Congregaciones.

El total de los inscritos en las escuelas, asciende á 4.716.935.

20.916 municipios tienen cursos de adultos hombres, y 4.899 de mujeres.

La población de todos estos municipios se eleva á 23.892.926 en los primeros, y 10.614.995 en los segundos. Cursos abiertos desde 1.º de Octubre de 1876 hasta 1.º de Abril de 1877, 22.133 para hombres, y 5.284 para mujeres, 21.426 dirigidos por institutores é institutrices legos, y 847 por los de las Congregaciones, y otras personas. Estos públicos, y los libres dirigidos por los primeros, son 406 y 54 por los segundos. Y han frecuentado todas estas escuelas, 500.043 hombres y 105.710 mujeres.

El Estado ha contribuido para el pago y recompensa de institutores é institutrices, calefacción y alumbrado, material para las clases, con 828.678 francos, 35 céntimos; los departamentos, con 49.788 idem; los municipios con 941.648 id., 72 céntimos.

Es decir, 1.906.129 francos 52 céntimos para los hombres y 348.064 francos 15 céntimos para las mujeres; invirtiendo 148.544 francos 25 céntimos en el pago é indemnizaciones de los tutores é institutrices; 24.373 francos 90 céntimos y 452 francos en el material de los cursos de los primeros y 51 francos en el de las segundas; 27.588 francos á los particulares discípulos á quienes se estimula con recompensas por su aplicación, y 3.661 francos y 75 céntimos destinados á premiar la aptitud de las adultas que aprendieron cálculos, ortografía, dibujo, geometría, historia, ciencias físicas, teneduría de libros y aritmética aplicada al comercio y á la industria, y que siguieron además curso de orfeones, tanto hembras como varones, distinguiéndose en una ó varias de estas materias, adquiridas sus primeras nociones por algunos y perfeccionadas por otros, resultando que todos han hecho progresos en su instrucción, y las mujeres han demostrado su idoneidad en las ciencias físicas, en la historia y geografía, etc., si no en la misma proporción, en número, que los hombres, todas al menos han adquirido conocimientos que revelan su aptitud, y que el cultivo de su inteligencia produce frutos tan preciosos como los que puede producir un hombre instruido.

Las bibliotecas escolares se elevan al número de 19.254 y 146 para la Argelia, y contienen, para ser prestados, 1.943.683 libros y 17.434 en Argelia.

Los dones de los particulares, municipios y consejos generales ascienden á la suma de 251.844 francos 30 céntimos.

En 1877 obtuvieron el certificado de estudios primarios 26.057 varones y 10.784 hembras.

Sobre el total general del personal de la enseñanza, los legos de los dos sexos fueron 52.340, y congregacionistas de los dos sexos 26.850.

Sobre 100 discípulos inscritos en las escuelas primarias, del año 76 al 77, corresponden 51 á los niños y 49 á las niñas. En las mistas legas 59, congregacionistas 41; en las gratuitas rurales legas 47, congregacionistas 50; en las urbanas legas 74 y congregacionistas 83. Total de los niños inscritos, según el registro-matrícula, 2.400.882; niñas 2.316.053. Un conjunto de 4.716.935.

La relación del número de discípulos al de los maestros legos en la parte rural, es de 47 niños, 40 niñas; en la urbana 54 y 51; en la rural de las Congregaciones 49 niños, 36 niñas; en la urbana de las mismas 47 niñas, 54 niños.

En las salas de asilo públicas, los maestros legos educan 42.443 niños y 32.233 niñas; las Congregaciones 164.000 niños y 213.476 niñas.

Noten nuestros lectores esta enorme diferencia á favor de las Congregaciones, lo que ha preocupado naturalmente á los hombres pensadores de la república.

En las salas de asilo libres, los legos enseñan á 8.128 niños y 6.935 niñas; los congregacionistas á 45.388 niños, 51.525 niñas. De modo que se reciben en las salas de asilo de todas clases en el conjunto de los departamentos 260.159 niños, 271.918 niñas; una suma de 522.077 alumnos, de los que instruyen los profesores legos 95.729, y los de las asociaciones religiosas nada menos que 436.357.

Los maestros legos en estos asilos son 1.176, y los congregacionistas 5.047.

Sobre 100 alumnos educados en las escuelas libres, 63 asisten á las formadas por las asociaciones religiosas. Los internos en 1877, fueron 13.425 niños y 8.073 niñas. Es patente el predominio que ejercen en la instrucción de la niñez los hombres que por su vocación y el instituto á que pertenecen, no pueden comprender las necesidades sociales, que en su inmensa mayoría rinden culto de idolatría á las caducas tradiciones del pasado, gloriosas algunas consagradas por la historia, pero el siglo XIX que impulsa la sociedad humana á nuevos destinos iluminados por la antorcha del progreso, abandona la tradición infecunda, verdadero *caput mortuum*, que las generaciones cesando de ser confiar como un despojo mortal á la tierra, y las que nacen á la vida rechazan las formas envejecidas, y por una consecuencia necesaria el espíritu que las anima, hostil á la marcha de la humanidad, que aspira á engrandecer su corazón y su inteligencia, para que prevalezcan las ideas científicas y morales largamente derramadas sobre la sociedad.

Los directores de las Escuelas normales legos, son 75, y uno para la Argelia. 60 institutrices y tres para la Argelia. Los de las Congregaciones son tres y siete institutrices. Los maestros adjuntos 305, cuatro para la Argelia, 54 maestras adjuntas, cuatro para la Argelia. Los directores de los cursos normales legos, seis; las directoras, 22; los de las Congregaciones, dos, y las directoras, 40.

En 1877 hubo 1.335 discípulas y 278 discípulos. La subvención anual, por término medio, del Estado es de 81.020 francos para los cursos de las hembras, y 15.460 para los de los varones, y la de los departamentos 190.803 para las de las primeras y 49.471 para las de los segundos.

El término medio general de los puntos obtenidos por los candidatos al diploma de capacidad, fué de 56 en cada uno de los dos sexos.

Los gastos ordinarios en 1876 para el sueldo de institutores, institutrices, adjuntos, maestras de obra á la aguja, directores y directoras de escuelas de aldea, se elevó á la cifra de 63.515.420 francos 70 céntimos. Gastos de locación de casas de escuela, impresiones, 1.635.190 francos. Recursos de dones y legados: las rentas ordinarias de los Municipios 15.323.582 francos 4 céntimos. 832.463; céntimos extraordinarios, 4.443.866 francos 3 céntimos, especiales 10.155.461 francos; retribución escolar 18.857.886. Los gastos que provienen de los recursos de los Municipios son 50.802.717 francos. Las subvenciones de los departamentos 3 céntimos especiales 6.070.236 francos 4 céntimos, 772.405, y del Estado 10.505.260 francos, que forman un total de recursos 68.150.620 francos 81 céntimos.

Y los gastos ordinarios, con el suplemento de sueldo, además del legal, de los institutores é institutrices, por una imposición extraordinaria de 987.241 francos, ascienden á 69.137.861 francos.

Los gastos facultativos del año 1877 de subvenciones á los Municipios para construcción, reparación de escuelas, edificios de los institutores, compra de mobiliario, libros, y para darla también á los indigentes, escuelas especiales, distribución de premios á los discípulos, establecimiento de salas de asilo, de obreros, de cursos de adultos, casas de escuelas, estmulos á los institutores é institutrices más distinguidos ó antiguos, etc., forman un total de 1.293.083 francos 81 céntimos; 27.958 escuelas poseen un jardín y 203 en la Argelia.

Muchas escuelas se han creado y construido desde 1877, en cuya época dejaba que desear la instalación de millares especiales y de asilo para los dos sexos; la ley de Paul Bert, la decisión de Ferry, ministro de Instrucción, y la firme voluntad de los representantes de Francia, para que ni la más humilde aldea esté privada de una escuela gratuita y cuya enseñanza sea obligatoria, harán prodigios en pocos años y no habrá un niño

que no reciba la instrucción que reclama el espíritu democrático de la sociedad moderna.

En 1866 vieron la luz pública dos gruesos volúmenes, muy raros hoy, que contienen las relaciones oficiales de los inspectores de Academia, sobre las más importantes cuestiones de la enseñanza, y á pesar de la variedad considerable de sus apreciaciones, todos, exceptuando tres ó cuatro, condenan el privilegio de las cartas de obediencia con más ó menos energía, y piden la supresión. La superioridad de la enseñanza lega sobre la de las Congregaciones, es reconocida por la gran mayoría, y declara que es nula la influencia de las autoridades universitarias sobre las Congregaciones, cuando se trata de los reglamentos escolares, de la elección de los libros de estudio, y aun de los castigos corporales á que se muestran inclinados, siguiendo la antigua máxima: «la letra con sangre entra.»

Lo cierto es que las Congregaciones, es decir, sus maestros aceptan algunas observaciones con aparente deferencia, sin realizar las reformas convenientes que juzgan contrarias á los estatutos de la Congregación, y no obedecen al jefe administrativo, sin consultar antes con el jefe eclesiástico, demostrando siempre un desden de la ley civil, no respetan las prescripciones legales sobre la apertura de la escuela, cambio del personal y admisión de pensionistas.

Los inspectores se quejan de la mala elección de los libros que los congregacionistas ponen en las manos de los niños, que no sólo no están revestidos de la aprobación necesaria, sino que unos son incomprensibles para los niños, otros llenos de vulgaridades, y lo peor es que se presentan á la imaginación infantil cuadros de crudeza peligrosa, y pasajes redactados con groseras frases. Los libros que tratan de materias religiosas son los más usuales como libros de lectura, la Biblia de Royau-mont, las instrucciones cristianas del P. Hubner y otros que no son modelos de estilo.

«Consta, dice el Inspector de los Altos Alpes, que, con raras escepciones, las clases de las religiosas sin diploma son malas, y algunas veces nulas.» (Pág. 787 del Tom. 1.º)

El de los Alpes marítimos dice: «En Antives, Vence y en el Bar, las religiosas encargadas de la escuela comunal gratuita, tienen igualmente una escuela libre de pago con pensión, en la que ocupan sus mejores maestras; no enseñando más que el Catecismo, la lectura y escritura á las niñas pobres. Tal situación es deplorable, y no puede desaparecer sino á consecuencia de medidas generales.» (Tom. 1.º pag. 28.)

El de los Ardennes añade: «Los hermanos congregacionistas sacrifican mucho al efecto; durante meses enteros hacen dibujar máquinas, de las que no se explica ni los órganos, ni el juego.

La ausencia de variedad en la enseñanza fatiga y aduerme la atención de los niños.» (Pág. 704.)

El del Ariège: «Las institutrices que ejercen sus funciones sin otro título de capacidad que una carta de obediencia, son funestas. Estas maestras son poco instruidas y poco capaces de enseñar.» (Pág. 95.)

El de Ande: «En el municipio de Montreal, las hermanas de Nevers dirigen en una escuela gratuita, en la cual se han separado las niñas que pagan de las gratuitas. Las primeras son el objeto de toda la solicitud de las maestras del establecimiento: las otras son relegadas á un triste asilo, y condenadas á la ignorancia más deplorable, porque no pueden comprar la instrucción que se les debe dar. Se encuentran estos mismos abusos en otros municipios importantes, Villasavary, Sigean, Bastide D' Anjou, siempre en las escuelas confiadas á Congregaciones religiosas.» (Pág. 26.)

El de Cole D' Or: «El personal congregacionista es mucho menos instruido que el personal de los institutores é institutrices legos. Las escuelas congregacionistas tienen portendencia de celebrar fiestas que no son reglamentarias y ofrecen la ocasión de muchas vacaciones.» (Pág. 579.)

El de Cotes-du-Nord: «En las escuelas públicas, no se separan nunca los niños que pagan, de los niños gratuitos. Esta separación ofensiva no se encuentra sino en algunas escuelas libres congregacionistas.

En Lamballe, por ejemplo, los hermanos de la instrucción cristiana, aunque reciben del municipio una indemnización de 800 francos para instruir los niños pobres, acumulan éstos desgraciados en número de una centena en una clase muy pequeña y mal sana, en tanto que los niños que pagan reciben la instrucción en clases más que suficientes. En las congregaciones de mujeres, se encuentra ordinariamente externas que pagan y externas gratuitas. Los niños que pagan son separados de los pobres.

Se puede admirar que esta distinción no se encuentra sino entre religiosos, á los cuales su posición como su regla prescribe el ejemplo de una fraternal caridad. (Pág. 695.)

El del Ande añade: «Los medios que han servido para propagar las Congregaciones, han sido, como en todas partes, los legados, las donaciones, las fundaciones pías: los otros se resumen en denigrar sistemáticamente la enseñanza lega en general y al institutor en particular, en acusaciones mal fundadas, alarmas sembradas con designio en la conciencia de las familias; en fin, dificultades sin número suscitadas al institutor con el objeto de excitar en él una irritación comprometedorá y un profundo desaliento. Tales son los hechos

que se han producido á los ojos de todos, y que no es permitido pasar en silencio.» (Páginas 14, 15 y 16.)

El de la Argelia «La enseñanza religiosa es ordinariamente lenta y de rutina. Para la lectura, acento vicioso, entonación mala, nada de explicación.

En algunas escuelas, los niños no tienen otro libro corriente que la Biblia, que ellos no comprenden, y que, por consecuencia, les enfada. La Gramática es enseñada con frecuencia por maestras que no la comprenden bien. (Pág. 1012 lib. 2.º)

Las citas serían interminables, y nos hemos extendido en tantos detalles para refutar las aseveraciones de los espíritus superficiales que invocan la libertad de la ignorancia y niegan á un Gobierno republicano el derecho legítimo, imperioso y sagrado de destruir con mano firme todos los obstáculos viciosos y tradicionales que se oponen á la instrucción verdadera de la niñez, que mañana ha de ser dueña de los destinos de la nación. Es preciso extirpar el mal en sus raíces, sin atender los clamores de los sofistas, como Julio Simon, que invocan una libertad que solo favorece á sus más encarnizados enemigos. Basta de mistificaciones y de protestas pueriles. Urge destruir ese cáncer social. Por fortuna, el Gobierno francés ha puesto el dedo en la úlcera ultramontana. España, la desgraciada España, no paga á sus maestros, los deja morir de hambre, merced á un Gobierno que solo se cuida de mantenerse en el poder y tolera y permite que se estiende por el país la lepra del fanatismo, poblando las villas y ciudades de conventos.

Solo falta que se supriman las Universidades y que se creen cátedras de tauromaquia.

Pero á pesar de los sofistas y de los conservadores, es inevitable el triunfo del progreso y de la democracia.

EUSEBIO ASQUERINO.

DE PARÍS Á SPA.

VIAJE DE BODAS EN GLOBO.

Camilo Flammarion, que es aménisimo narrador á la vez que sábio astrónomo é infatigable aeronauta, ha publicado recientemente el relato de sus numerosas ascensiones aéreas. Hé aquí cómo refiere su curioso viaje de bodas en 29 de Agosto de 1874.

LA PARTIDA.

Entre todos mis viajes aéreos, este que voy á describir, es sin duda el que ha dado más que hablar, á causa tal vez de la novedad del asunto, pues no parece sino que entonces, por vez primera desde el principio del mundo, se elegía el camino aéreo para un viaje de novios.

Ignoro si despues he tenido imitadores; pero en verdad no habia en el caso asunto para tantos artículos de sensación, porque nada más natural que para un viaje de tal especie se elija el medio de locomoción más agradable, magnífico y encantador.

Ni el más cómodo departamento de primera clase en el ferro-carril, ni el landó más soberbiamente montado, ni aún la góndola veneciana que con mayor misterio se desliza sobre las silenciosas ondas, pueden compararse al mágico arranque del globo á través de las límpidas llanuras de los espacios azulados. Nada tampoco más sorprendente que una jóven tomando parte en las contemplaciones grandiosas que la barquilla aérea reserva á quienes le confían, aunque sólo sea por algunos instantes, su existencia.

Verificamos la partida muy discretamente, á no dudarlo, ocho dias despues de nuestro casamiento, en una hermosa noche de verano, rodeados por un grupo de parientes y amigos, y hé aquí que al dia siguiente aparece en los periódicos una novela, algo como el rapto de una novia, y esto contado con pormenores imaginados de una manera más ó ménos ingeniosa, acerca de esta noche de bodas pasada por encima de las nubes.

¿Qué más natural, lo repito, para un astrónomo y su compañera, que volar de esta suerte por los espacios reservados á las aves? Deseábamos ir á Spa, y allá fuimos conducidos en globo por las alas del viento, á través de la noche solemne, y mecidos por las nubes vaporosas, vagamente iluminadas por los plateados rayos de la luna. Al romper la aurora, descendimos en medio del paisaje más bello que puede imaginarse, en esas verdes praderas que forman un marco maravilloso en derredor de Spa. Era este un medio de locomoción tan propio del estado de nuestros ánimos, que si algo hay en ello que pueda causar admiración, es que no lo elijan cuantos aman lo bello y lo comprenden. Pero de esto tienen la culpa las mujeres... porque si ellas lo quisiesen...

El 23 de Agosto de 1874, á las 6 h. 52 m. de la tarde, se elevaba magestuosamente nuestro globo á través de los aires, conduciendo cuatro pasajeros: mi hermano Ernesto, deseoso de probar los encantos de la navegación aérea, Mr. Jules Godard, que hacia de piloto, mi esposa y yo.

El momento de la partida deja siempre en el alma una impresión solemne, la tierra descendiendo, el grupo de nuestros amigos desapareciendo, París se despliega en toda su inmensidad con sus calles, sus boulevares, sus edificios, sus cúpulas, su río, sus canales y su ruido atronador, aumentado inmensamente por la aparición del globo á la vista de la población flotante.

El sol se puso á las 6 h. 49 m.; partimos momentos despues y contemplamos las nubes de púrpura y oro que forman su capa lejana.

De pronto para nosotros, para nosotros solos, el astro del dia se levanta de nuevo y su flameante disco sale de la hoguera. Nuestro inmenso globo se va iluminando con sus rayos á medida que se levanta, y pronto el Occidente reco-

bra sus derechos y el astro desciende de nuevo para verter sobre otros pueblos su luz fecunda.

Nos cernimos por encima de las colinas de Chaumont que habían perdido su altitud; por encima de Montreuil, cubierto de espalderas de alberchigos; por encima de Vicennes que despliega su arsenal sobre el lago mismo que reflejaba nuestro buque. Marchamos con lentitud: las diferentes aldeas, á cuya vista pasamos, nos dan la alborada y el sonoro toque del cuerno de caza nos acompaña por los espacios.

Durante seis horas recorrimos un arco del contorno de París sin perderlo nunca de vista. Lentamente se ilumina y dibuja á nuestra vista sus grandes arterias con líneas luminosas.

Habíamos elegido el plenilunio para nuestro viaje áreo. La blanca luz del astro de la noche ilumina con melancólica claridad los paisajes de la tierra, y distinguimos fácilmente las llanuras, los bosques y las viviendas de los que habitan la tierra, pero la ciudad que cautiva nuestra atención.

La línea curva de los boulevares, desde la Bastilla á la Magdalena, y la línea recta de la calle de Rivoli y de la avenida de los Campos Elíseos, trazan dos surcos luminosos, con los cuales puede relacionarse todo lo demás. La plaza del Carroussel, la de la Concordia y la del Trocadero centellean, los muelles se desarrollan humildemente á lo largo del río, sombrío y entrecortado por los iluminados puentes. La cintura de fortificaciones se dibuja con sus bastiones como sobre un plano topográfico.

Tratamos de distinguir nuestras moradas. La nuestra se perdía en la sombra discreta del vecino barrio del Observatorio. Mi hermano reconoció la suya, situada en el boulevard de San Miguel. Tan ínfimos pormenores humanos se desvanecen en la gran contemplación de la naturaleza.

Julio Godard acaba de arrojar la cantidad de lastre requerida para la realización de nuestro proyecto. Comenzamos á subir. Parece como que París se acerca y cae bajo nuestra perpendicular. Echamos la última ojeada á la inmensa ciudad de fuego, á través de la cual se siente correr la agitación y la vida, mientras que en medio de los aires reinan la calma y el silencio.

La tierra con sus obras y sus pompas desaparece tras la cortina de nubes que se interpone y bogamos ya en pleno cielo.

Hacia cuatro horas que nos hallábamos en derredor de París.

EN PLENO CIELO.

Lenta y silenciosamente se vá elevando á través de las nubes la enorme esfera de gas. Como lijeros copos, las nubes se entreabren para dejarle paso y la tierra vá desapareciendo. Rodeado por una vaga luz de tinte gris, el globo flota en la sombra. De pronto aparecen los plateados rayos de la luna.

Hemos pasado las nubes, y ante la vista admirada, se desarrollan á lo lejos los blancos torbellinos. Nos cerníamos en el estrellado cielo, teniendo á nuestros piés montañas de nieve: un paisaje grandioso se dibuja, Alpes blancos, ventisqueros, valles, abismos, precipicios; una naturaleza desconocida se revelaba, creando, como en un sueño, panoramas fantásticos y deslumbradores. Entre las nubes se empuñan reñidos combates; las corrientes se siguen unas á otras, chocan entre sí, se precipitan, obrándolo todo en silencio aquellas masas monstruosas. Se sienten, se ven en actividad las fuerzas de la atmósfera, potentes, incandescentes, prodigiosas, mientras la tierra permanece adormecida.

Ninguna descripción alcanzaria á pintar el mágico espectáculo que se admira con una especie de estupor, sintiendo que sobre el planeta entero ninguna otra mirada pueda gozar de tal contemplación.

En el seno de este enorme silencio y de esta implacable soledad poblada por flotantes fantasmas, en medio del vacío sin fin que nos rodea, se cree uno en el seno de aquel imperio de la nada, donde el autor del *Paraiso Perdido* hace que nazcan las cosas primordiales, ó bien en ese reino de las hadas, donde Goethe evoca los espectros, los gnomos y los gérmenes de los séres. ¿Habitamos aún la tierra? ¿Estamos, acaso, sumidos en las tinieblas del caos, flotando sin dirección, sin nada arriba ni abajo, en un mundo en vía de formación, y que todavía no ha exhalado el primer vagido entre las caricias de la luz y de la vida?

Continúo anotando en mi diario de á bordo las impresiones y observaciones del momento.

A MEDIA NOCHE.

El océano de blancas nubes se desarrolla hasta el horizonte, y oculta enteramente la tierra. A veces se abren ante nosotros surcos, ó bien pasamos por en medio de valles profundos sin tocar las nubes. Estas son tan blancas y tan dulces, y parecen formadas de copos tan sólidos, que fascinan. Se olvida que el vacío se estiende á los piés y se experimenta un vago deseo de abandonar la barquilla para recostarse en el muelle lecho de deslumbradora nieve. Son las sirenas de la atmósfera que nos atraen.

Pero, ¡oh, maravilla! rodea á la blanca luna una auréola de oro, en cuyo derredor, como una banda tricolor, se arrolla de repente un triple círculo rojo, verde y azul. Sus nubes forman una llanura aborregada, un mar de plata, y el astro de la noche, coronado por una espléndida diadema, preside desde lo alto su imperio. Las siete estrellas del Norte brillan como si fuesen los guardianes de esta celeste morada.

¿Qué sombra es esa que flota allí en la blanca llanura rodeada por una especie de auréola de suaves colores?

Es la sombra del globo y nuestra misma sombra que nos sigue en la travesía aérea, y que reproduce para nosotros uno de los más bellos fenómenos de la anhelia. Aquí la naturaleza engendra y destruye á placer las maravillas de la más rica fantasmagoría.

Á LA UNA DE LA MADRUGADA.

Un abismo se abre ante el globo. La mirada penetra en él y distingue la tierra. Reconocemos las llanuras cretósas que se estienden entre Reims y Soissons. Haciendo el punto comprobamos que bogamos hácia el Nordeste con tendencia

hácia el Este. Esta modificación nos fué tanto más agradable cuanto que hacia diez minutos veníamos observando á lo lejos, hácia el Norte, una luz alarmante que producía la impresión de un faro giratorio. Esta brillante luz era producida, sin duda alguna, por una locomotora lejana.

Pronto la aurora apunta al Oriente.

El globo desciende otra vez de las celestes alturas y boga á algunos centenares de metros sobre las montañas y selvas de las Ardenas. Los valles están cubiertos por la niebla, cuya superficie superior tiene el mismo nivel en todas sus partes y ofrece el aspecto de nieve recién caída. Todo el país se dibuja con sus irregularidades orográficas. ¿Qué plano exacto podía levantarse desde semejante observatorio?

No se distingue traza alguna de humana habitación, ni pueblo, ni aldea siquiera. El departamento de las Ardenas ¿es acaso una selva virgen entrecortada por nevados surcos? No. Las alturas están todas cubiertas de bosque y la especie humana que ha establecido sus moradas en los valles, á orillas de los ríos, yace en la espesa capa de nieblas que nos la oculta á la vez que la vista del cielo. El hombre que se imagina es el rey de la creación y que se mece en la vanidosa idea de que el cielo se ha hecho para él, pasa las tres cuartas partes de su vida bajo la niebla en la misma condición que la ostra adherida á la roca, vueltos los ojos, no hácia el cielo sino hácia el terruño en medio de los groseros apetitos de la materia.

Pero, ¿qué? ¿nos volvemos á París? Sí, la corriente se dirige de nuevo al Oeste. No permanezcamos aquí más tiempo, volvamos á nuestra dirección. ¿Qué relámpagos son esos que cruzan por el cielo? ¿Nos va á sobrecoger alguna tempestad antes del nuevo día? Se multiplican, pero á gran distancia, porque no se oye ningún ruido.

Fuese lo que fuese, arrojamos un saco de lastre y subimos á tres mil metros. Han desaparecido las nubes, la luz de la luna palidece ante la del día. Sirio brilla. Se distinguen las manchas de la luna como sobre una carta. Pronto nos hallamos á cuatro mil metros de altura sobre el nivel medio de los hombres. Todo está helado en la barquilla: el psicrometro destinado á medir la humedad del aire, la sopa que preparamos la vispera, y, á pesar de los abrigos, los aeronautas mismos. El termómetro metálico de Trémeschini, construido expresamente por el inventor para esta ascension, está á diez grados bajo cero. Lejos de quejarse del frío, mi animosa compañera pretendía no haberse hallado nunca tan bien.

A LAS TRES DE LA MADRUGADA.

Por encima de nuestras cabezas se eleva una vasta cúpula, verdadero palacio de las maravillas; las nubes que pasan parecen que no tienen más objeto que ensanchar las dimensiones de este Olimpo. Sin su auxilio no podria sondear nuestra vista el espacio infinito. Bajo estos ligeros vapores se levantan montañas unas sobre otras y se alejan por escalones de las inmensas llanuras de esta comarca divina, habitada sin duda por los géneos del aire, por los silfos y los duendes.

Algunas de estas masas compactas parecen asoladas por las avalanchas, cortadas por la marcha irresistible de los ventisqueros. Esta nube parece adquirir la dureza del cuarzo y del diamante. Tiene la forma de inmensos conos lanzándose atrevidamente hácia el infinito. Parecen pirámides cuyas caras están desbastadas apenas.

Más que admiración es terror lo que produce el espectáculo de esta naturaleza grandiosa, porque el silencio que reina por todas partes aniquila la razón humana y le impide perder de vista su pequeñez frente al infinito.

El globo mismo se desliza en silencio, cual si temiese turbar semejante recogimiento: los habitantes de la barquilla cambian en voz baja sus pensamientos, temiendo que sus confidencias sean oídas por algún géneo invisible. El menor movimiento hace gemir el aparejo y halla como un doble eco en el interior del globo.

Austera y terrible, esta naturaleza celeste nos atrajera, como abismo abierto á nuestras plantas, si el frágil muro que nos separa de la tierra llegase á hundirse. En estas últimas esferas se siente el vértigo del infinito. Se desearia estar siempre por encima de estas llanuras sin fin.

LA SALIDA DEL SOL Y EL DESCENSO EN SPA.

Cual el preludio de un concierto inmenso, toda la naturaleza atmosférica se dispone á saludar la aurora. Las lejanas nubes se abrazan semejándose á los Alpes iluminados por el sol poniente; los ténues vapores se tñen de rosado color, del lecho de púrpura del astro radiante se lanzan en todos sentidos surtidores de luz y las nubes superiores ostentan brillantes bordaduras de oro.

De repente se aparta todo, los planos se alejan y el foco de la luz y del calor se eleva magestuosamente vertiendo en los lejanos espacios torrentes de fecundidad y de vida.

Entregado á sí mismo el globo, se hubiera elevado á 5, 6 ó 8.000 metros, y es menester abandonar á cada momento cierta cantidad de gas, á fin de impedir una dilatación demasiado rápida.

Nos cernimos sobre Bélgica. Las llanuras de Roeroy y el valle del Mosa se alejan, las fronteras alemanas se aproximan. De cuatro mil metros descendemos en veinte minutos hasta colocarnos en el seno de un admirable valle de la tierra walona. Las montañas se elevan, la barquilla se detiene á la orilla de un arroyo que corre entre fajas de césped. Es un rincón de Suiza trasportado al valle del Mosa.

Estamos en Spa. Son las 6 y 40 de la mañana, casi la hora de nuestra partida, la vispera por la noche.

Tales son las curiosas peripecias de este viaje aeronáutico. Mi hermano, que seguía por vez primera los caminos aéreos, se acimató muy pronto. Mi esposa soñaba y contemplaba sin considerar los peligros, y no quería descender ni dejar la barquilla en donde había sentido las emociones de una noche pasada sobre las nubes. Su presencia nos eclipsó á la vista de los curiosos y curiosas que llegaron en todas direcciones. Comenzaron por tocar sus vestidos para convencerse de que esta hija de Eva que así descendía de los cielos, no era una abstracción: despues se atrevieron á dirigirla la

palabra y aun á traerle leche. A nosotros se nos dejaba en lugar secundario.

Este viaje es, sin duda, el más curioso que se haya hecho por los aires, tanto bajo el punto de vista meteorológico, como bajo el aspecto puramente artístico. Yo me quedaria satisfecho si en esta relación sencilla, y muy inferior á las emociones que hemos experimentado, logro dar al lector una idea exacta del interés que á todos cautiva en estas excursiones del hombre á los espacios que está llamado á conquistar un día.

CAMILO FLAMMARION.

LA CRISIS ECONOMICA

Y LA REACCION PROTECCIONISTA EN EUROPA.

El término *crisis* significa en la esfera económica lo que en otros órdenes. La vida es movimiento, cambio, mudanza; pero así como nuestro cuerpo tiene estas mismas condiciones, y, sin embargo, no aplicamos á cada transformación el término *crisis*, sino que lo decimos respecto de ciertas épocas ó sucesos en que corre peligro nuestra existencia, como acontece cuando empleamos esta palabra con relación al orden político, lo propio acontece en la industria; porque la *crisis* supone un estado completamente anormal, y por esto decimos que un país no puede estar por mucho tiempo en crisis. De aquí que esta puede alcanzar toda la vida económica, ó ser sólo industrial, ó mercantil, ó monetaria; unas veces tienen un carácter permanente, porque se deriva de la misma naturaleza del orden industrial, ó para hablar con más exactitud, de nuestra propia naturaleza; y así, por ejemplo, los inventos, los adelantos en la maquinaria, producen graves trastornos en la industria; la invención del ferro-carril ha sido una crisis para los antiguos medios de locomoción; la imprenta lo fué para los copistas; como lo será quizás el descubrimiento de Edison, que ha conseguido dividir la luz eléctrica, para las compañías del gas. Hay crisis inevitables, puesto que dependen de la naturaleza, como la pérdida de la cosecha, mientras que otras dependen más ó menos de nuestra voluntad, como las producidas por una guerra, el abuso del crédito, etc.

Veamos ahora lo que es el sistema *protector*. Todos sabéis por propia experiencia que la vida es un cambio continuo. Así, por ejemplo, cada uno de vosotros percibe un sueldo de una casa de comercio en cambio de los servicios que le presta; y constantemente y en todos los momentos estamos haciendo cambios para vestirnos, alimentarnos, etc. Todos sabéis que esos productos que adquirís, unos vienen de cerca y otros de lejos; que unos proceden de pueblos cercanos, y otros de pueblos distantes; y sabéis también que para trasportar esos objetos hay caminos que no terminan en la frontera, sino que continúan, poniendo en relación todas las naciones, resultando, en suma, que cambiamos con todos los pueblos del mundo. Pues el *proteccionismo*, enfrente de este fenómeno natural, dice lo siguiente: lo primero es la industria nacional, base de la riqueza de un país; y para que haya industria nacional es preciso que nada la estorbe. Ahora bien; si esa industria nacional produce, por ejemplo, trigo, algodón ó hierro, cuando el fabricante ó agricultor llevan su algodón ó trigo al mercado y no encuentran quien se los compre porque se han introducido esos mismos productos de otros países, y se venden más baratos, piden á voz en grito que se remedie ese, que para ellos es un mal. ¿Qué medios hay para esto? Dos: uno radical, que consiste en no dejar entrar las mercancías extranjeras; pero como esto seria demasiado fuerte, y además no es preciso, basta con el otro. Si los nacionales dan el trigo á 45 rs. fanega, por ejemplo, y los extranjeros á 30, con hacer pagar á éstos 20 rs. por cada fanega que introduzcan, desaparecerá en aquellos todo temor de que les hagan la competencia. Esto es, en breves términos, el sistema protector.

Veamos ahora cómo se muestran estas dos tendencias en relación con la actual crisis económica, cuya gravedad y cuya influencia no pueden ponerse en duda, y que data, por lo ménos, del año 1873, en que se inicia principalmente en los Estados Unidos, Austria y Alemania, y que en estos momentos ha alcanzado su mayor grado de desarrollo, extendiéndose casi sobre todos los países.

Esta crisis es compleja; tiene algo de permanente, en cuanto en parte es debida á modificaciones en las condiciones de la producción y del consumo, como, por ejemplo, la sustitución del hierro por acero; tiene algo de inevitable, pues no puede ponerse en duda que ha contribuido no poco á determinar la pérdida de las cosechas; es en cambio, en otro respecto, dependiente de la voluntad del hombre, de un lado, por las guerras, como la franco alemana y la de Oriente—y aún podríamos remontarnos más y ver cómo, por virtud de la solidaridad que rige la vida de la humanidad, aquella remota y terrible guerra de los Estados Unidos ha venido á ayudar todavía á la crisis actual por las consecuencias que ha ejercido en el mundo monetario,—y de otro, por el abuso del crédito y por otras causas que como las guerras, podria evitar el hombre con la prevision; y es otro de los motivos de la crisis, según algunos, el principal, lo que suele llamarse plétora de producción. Con la guerra franco-alemana, decia hace poco un orador inglés, se abrió un agujero que creíamos que no se

iba á llenar nunca, y luego resultó que se habia llenado muy pronto.

Cada una de estas causas es notada respectivamente ya por unos, ya por otros; unas veces en conjunto y otras admitiendo unas y negando otras; dando mayor importancia á estas ó á aquellas; de todos modos, siempre resulta una cosa, y es que la crisis económica actual no es, ni sencilla, ni aislada, sino que, por el contrario, tiene mucho de compleja.

Y hay todavía otra causa de la crisis, que es la idea misma de su existencia. Todos habeis oido decir que el capital es asustadizo; que el comercio pide ante todo seguridad; pues entónces es claro que no existen estas condiciones cuando sobreviene una crisis, sino que, por el contrario, las opuestas se producen y exageran.

Pues en medio de este conflicto se presenta el sistema protector, y dice: la crisis es debida únicamente, y sino principalmente, á la tendencia á consagrar la libertad de comercio, que parece predominar en Europa hace algunos años, y de que son en parte fruto los tratados de comercio; el mal es gravísimo, y para remediarlo es preciso proteger la industria nacional elevando los derechos de importación. Ante todo hay aquí un error que importa hacer notar, que en términos científicos puede expresarse diciendo que consiste en atender exclusivamente al aspecto jurídico de la cuestión, desatendiendo el económico, y que, para que todos nos entendamos, aclararé con un ejemplo. Figuráos que un fabricante de zapatos los lleva al mercado, y que se encuentra con que no los vende. ¿Qué sería lo que en su caso se os ocurriría á vosotros? Lo primero que hariais sería preguntar: ¿fabrico yo bien los zapatos? ¿pongo buen material? ¿los fabrico con bastante economía para darlos más baratos que los demás? ¿he tenido bastante prevision al fabricar este género, sin averiguar antes si era necesario y si, por lo tanto, tenia salida? Hallarais indudablemente muy racional esta serie de preguntas. ¿Pero qué diriais en cambio de uno á quien no se le ocurriera nada de esto y dijera: para venir al mercado, ha de dirigirse la gente por tal ó cual via; no están seguros los caminos, no hay Guardia civil, etc., pues la culpa de lo que me pasa la tiene el Gobierno? Pues esto es precisamente lo que hacen los proteccionistas y los protegidos cuando en presencia de estas crisis echan la culpa al libre-cambio, y piden el restablecimiento de los antiguos derechos arancelarios.

Así, por ejemplo, Inglaterra desde el año 1874, viene ocupándose en esta cuestión; se ha discutido por estenso en conferencias, reuniones, etc.; hay *meetings* para esclarecer el asunto, juntamente con las discusiones de la prensa; pero en vez de echar la culpa de la crisis á la libertad de comercio, lo que hacen es estudiar una por una todas las várias causas á que aquella se atribuye; mientras que lo contrario es lo que acontece en otros países, donde nadie se ocupa de éstas y sólo se oye hablar de aranceles y aduanas.

En Alemania ha venido á dar gran impulso á este sentido un personaje célebre: el príncipe de Bismarck, que hace apenas año y medio sorprendió al mundo con una carta dirigida al Consejo federal, en que se presentaba un programa claro y terminantemente proteccionista. Todos sabeis lo que es el príncipe de Bismarck, el papel importante que ha jugado en la historia contemporánea, su influencia onnímoda en aquel país, tanto más cuanto que allí el régimen parlamentario tiene más de aparente que de real; y aunque no falta quien diga en vista de este y de otros errores que á este célebre hombre de Estado le va á acontecer lo que á aquellos cantantes célebres que se han perdido por no retirarse á tiempo, es lo cierto que, dado el poder que tiene en aquel país, dá alas y aliento al movimiento proteccionista en Alemania y aún en Europa.

En ese país el proteccionismo ha revestido un carácter científico que no ha alcanzado en otras partes: el llamado *socialismo de cátedra* es generalmente proteccionista, y sigue la teoría de List, que, en suma, consiste en decir: cada pueblo, así como tiene un carácter, un génio, un modo propio de ser, debe tener igualmente una vida económica propia, cosa que no es posible con esa especie de universalidad á que conduce la libertad de comercio. Nunca he podido darme cuenta de cómo ha podido hacer fortuna semejante teoría, y mémos en Alemania, pues cada uno de los Estados que la constituyen continúa conservando su propia vida económica, no obstante que hace 35 años constituyeron la union aduanera, el Zollverein, al modo que en España cada reino ó provincia tiene una vida industrial propia, no obstante haber libre-cambio entre todas ellas. El argumento, si fuera valadero, lo mismo cabria aplicarlo á las naciones que á las provincias; y sin embargo, á nadie se le ocurre pedir el restablecimiento de las aduanas interiores; de donde resulta, que en Alemania y en Italia, divididas en varios Estados, debia haber aduanas entre ellos; y cuando han conseguido formar una sólo, debian venir abajo; porque ántes eran aduanas exteriores y ahora lo serian interiores.

Uno de los puntos más discutidos hoy por los proteccionistas es el referente á la conveniencia de los tratados de comercio. En teoría estos no se explican, porque así como no seria racional establecer un tratado entre Aragon y Castilla, no deberia serlo el que lo hubiese entre Francia y Espa-

ña. Pero los tratados de comercio tienen un gran valor en el estado actual de las relaciones internacionales en cuanto sirven para poner coto á los abusos de la proteccion, sobre todo cuando son duraderos, porque entre tanto determinan un estado de seguridad relativa y se suspende la constante amenaza de las reformas arancelarias en sentido proteccionista. Y serán por eso más eficaces cuando, á lo largo de su duracion lleguen á unir la circunstancia de comprender á varios ó todos los pueblos civilizados, como las convenciones postales, por ejemplo.

Además, con tratados de comercio se dificulta el sistema de represalias, que es uno de los puntos respecto del cual seduce más la escuela proteccionista, porque si os dijera, «si yo tengo mercancías que he de cambiar con otro, y él pone obstáculos á que yo lo verifique, yo tambien debo ponerlos á él;» pareceria una cosa llana, y sin embargo es un sofisma, porque la nacion que así obrara haria daño á la otra, es verdad, pero tambien se lo haria á sí misma, así como á otras exentas de culpa. Supongamos que Inglaterra, inspirándose en este sentido, respecto de los Estados-Unidos, sube el derecho de entrada señalado á los hierros; perjudicará indudablemente á los Estados-Unidos, pero tambien perjudica á Bélgica y Holanda, países, relativamente hablando, libre-cambistas. Y aun cuando gravaba sólo las mercancías de un determinado país, siempre resultaria que el fabricante de hierro ganará con esta proteccion; pero, ¿y los demás? El agricultor y el industrial que emplean instrumentos de hierro serán castigados á la vez que los fabricantes de los Estados-Unidos, y por esto decia con mucha razon Mister Fovster, que esto era lo mismo que si á uno que tuviera sujeto uno de los brazos á la espalda, se le quisiera favorecer atándole tambien el otro. En efecto, es decir un país á otro; tú elevas los derechos arancelarios sobre el artículo que yo te mando, con lo cual castigas á los consumidores de ahí; pues yo subo los derechos sobre el artículo que tú me envías, y así, para castigarte á tí castigo á los consumidores de aquí.

Por esto de las represalias, entre otros motivos, tiene tanta importancia hoy la cláusula de nacion más favorecida, porque las impide hasta cierto punto, en cuanto no quedan las manos completamente sueltas para hacer lo que les parezca mejor á los productores en daño de los consumidores.

Lo que hace el sistema proteccionista con tales pretensiones es agravar la crisis, porque viene á aumentar la desconfianza, la alarma y la inseguridad; en cuanto, como decia un orador libre-cambista español, él hace que estén siempre suspendidas cuatro espadas de Damocles, que son: de parte del país, el contrabando; de parte del Gobierno, la amenaza de las reformas arancelarias; de parte del extranjero, los tratados de comercio, y de parte del consumidor, la agitacion para conseguir el libre-cambio.

Por el contrario, el libre-cambio no pretende resolver la crisis; pues la libertad en el orden económico no puede hacer más que lo que cabe dentro de su propia naturaleza. La libertad no es más que una *condicion*; pero condicion necesaria y precisa para que sea posible esa solucion. En primer lugar, el libre-cambio lleva consigo la estabilidad; en segundo, la libre comunicacion de productos hace más solidarios los pueblos y permite que el resultado de las crisis sea ménos funesto, porque se distribuye entre todos; y en tercero, como con él sólo se desarrollan las industrias naturales, no las artificiales, aquellas resisten más que éstas las crisis, al modo que una tempestad arrolla los árboles de raíces someras y no hace efecto en los que las tienen profundas.

Por esto es preciso combatir las pretensiones de la reaccion proteccionista, que asoma hasta en la misma Inglaterra, el país clásico del libre-cambio, y que se ha apoderado de alguna de sus colonias, como el Canadá, donde con esa bandera ha ganado las últimas elecciones; que ha dado lugar á la denuncia de los tratados de comercio por parte de Francia, aunque por fortuna la opinion se ha rehecho un tanto, que en Alemania se muestra arrogante suscitando la enérgica oposicion de los libre-cambistas capitaneados por Bamberger, y que en España se mueve y se agita y hace todo lo que no necesita decirnos, porque lo sabeis bien.

Y es más extraña la pretension de este sistema, dado el carácter de generalidad de la actual crisis económica, porque se comprende que cuando en medio de la prosperidad general un país dice: todos prosperan y yo decaigo, se le ocurra pensar que eso ha tenido lugar por haber cometido la indiscrecion de rebajar los derechos arancelarios, y que lo que él pierde lo gana el vecino. Pero no se explica que, cuando se trata de una crisis universal que alcanza á todos los pueblos, se diga que es la libertad de comercio la que perjudica á unos y favorece á otros. Cuando se demuestra que un país pierde y otro gana, todavia puede atribuirse á aquella; pero si todos pierden, ¿cómo cabe asegurar que la libertad de comercio es la causa de semejante crisis? Seria un estudio curiosísimo el reunir los datos aducidos para demostrar las pérdidas de unos países y la prosperidad de otros, y anotar las consecuencias que se pretenden sacar de las balanzas del comercio; porque veriamos que todos perdian, sin que nadie pudiera decir á dónde habian ido á parar las ganancias. Porque todavia, á pesar de las refutaciones tantas veces hechas, y como si el ejemplo de In-

glaterra nada probara, siguen ciertas gentes considerando como pérdida para una nacion el exceso del valor de lo que importa sobre el de lo que exporta.

Hay, por tanto, que contrarestar los empeños de ese sistema protector, que es, sobre todo en tiempo de crisis, perjudicial y contraproducente; que está reñido con las tendencias universales que llevan hoy á los pueblos á establecer una solidaridad mayor entre sus intereses, y que contradice la aspiracion constante de la época moderna á consagrar la libertad en todas sus manifestaciones. ¡Bueno fuera que cuando otras, que son más difíciles de conquistar porque chocan de frente con ciertos hábitos y ciertos elevados intereses sociales, van consolidándose, retrocediera la libertad económica, que es quizá la más antigua en la historia de la ciencia!

GUMERSINDO AZCÁRATE.

UNA GRANDE HAZAÑA POR UN DESEO PEQUEÑO.

(HISTORIA EN CUENTO Y CUENTO EN HISTORIA.)

I

Corria el año de 1491. Los dos cónyuges memorables en nuestra historia, porque su conubio realizó la union de los diversos Estados de España y de algunos, que ahora son de Francia, y de otras naciones, en una sola corona; sus altezas, los muy temidos y muy poderosos señores Don Fernando II de Aragon, y Doña Isabel I de Castilla, se habian *despelotado*: es decir, habian echado fuera la ruina, y habian terminado el periodo, no anárquico, algo peor aun, deshonoroso para la corona y miserable, que se habia determinado bajo el centro inútil del menguado Don Enrique IV, de vergonzosa recordacion.

Don Fernando y Doña Isabel, á los cuales no se daba aun el dictado de Reyes Católicos, porque aun no era Papa Alejandro VI, que se lo concedió, se habian hecho al fin respetar: las parcialidades que habian devorado á Castilla, habian sido domadas; Francia estaba en respeto; Roma volvía á sentir la prepotencia española; Doña Juana de Portugal, viuda del torpe Enrique IV, habia muerto, como reclusa, en el convento de San Francisco el Grande de Madrid; la desventurada princesa Doña Juana, á quien los portugueses llamaban la Excelente señora, y los castellanos la Beltraneja, Dios sabe si con razon ó sin ella, desheredada, en los Toros de Guisando, por el rey Don Enrique, que reconoció y llamó á la sucesion de la corona á su hermana la infanta Doña Isabel, Doña Juana, decimos, á quien su tío de Portugal habia acogido y desposado con ella, por codicia del reino de Castilla, y vencido al fin en sus pretensiones, y puesto en miedo, despues de la batalla de la Albufera, reconoció á Doña Isabel como reina de Castilla, anuló sus desposorios con Doña Juana, que, desheredada, fué enviada á un convento, sufría un acerbo infortunio de que no era culpable; el intrigante y mañero marqués de Villena, D. Juan Pacheco, maestre de Santiago, así como su hermano don Alonso Carrillo de Acuña, arzobispo de Toledo, que todo lo habian revuelto y llevado á los términos más extremos, habian sido puestos en obediencia y silencio, y habian muerto casi en el olvido; el gran cardenal de España, D. Pedro Gonzalez de Mendoza, hombre, si no de gran talento, de rectas intenciones y de voluntad firme, tenia por la reina Doña Isabel el gobierno de Castilla; la Santa Hermandad habia purgado de bandidos los caminos, siendo al mismo tiempo un ejército popular, que entrenando á la nobleza, robustecia la Corona: un mundo nuevo, lleno de virilidad y de fe, habia sustituido en España al mundo podrido é infame de los tiempos de Enrique IV: tales eran los resultados de la union de toda España bajo las coronas de Fernando y de Isabel; y, sobre todo, magnífico, esplendente, revolucionario, trayendo en sus fulgores una civilizacion nueva, precedido por la imprenta, que difundió y vulgarizó la palabra escrita, se alzaba ya en el horizonte político y social, matando la gastada, corrompida y caduca Edad Media, borrando los grandes privilegios feudales, inculcando ya en sus principios el derecho comun y la libertad de la conciencia, el sol del RENACIMIENTO.

II

Pero quedaba un cuidado á España, y un cuidado gravísimo que no se podia desatender; el reino moro de Granada, puerta de España frente á Africa, siempre abierta á las invasiones; era necesario llevar á cabo la reconquista y asegurar la tierra, emanciparla, rescatarla completamente del dominio musulman, acrecer la oleada que, durante siete siglos, en una acometida incesante, habia arrojado á los invasores hácia las partes por donde habian venido; lo exigian así el legado honroso de nuestros progenitores desde los primeros tiempos de la reconquista, y el sentimiento de Dios y de la patria; á las creencias, al honor, se adunaba la necesidad, y sobre esto venia el provecho de la posesion de un estenso territorio pingüe, en que heredar á los últimos héroes de la restauracion de la patria.

III

Empezó, al fin, con vária fortuna, la guerra de Granada; pasó la corte el invierno de 1490 en Se-

villa, y á la llegada de la primavera de 1491, se movió el ejército hacia Granada, se rompió á todo poder por la frontera, llegando en muy pocas jornadas á Alcalá la Real, donde la reina se quedó con sus hijos, para acudir á todo, proveer á lo que menester fuese, y pasar en breve adelante para compartir la gloria y el peligro de aquella alta empresa. El rey Don Fernando en tres días, llevándose por delante cuanto se le opuso, llegó á la vista de Granada, sábado 3 de Abril, y puso sus reales á legua y media de la ciudad en los Ojos de Guetor; de allí, el marqués de Villena, hijo del otro difunto, con tres mil de á caballo, corrió los montes, adelantó hasta el Padul, venció á los moros que salieron de la ciudad, quemó nueve aldeas, y cargado de una rica presa, se volvió á los reales.

Lo próspero de los sucesos tan en los principios, alentó á los españoles, que se propusieron hacer la tala más adentro aun de la sierra, correspondiendo al intento puesto en práctica, los resultados. Los moros, que habían tomado los pasos más estrechos y escabrosos, fueron vencidos, y los cristianos, en tres días que duró aquella segunda tala, se volvieron con muchas más riquezas que la vez anterior al lugar de sus reales, que empezaron á fortificar, reduciéndose entonces á abrir un foso con algunos reparos, alojándose el ejército en barracas; más adelante los reales se convirtieron en una población que se llamó ciudad de Santa Fé.

IV

Se hizo alarde del ejército, y se halló que montaba á diez mil de á caballo y á cuarenta mil de á pie, la flor de España, que habían aportado los grandes y los concejos y comunidades de las ciudades; los moros tenían también mucha gente; y lo extraño era que de las doscientas mil almas que entonces poblaban la ciudad, apenas se hallaban quinientos que fuesen hijos y nietos de moros. De renegados sólo, había en ella cincuenta mil, á los que había que añadir treinta mil cautivos cristianos.

V

Tenia la ciudad el increíble número de sesenta mil casas: aparecía alzada sobre dos montes, en los recuestos de Sierra Nevada, que se alza al Oriente, y hacia el Poniente se estiende una fructífera vega de quince leguas de ruedo: es tradición que la fertilidad de su tierra se debe á la sangre vertida en ella durante años y años. Hacia el Norte se eleva Sierra Elvira, en que antiguamente estuvo Iliberis, y al Nordeste corren los montes de Guadix, que, llegando á los de las Alpujarras, se unen con Sierra Nevada, cuyas cordilleras se hunden en el Mediterráneo: treinta y seis fuentes que brotan en los montes riegan la vega; pasa el rio Darro entre las colinas del Albaicín y de la Alhambra, en que se divide la ciudad, y uniéndose fuera de ella con el Genil, cruzan la tierra y la fertilizan, perdiéndose de vista allá al Poniente, entre los cerros de Loja. Centenares de aldeas, todas las cuales llevan aun su nombre árabe, blanquean en todas partes, entre los olivares y los varios matices verdes de la viña, del cáñamo, del lino, del trigo, de la cebada, del maíz: las huertas ostentan sus bosques de frutales: acá y allá descuella alguna palmera, y aún, como un delegado del Líbano, se alza un cedro sobre el monte de Al-Bahul.

VI

Las murallas, con sus contrafuertes de torres, en número de mil trescientas, orlando las laderas, coronando las colinas, estendiéndose por el llano, eran de tal altura, espesor y masa, que por ellas se creía inexpugnable la ciudad: la Alhambra, sobre la Colina-Roja, y el castillo de Hinc-al-Roman, en el Albaicín, sobre el barrio del Zenete, ciudadelas cada una tan grandes como una ciudad, parecían aumentar aquella fortaleza, que se hacía mayor por la dificultad de cercar en redondo la ciudad, no solo por su grande estension, sino que también por lo quebrado del terreno.

Así es que se creía que el asedio sería muy largo, y la reina con sus hijos fué á aposentarse en Santa Fé.

VII

Andando el tiempo, llegó el 10 de Julio de aquel año, en cuya noche se prendió fuego en el alojamiento del rey, que, como todos los otros, estaba hecho de tierra y ramas, fáciles de inflamarse, contándose además con los tapices y adornos que la estancia real ennoblecían: el fuego se propagó con furia, amenazando consumir todo el real. La causa del fuego fué un descuido de la reina, que se olvidó de apagar una candela. Tal era el fuego, que no se pudieron salvar de él las barracas que estaban en torno de las del rey. El rey, temiendo, no sabida aún la causa del incendio, fuese un hecho de traición para revolver el real y dar ocasion á los enemigos de una acometida ventajosa, no sólo se presentó entre la gente medio desnudo, embrazada una rodela y espada en mano, sino que ordenó que incontinentemente saliesen compañías de caballos á reconocer la vega, comandadas por el marqués de Cádiz, que toda la noche estuvieron fuera, sin que pareciese un moro por el mundo; que ellos, viendo desde sus torres el incendio, tal vez temieron que aquello fuese alguna anagaza que se les hacía para llevarlos á alguna emboscada, y se estuvieron quedos.

VIII

Volviose al alba con las compañías al real, el marqués de Cádiz, cuando al atravesar un camino, descubrió á un moro, que, montado en un asno, hacia tranquilamente su camino hacia Santafé, que ya se veía cerca.

Detúvole el marqués, y le preguntó en árabe aljamiado á dónde iba, y qué llevaba en la carga de su jumento.

Pero el mozo, que lo era, y de muy buena gracia, le respondió en muy viejo castellano:

—Pedro Gutierrez me llamo, señor; de Valladolid soy; con el capitán Luis de Velorado, de guarnición estaba el año que pasó en el castillo de Al-Hendin, sobre el cual vino, como sabeis, el rey de Granada con todo su poder, y por más que hicimos, despreciando la vida por la honra, vencidos fuimos y entregados al cuchillo, salvándome yo, con algunos otros, por milagro, cansados ya de matar los enemigos; vendiéronnos esclavos en Granada, y á mí me tocó por amo un hombre ordinario y cruel, gran aborrecedor del nombre cristiano, que se había enriquecido haciendo algaradas en nuestras tierras, y robando las aldeas desamparadas; y lo que llevo es una gran cantidad que le he quitado en doblas cendradas y alhajas de mucho precio, en todo lo cual me ha ayudado una mujer.

IX

Era el marqués de Cádiz hombre muy grave, de severo continente y grandes respetos, á que obligaba con su mesura, y sin sentir curiosidad de saber la historia del mozo, dijo únicamente:

—Si sois, cierto, de Castilla la vieja, y en la fuerza de Al-Hendin os cautivaron, gente habrá en el ejército que os conozca y certifique vuestra verdad.

—Con que me vea,—respondió el mozo,—el señor capitán de caballos Gonzalo de Córdoba, hermano del conde de Cabra, y el mismo señor conde de Cabra, que eran grandes amigos del difunto capitán Luis de Velorado, á quien yo servía, se acreditaría que no he mentado.

—Pues más á punto ni más llano no pudiera ser,—replicó el marqués,—que con su compañía de lanzas aquí viene el capitán Gonzalo de Córdoba.

Y ordenó á uno de sus pajes de armas fuese á buscar de su parte en la retaguardia, donde iba, al capitán Gonzalo.

X

Sobrevino éste, muy luciente de arnés, muy empenachado y muy bizarro; que el se pagó siempre mucho de la ostentación y del aliño, como andaluz y cordobés que era, y no fué menester que el marqués le preguntase: porque apenas vió á Pedro Gutierrez, cuando con semblante risueño y afable, que siempre fué muy llano el Gran Capitán, como le llamaron algunos años despues los italianos, exclamó:

—¡Ah! ¿Que, eres tú Pedrillo? ¿Y de dónde resucitas tú ahora, cuando por muerto con tu señor en Al-Hendin, te habíamos dado?

Esto fué testimonio bastante para que, levantando mano, el marqués de Cádiz diese por libre y bien tornado á Pedrillo, dejándole su jumento y su carga, salvo que, habiéndose de tener ésta como botín de guerra, diese el quinto al rey.

XI

Llévosele consigo á la retaguardia Gonzalo de Córdoba; díjole que á su servicio le tomaba, de que se holgó mucho Pedrillo, y dejando para más tarde el hablar, cuando solos estuviesen, al real llegaron; y cuando despedidas las compañías á sus alojamientos, á la barraca de Gonzalo de Córdoba llegaron, lo primero que éste hizo fué llamar á uno de los escribanos reales que con el ejército iban, y hecho el recuento de lo que Pedrillo había quitado á su cruel señor, se halló que en doblas de oro cendrado y perlas gruesas y rica pedrería, había no menos que un cuento de maravedís de oro, de lo que, ante testigos y con testimonio, se apartó el quinto, que se dió al escribano, con resguardo, para que lo entregase, como por diligencia, á los contadores reales, y de esta manera se vió Pedrillo quieto y finiquitado en sus negocios; despues de lo cual, y de haber almorzado el capitán Gonzalo, se echó á dormir, que bien lo había menester, y no menos su nuevo criado Pedrillo, que á pesar de su riqueza, se dió por honrado sirviendo á un tal amo.

XII

Aquella noche, reforzadas por las guardas, como de costumbre, echados al campo los escuchas, asegurado el real, y todo en silencio, el capitán Gonzalo dijo á Pedrillo:

—Sueño no tengo, que todo el día dormí: así, pues, y para entretener la velada, cuéntame tus sucesos que bien creo han de ser peregrinos; que me parece que cuando se contó tu tesoro, en una muy rica patena había algo que se parecía á sangre y no muy seca aun.

—Hermana, ó más bien hija de ésta,—dijo Pedrillo desnudando su gubia, en cuyas canales se veía sangre.

—Pues déjalo eso para cuando le llegue su vez,—dijo Gonzalo,—y empieza por el principio, que así estaré más en suspenso esperando el fin.

—Pues los principios fueron,—dijo Pedrillo,—que en Al-Hendin me cautivaron, habiendo milagrosamente escapado de la muerte, y en Granada,

fuera de la puerta de Elvira, y en la feria, entre vacas, bueyes y bestias de carga, me vendieron esclavo: compróme, regateándome, el reque Abu-Balquín-el-Ceytuni, que á palos me llevó al palacio que tenía en la calle de Elvira á la subida del barrio del Zenete, y con muy hermoso cámen, en que había todos los árboles, plantas y flores que Dios crió, y claras fuentes y hermosas albercas; y de los apartamentos de la casa no hay que hablar, que cada uno era una joya ricamente labrada de oro y colores: que con las deprecaciones que hacía en tierras de cristianos Abu-Balquín, estaba de tal suerte rico, que no podía resollar, como si todo su gran cuerpo hubiese tenido lleno y embutido de oro.

Al principio no tenía más diversion que la de apalearme por su propia mano, hasta que, no pudiendo ya más, me caía al suelo; y luego, como si me hubiera amado con sus entrañas, me cuidaba y me daba de comer de los manjares más regalados; y mientras en el lecho, no pudiéndome valer, estaba, hacia que me cuidasen las más hermosas de sus esclavas, con los cabellos tendidos y los senos desnudos, todo para incitarme y atormentarme más y más; y cuando volvía á la salud y me encontraba robusto y sano, á cargarme de cadenas volvía, que una fuerte mula no habría podido soportarlo, y tornaban la ración magra de duro pan de guijo y de agua turbia y los palos, ya en las plantas de los pies, ya en el vientre, hasta que de nuevo volvía á adolecer y él á cuidarme; y como yo nunca gritase, y por Dios aguantase y le ofreciese aquellos martirios en descargo de mis culpas, él exclamaba con rabia:

—¡Qué! ¿Tendrás tú el cuerpo, no como los demás hombres, de carne, sino de mármol duro?

Y apretaba la mano. Yo creo que por odio á los cristianos, creía que azotándome á mí azotaba á toda la cristiandad. Así había matado á algunos infelices que no habían podido resistir tanto como yo.

XIII

De improviso cesaron aquellos crueles tratamientos. Yo no sabía á qué achacarlo, ni el que se me hubiese sacado de la mazmorra y del baño, y quitádome las cadenas, y puestóseme en el servicio de la casa, bien vestido y bien comido, como los otros pajes. Mi amo andaba mal contento y triste; aunque era viejo, había envejecido diez años más, y buscando la soledad y lo oscuro, se metía en los rincones más apartados.

Un día me llamó y me dijo:

—Me han dicho que todos los cristianos sois zahoríes, y que sabeis aprisionar la voluntad de quien quereis, ya para vosotros, ya para otros, y que con vuestras oraciones y hechizos haceis maravillas; y que sabeis hacer filtros y causar encantamientos: y algo debe de haber de eso, porque poco á poco has ido amansando la enemistad y saña que yo contra tí tenía: y ahora te digo que si me logras lo que deseo, te daré la más hermosa de mis hijas y te heredaré en mi hacienda.

Seguíle yo el humor por ver á dónde iba, y le dije que yo podía mucho; pero que había de ser en lo racional y lícito y no de otra manera.

—Racional y lícito,—me respondió,—es el amor cuyos incentivos Dios ha puesto en las bellezas de la mujer y en la luz de sus ojos: y has de saber que aún no hace un mes, que en la cava de Elvira, según se sube para el Zenete ha puesto su tienda de buñuelos uno que tiene una sobrina doncella que no parece sino que sea un arcángel del sétimo cielo, que el grande Allah en su misericordia ó en su ira, haya enviado á la tierra para labrar mi ventura ó entregarme de desesperado á Satanás el pérfido. Y así quiero que su tienda frecuentes, y la veas y la trates y para mí de su voluntad te apoderes: y para que conozcas la felicidad que te aguarda, si mi felicidad me procuras, ven conmigo.

XIV

Llévome á una estancia donde me dió para que me vistiese ricas ropas, como de caballero, y luego, entrándose conmigo en su harem, y llegando á una estancia, me dijo:

—Entra, y mira lo que ahí encuentras, y si el tenerlo tuyo merece que tú me procures lo que yo deseo.

Entré, y encontréme con una niña como de catorce á quince años, morena y pelinegra, que las guedejas sueltas y rizadas casi la cubrían, y con unos ojos tan grandes y negros, que con el esplendor de hermosura y de alma que de sí arrojaban, hacían que todo su cuerpo apareciese de tal manera celeste, que no una humana criatura, sino un arcángel venido del cielo parecía.

Sobresaltóse ella cuando me vió, y huir quiso; pero estaba yo delante de la sola puerta que en la estancia había, salir no pudo, y como yo, por un impulso que en mi voluntad no estaba hacia ella me fuese, acreciéndosela el espanto, dió un grito y se desmayó; y como yo para que la socorriesen, quisiese volverme hacia su padre, que creía estuviese fuera, y á poco trecho, halléme con que la puerta estaba cerrada, y que aún cuando llamé á ella nadie me respondía.

—¡Mal trato de cuerda hasta hacerle echar el alma por la boca!—dijo el capitán Gonzalo:—mas cuida yo que no sería su hija, sino alguna esclava que para él fuese de poco más ó ménos.

—Su hija era, y la amaba de tal suerte, que no veía más que por sus ojos,—replicó Pedro:—pero

á tal había llegado la locura amorosa del viejo por la buñolera, que para hacerse conmigo prenda para que le sirviese con mis encantamientos, que el suponia, que yo por Azarah, que así la niña se llamaba, que era lo mismo que si se llamase *flor*, quiso enloqueciese y á ocasion me llevó, en que trasportado en vida á un paraíso me creí, y gocé venturas que no creí pudiera haberlas mayores; pero me engañaba y no tardó el desengaño; que habiéndome sacado al otro día de mi dulce encierro Abu-Balkin á sus estancias, me llevó y me dijo:

—A verla no volverás, sino cuando por tus artes mágicas hubiere yo logrado lo que deseo: y toma este *alhayte*, que, como ves, es de tres hilos de perlas gruesas como uvas de viña, y que no hay menos de ciento, que no le tiene tan rico la sultana Aixa la-Horra, y llévaselo de mi parte á Haxima, que así se llama la hurí del Señor por quien fallezco.

Y á seguida abrió las dobles y ferradas puertas de su casa y me soltó en la calle.

XV

Tentaciones me entraron de escaparme de Granada con aquel rico collar, que bien valía una grande hacienda; pero entonces no había ejércitos de Castilla cerca de Granada y conocí que antes de llegar á la frontera correría mil veces el peligro de ser preso; y por otra parte, me cogía con el alma y me apasionaba, robándome la voluntad, la hermosísima Azarah.

Fuíme á la buñolera, que estaba frente por frente de la casa de mi amo, y en el punto que entré acontecióme que se me olvidó Azarah, como si no la hubiese visto jamás; porque ví á Haxima que en la blanca masa metía unas manos más blancas que ella, y arrojaba á la sartén los buñuelos, dejando ver unos brazos desnudos, fuera de toda ponderación hermosos; era al fin, tal de hermosa, que no puede decirse como era su hermosura y de cuáles partes y perfecciones compuesta, que cosa no hay con que compararlas ni palabras con que encarecerlas; y cómo vos, señor capitán, la vereis algún día, porque yo espero que ella sea mi esposa, á entonces me remito para que conozcáis cuán en vano se pretendiera describir ó aquilatar su hermosura.

Quedéme perplejo y como cogido por un encanto; y ella, que en mí reparó, quedóse también suspensa, dejando de hacer sus buñuelos y poniéndose á hablar conmigo; y mientras los buñuelos que la había pedido me servía, preguntóme si era forastero y de dónde: y diciéndola yo que era un cautivo cristiano de Sydi-Abu-Balquín, ella me dijo que se cumplían los pronósticos que las buenas hadas la habían hecho cuando su nacimiento y era que por un hombre de tierra y religion extrañas le habían de sobrevenir grandes sucesos. Y como ella me hubiera dicho esto con todo el candor de su inocencia, yo, prevaleiéndome de ello, empecé á requiebrarla, y ella me escuchó ruborosa, y de palabra en palabra, bien puede decirse que el primer día que nos vimos empezamos á amarnos.

Guardéme yo bien de decirle por entonces que mi amo me enviaba: pero por no saber qué hacer del collar ni volverme con él, ofrecíselo, que fué por inadvertencia traer la ocasion de decirselo todo necesariamente, porque ella cuando vió la riqueza de la alhaja, me dijo:

—Y esclavo decís que sois, y tales regalos ofrecéis! No lo digais, ó si confirmáis lo de cautivo, ladrón habré de creeros.

Declaréla, pues, la verdad toda, y ella, que se había puesto muy grave desde el punto en que la mostré el collar, despues de oirme estuvo por algun espacio pensativa, y luego me dijo, que disimulase y me tomase tiempo con alguna mentira, y que entretanto podria pensarse lo que se había de hacer. Y tomó el collar, no sin avaricia de él, aunque pretendia disimularlo, y nos despedimos con la esperanza de que mi amo volveria presto á enviarme á ella.

Así empezaron mis amores con Haxima, que fueron primero incendio y despues lo que no puede explicarse en ningún discurso.

Engañaba yo á mi amo, que cada día me entregaba una más rica alhaja para Haxima, halagándole la esperanza, y diciéndole que una tal alma como la que la hermosa doncella tenía, no se ganaba ni se dominaba en breve espacio á pesar de todos los encantos del mundo; pero no pudo durar mucho el engaño, que el viejo, á pesar de su locura y de mis artes, empezó á desconfiar, y de tal manera, que yo lo temí todo, y como lo comunicase á Haxima ella me dijo:

—Menester es que tú mates á ese viejo antes que él te mate á tí, y para eso yo te ayudaré: dile que vencida al fin á sus rendimientos, yo quiero ir á verle una noche en su casa, cuando tocándole la guardia de la Alhambra á mi tío, que es soldado del Emir-Muza, me deje en la casa sola, y yo lo tendré todo prevenido.

Abierto vió el Paraiso, como él decia, Sydi Abu-Balkin; pero ennegreciéndole al punto el semblante, me dijo:

—Yo veré si me engañas ó no. Que el astuto viejo, á pesar de su locura, había sospechado lo que era la verdad; que Haxima me amaba, y espantada por las amenazas que él me había hecho, á él se rendia por salvarme la vida.

XVI

Llegó la noche, y como Haxima se hubiese quedado sola en su casa, porque su tío se había ido á

guardar la muralla, me siguió, y llevando puestas gran parte de las joyas que mi amo le había regalado, entró conmigo en su casa.

Esperábanos Abu-Balkin, que nos llevó á una rica sala baja, donde, al entrar, con grande sorpresa mia, y no menos de Haxima, encontramos á Azarah.

—Ahí tienes lo que yo te había prometido,—me dijo el viejo:—mi hija, á quien tanto amas, y de quien eres tan amado, es tuya, pues que me has traído la esposa de mi alma, por quien tanto he suspirado.

Yo estaba hecho una estatua, porque no sabia á dónde aquello podia ir á parar, y Azarah, toda confusa, callaba y me miraba con todo el amor de su alma. De improviso, la celosa Haxima cayó sobre la desventurada Azarah, como el rayo que viene de las negras é inflamadas nubes, relampagueándola con no menos furor los ojos, y de una puñalada la tendió muerta á la desdichada niña; tras lo cual, viendo en aquella terrible accion mi amo bien claros los celos de Haxima, que si no me amase, y con toda su alma, tal no hiciera, y que yo le había engañado, y por el dolor de su hija, la mano puso airado en su yatagan; pero más rapido yo, á él me fui, y cayó sobre su hija; mezclando con la de ella, que también era suya, su sangre.

XVII

Nublóse el rostro al capitán Gonzalo, y de tal manera, que Pedrillo le dijo:

—Lícito es matar á los enemigos de Dios, de cualquier manera que sea; si yo no le matara á él, Haxima y yo murieramos á sus manos.

—Sigue tu cuento y veamos en lo que pára,—dijo el capitán Gonzalo, sin dar ni quitar la razon á Pedro,—pero sé breve.

—Pues tan brevemente concluiré, señor capitán,—dijo algo turbado Pedrillo,—que con deciros que me ama tanto Haxima, que me perdonó sus celos, que le quitamos al xequé lo que encontramos en su estancia; que con las llaves que el viejo tenía sobre sí abrimos las puertas y salimos, y las cerramos, y las echamos en la cisterna de la inmediata mezquita de Al-Morabethin, y luego ella me escondió en su casa, hasta que por la mañana, en un asno que ella me tenía preparado, salí al romper el día, por la parte de Elvira, y que haciendo mi camino hacia los reales, con el marqués de Cádiz me encontré, mi cuento se ha acabado.

—¿Y por qué no se vino contigo esa valiente moza?—dijo el capitán Gonzalo.

—Por no aumentar peligros, y porque con su fuga y la mia no se sospechase que no otros éramos los matadores del xequé y de su hija, y nos persiguiesen en la Vega,—dijo Pedro.—Pero en Granada todos creen que se rendirá la ciudad á los cristianos, y no tardando mucho, y Haxima sabe que yo no la faltaré á la fe que la he prometido.

—Indudablemente,—dijo el capitán Gonzalo,—si tú crees que á los enemigos de Dios puede y debe matárseles, segun y cómo caigan las tornas, es menester absolvete. Ahora, véte, que me va entrando otra vez el sueño; pero te aconsejo que á nadie le cuentes tu historia.

Salíose Pedro confuso sin saber qué pensar y sin entender lo que le había dicho, ni por qué se lo había dicho el capitán Gonzalo, que se quedó murmurando:

—El que diga que nuestros buenos soldados no son lobos capaces de comer carne cruda de sus enemigos, ó es un simple ó no entiende una palabra de ferocidad.

XVIII

Pasaron algunos dias, y quitósele toda aprension á Pedro, porque el capitán Gonzalo, que le había guardado á su servicio, le trataba bien.

Un día el capitán dijo á Pedro:

—A la reina le ha entrado un deseo. Quédese mirando Pedro al capitán, y no dijo una sola palabra.

—Su alteza,—prosiguió el capitán Gonzalo,—ha oído hablar de la excelencia de los buñuelos que se hacen en Granada, y ha dicho: «De buena gana probaria yo de esos buñuelos.»

—Pues mañana los comerá su alteza,—dijo Pedro;—que trayendo á la buñolera, los buñuelos se traen.

—No has de ser tú quien vaya, sino yo,—dijo Gonzalo de Córdoba;—y solo he de ir en mi solo cabo; pero importa que me des las señas para hallar á la buñolera, y que me procures, valgan lo que valieren, unas armas, unas ropas y unos arreos de caballo tales, que pueda yo pasar por moro.

—No se pondrá el sol sin que tengais lo que deseais,—dijo Pedro.

Y saliendo de la barraca á buscar algunos soldados antiguos amigos suyos fué, ballesteros y arcabuceros, toda gente de á pie, pero brava, y saliéndose á la Vega, y acercándose á la ciudad, esperando por ver si sobrevenia alguno de aquellos bizarros caballeros moros, que á galardear delante de los reales venian, y á retar de sólo á sólo al cristiano que quisiera medirse con ellos.

Emboscáronse junto al rio de Monachil, y con tal fortuna, que no tardó en parecer un ginete moro, bien montado y pertrechado de todas armas, que con sus esclavos hacia su camino, no á los reales, sino á la ciudad: en resolucion, ellos sobre los otros que iban descuidados arremetieron de improviso, mataron á unos, hirieron á otros, ahuyentaron á los demás, derribaron de su caballo al caballero, le quitaron las armas y las ropas, le deja-

ron por misericordia, cosa rara en ellos, atado á un árbol, y con el corcel, las ropas y las armas se volvieron triunfantes á Santa Fé.

XIX

Al romper el alba del día siguiente, un ginete arremetió por la puerta de Elvira, sin que la guardia le detuviese: tanto le creyeron un caballero granadino.

Siguió la calle de Elvira, adelantó al paso, examinando los lugares como buscando uno cuyas señas tuviese, y llegando al fin á la plazuela donde empezaba la cuesta ó cava del Zeneté, y reparando en una buñolera, á ella se fué, echó pié á tierra, á un poste de la puerta ató el caballo, y en la buñolera entróse.

—¿Y vive Dios que Pedro tenía razon!—dijo Gonzalo, que él era, viendo á Haxima, que triste y pálida hacia como de mala gana sus buñuelos;—para saber cuánto esta mujer es hermosa, es menester verla.

Estaba sola Haxima, y acercándose á ella Gonzalo, la dijo en arábigo aljamiado:

—Tu esposo Pedro me envia.

—¿Y por qué no viene él?—exclamó poniéndose amarilla de pálida Haxima.

—Doliente le dejo,—respondió Gonzalo,—que en la Vega, antes de llegar á los reales, le hirieron, y á mí, que soy su amigo, portí me envia; y en prenda de que esto es verdad, mira esta patena que él me ha dado para que te sirva de testimonio, y que tú quitaste del cuello de la hija del xequé, á la que por celos mataste.

—Ahora mismo, señor,—dijo Haxima de una manera tal, que dejaba bien conocer lo bravo de su condicion.

Viendo esto Gonzalo, desató su caballo, cabalgó, tomó á la grupa la mora, y á tiempo que apareció en la tienda, viniendo de adentro el tío de Haxima, arrancó, tomando á la carrera la calle hacia la puerta de Elvira.

Dió voces el moro, se juntó gente, se armó tumulto: algunos almogávares que bajaban del Albaicin, pretendieron cerrarle el paso. Heria el bravo capitán, y cada bote de su lanza era un enemigo en tierra. En fin, como nunca falta un milagro para los audaces, logró llegar á la puerta de Elvira á punto que, por el estruendo del tumulto iban á cerrarla. Gonzalo de Córdoba atropelló á los guardas, aguijó al corcel, y llevándose consigo á Haxima, que asida á su cintura se tenía firme en la grupa, ganó una gran delantera á los que le perseguian, y llegó sano y salvo mucho antes del mediodía al real de Santa Fé.

XX

Al otro día, la reina doña Isabel satisfizo su deseo de comer buñuelos granadinos; celebrándolos dijo:

—Sí, sí, están muy buenos; pero lo que yo quise decir el otro día cuando dije que daría mucho por comer los buñuelos de Granada, fué que deseaba comerlos en la Alhambra.

—Pues juro á Dios, señora,—respondió Gonzalo de Córdoba,—que si vuestra alteza y el rey Don Fernando mi señor, me conceden que entienda como general en la embestida de la ciudad, no han de pasarse dos dias más de este año en que estamos, sin que vuestra alteza coma lo que quisiere en los alcázares del rey moro.

—Así sea,—dijo el rey Don Fernando:—os cojo la palabra y general del sitio os hago.

Sabido es que Gonzalo de Córdoba fué el caudillo que apretó el cerco de Granada y lo tomó.

Mantuvo su palabra; el día 2 de Enero de 1492, el estandarte real de Castilla, el de Aragon y los de las órdenes ondeaban sobre la torre de Homenage del Alcázar de la Alhambra.

No hay para qué decir que Haxima se cristianó y se casó con Pedro, siendo sus padrinos, en nombre de los reyes, el capitán Gonzalo de Córdoba y doña María Manrique, su mujer.

Al acabarse la fiesta de bodas, Gonzalo de Córdoba dijo á los dos esposos.

—Todo esto está muy bien, amigos míos, y yo os deseo muchas felicidades y muchos hijos que no se os mueran; pero os aconsejo que no conteis á nadie la historia del xequé y de su pobre hija.

Esta es la tradicion de la Buñolera, segun la refieren los legendarios de la conquista de Granada.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

LOS JUEGOS FLORALES EN VALENCIA.

Discurso pronunciado por D. Victor Balaguer, la noche del 29 de Julio de 1880, en el teatro de Valencia, y en la solemne sesion de los Juegos Florales, contestando á otro discurso de D. Teodoro Llorente.

EXCMO. SEÑOR:

Señores: No es una voz elocuente, como os ha dicho D. Teodoro Llorente. La que vais á oír. No por cierto. Teodoro Llorente es un gran poeta, orgullo y prez del renacimiento lemosin cuando canta en la lengua de Ausias March, cuyos secretos y dulzura pocos como él conocen y poseen, gloria legítima de la patria española cuando escribe en el sonoro idioma de Fray Luis de Leon y de Cervantes, cuya clásica estructura pocos como él dominan. Teodoro Llorente es un poeta, y como tal propenso al entusiasmo; pero es también mi amigo, mi amigo y hermano de corazón, y como tal propenso á la benevolencia. No lo creais, pues, y vais de ello á convenceros.

No es la elocuencia, como él os ha dicho, lo que

vais á oír. Lo que vais á oír en mí es el corazón, el corazón que hierva, que se agita, que se rejuvenece ante el espectáculo solemne que á mi vista se presenta y que no sabe cómo comenzar ni que ideas emitir para expresar con fidelidad, los sentimientos que en este instante le mueven.

Grandioso espectáculo, repito, el que á mis ojos se ofrece. Aquí está Valencia, Valencia representada por su noble Municipio, sucesor y heredero de aquellos antiguos beneméritos prohombres que tan alto puesto ocupan en la historia de las libertades populares: Valencia representada por sus ciudadanos y hombres de paraje, hijos de aquellos con quienes departían amigablemente y á cuya mesa se sentaban los grandes reyes de la corona de Aragón: Valencia representada por sus hombres de ciencias, de letras y de artes, que con su talento se han conquistado honrosa nombradía: Valencia, finalmente, representada en su bello sexo por esa corte de hermosas y elegantes damas que si ahora las viese aquí, juntas todas y reunidas, un árabe de nuestros tiempos, maldeciría la hora fatal en que sus padres se vieron obligados á abandonar el suelo donde nacen las mujeres más hermosas de la tierra.

Ante esta concurrencia y ante este espectáculo, mesientoso y orgulloso, al propiamente de llevar la voz en nombre de la sociedad del *Rat-Penat*. Podrá contar esta asociación un año solo de vida, como se ha dicho; podrá ser, por consiguiente, muy joven, pero no lo parece, de tal manera se presenta ya robusta y fuerte, nutrida y poderosa. Le ha bastado solo nacer para alcanzar gloria. Ha nacido como nació la antigua Valencia en tiempo de Don Jaime; de repente, formada ya, gloriosa, potente y libre, Minerva del Cristianismo.

De esta sociedad forman parte jóvenes de glorioso porvenir, cuyo corazón rebosa en entusiasmo, hombres de edad madura cuya inteligencia ha dado ya óptimos frutos; todos unidos con la idea de ofrecer una gloria más á Valencia; la del renacimiento de su literatura lemosina. ¡Bien haya esta asociación, creada para vida y esplendor de lo que el hombre tiene de más selecto; la inteligencia! ¡Bien haya esta asociación que, como la de los Juegos Florales de Barcelona, reúne en un campeonato, *oasis* risueño y deleitoso de la vida, á los hombres de todas las ideas y de todos los partidos, para que todos aúnen sus fuerzas y contribuyan á la glorificación del lema que es ya expresión y divisa de todos los Juegos Florales, la *patria*, la *fé* y el *amor*, trilogía sublime y santa á la que responden el sentimiento, la vida y el corazón de todos.

¡Que por luengos años de paz y de ventura se puedan renovar estos juegos florales para gloria de Valencia y honra y orgullo de la patria común!

Y al expresar este voto, recuerdo que precisamente en estos días mismos, quizás hoy mismo y á esta hora, nuestros hermanos los poetas de Galicia celebran sus juegos florales en Pontevedra.

Señores, no tendría tal vez nada de extraño lo que voy á deciros, pero á mí me parece hallar en ello algo de singular y de providencial.

Dos hombres, unidos por el doble lazo de una verdadera amistad y de un mismo partido político, llevando los dos en su pecho la honrosa medalla de una misma Academia española, salimos de Madrid en los mismos días, dirigiéndonos cada uno á un extremo de la Península, y entrambos con idéntico objeto é igual idea. Uno de ellos, que figura dignamente entre los primeros pensadores y los primeros oradores parlamentarios de la España moderna, D. Antonio Romero Ortiz, ha ido á prestar su concurso valioso á los juegos florales que en lengua castellana y gallega se celebran no lejos del cabo de Finisterre, á orillas del Océano, y en las pintorescas comarcas de Galicia. El otro, más humilde ciertamente, ha venido aquí á los Juegos Florales del *Rat-Penat*, que se celebran á orillas del Mediterráneo, y en los encantados verjeles de Valencia, la Valencia aquella que los árabes llamaban el jardín de España, donde los días son espléndidos de sol y ricas las noches de perfumes, donde las flores tienen colores y aromas como pueden sólo tenerlos las flores de los soñados edenes del Profeta, donde la belleza y los ojos de las gallardas doncellas valencianas no tuvieron nunca más rivales que las estrellas de su cielo y los rayos de su sol.

Romero Ortiz y yo, ambos partimos con la misma misión: él para presidir los Juegos Florales de la región gallega, que desde la antigua Pons Vetus, costeano el Océano, envían en lengua hermana un saludo de fraternidad y amor á nuestra querida Lisboa, á la cual, por otra parte, y al rendirle el tributo de sus aguas, lleva ya el Tajo la ola nacida en las sierras de Aragón y perfumada, al atravesar Castilla, por los jardines de Aranjuez y de Toledo; yo para presidir los Juegos Florales de la región lemosina, que desde la ciudad del Cid y de Don Jaime, y también en lengua hermana, envían un saludo cordial y cariñoso á las islas de Oro y á Marsella, en cuyas costas, al romperse las olas del Mediterráneo, parecen murmurar antiguos cantos provenzales.

¿No encontráis en esto, señores, algo de singular y de especial? ¿No encontráis que las Academias de Castilla, al enviar á uno de sus más ilustres miembros y más preclaros talentos, como el Sr. D. Manuel Cañete á presidir el certamen de Montserrat, á Romero Ortiz á presidir el de Galicia, á mí á presidir el de Valencia, dan á en-

tender que Castilla tiene amor para todas las literaturas peninsulares, y que á toda abre sus brazos, y que todas deben contribuir al engrandecimiento de la patria española y á la gloria de la patria ibérica?

¿Qué hay detrás de esas literaturas que se despiertan? ¿Qué detrás de esas lenguas que se crían muertas, y que hoy viven y hablan? ¿Qué detrás de esos renacimientos peninsulares que se mueven, y se agitan, y bullen y marchan?

Yo no lo sé, yo no quiero saberlo. Respetemos los secretos del porvenir, pero contribuyamos todos á hermanar los hombres, las regiones y las lenguas, y cuando el porvenir llegue á fijar sus decretos y sus leyes, que halle en buen hora regiones distintas y hombres distintos y distintas hablas, que así debe ser y así es forzo que sea, según destinos inmutables, para la variedad indispensable dentro de la unidad necesaria; pero que nos halle á todos movidos por un mismo pensamiento y dentro de una misma aspiración de amor, de patria, de fraternidad y de paz.

Y voy á terminar, que impacientes habeis ya de estar todos para oír el nombre del primer poeta premiado á quien toca, gloria verdaderamente envidiable, el alto honor de elegir la reina de la fiesta. Voy, pues, á terminar con un saludo y con una expresión del alma.

Yo saludo al pueblo de Valencia en la persona del digno alcalde y en la noble corporación popular que nos preside.

Yo saludo á las ciencias, á las artes y á las letras valentinas en la persona de Teodoro Llorente, que merecidamente, justo título á sus servicios y talentos, preside hoy la Sociedad del *Rat-Penat*.

Yo saludo, en fin, á las damas valencianas en la persona de la que, desconocida todavía, no tardará en dejar de serlo para venir á ocupar dentro de pocos instantes ese trono vacío destinado á la reina del amor y de la belleza.

Permitidme ahora terminar con una expresión, mejor dicho, con una explosión del alma. Catalan de corazón y de raza, concluyo siempre diciendo: ¡Viva Cataluña! Pero cuando digo viva Cataluña, pretendo decir viva Valencia, y al gritar viva Valencia y Cataluña, pretendo decir siempre: ¡Viva España!

VÍCTOR BALAGUER.

LA ESCLAVITUD DE LOS NEGROS.

COMO SE JUZGABA EN LOS PRINCIPIOS DEL SIGLO XVII.

Otras veces, en altas voces, decía:—¿Por ventura son menores los pecados de su padre Adán que los de Adán mi padre, ó su madre fué formada de otra costilla más alta que la de que se formó Eva mi madre, ó yo no soy, como ella es, cristiano redimido por el precio de toda la sangre de Jesucristo, oveja de su iglesia y vasallo de un mismo rey? Al fin, al fin hombre soy, y hombres ellos que no dioses, aunque más se sueñen estos. Y si no, pregunten á un señor, aunque sea papa ó rey, si cuando nació cantaba ó lloró, ó si su madre bailaba, y si puestos los pies en el mundo se halló exento ó sujeto al sustento ordinario, al frío, calor y cansancio, y á todas las otras miserias á que yo sujeto estoy: ó si no, desentierran á mi señor y á mí, su negro, cuando sepultados de poco, y verán aquella carne podrida, suya y mía, cual dellas huele mejor, y si estuviera gastada verán mondados los huesos, y traten de averiguar cuál de las dos calaveras es más hermosa y más blanca; que es toda nuestra contienda. (1) Mas quiero que sepais, señor, que entiendo, que ni con esta ni otras muchas diligencias, se han de desengañar los hombres, juzgado por la experiencia.

Y como no tenía quien me quisiese oír ni ayudar contra aquella mi señora, hacía vanas mis cuentas, y mis quejas tocad al aire; y cuando de pura razón me alentaba á decirle algo en mi favor, era luego amarrado á un duro banco, ó á la ley de Bayona (2) ó atado de pies y manos como se ata el carnero, ó abrazado con otro negro, ó colgado como hamaeca en el aire; y de estos y de otros modos, desnudo en carnes, llovian sobre mí los diluvios de una y otra caña de brea ardiendo, y de tocino los pringues, y hasta quemarme vivo con tizonas y con hierros hechos áscuas, y tostados ambos los pies porque andase despacio. Y no paran solo en esto, pues chicharran otras partes, por perderse el uso dellas y no vaya adelante el linaje, no obstante tan grande ofensa de Dios; porque se les dá muy poco, y mucho menos por la excomunión del obispo; y es la causa, que como las penas sean destas ó de otras semejantes y no de plata ó cuchillo, tragarse han millares dellas sin hallar en qué topar. No digo lo más, que pudiera y fuera justo decir; mas presento aquí, por testigos vivos de las verdades de lejos, las señales que se verán en todo este cuerpo mio; que de azotes con nervios y correones crudos y rebenuques alquitranados, y sobre llagas almohazarme, no hago alarde ni caso, ni del comerme á bocados llegada la ira á su punto, ni de bofetones, coeces ni palos con ser tantos, ni de cuando puestas las manos y los ojos en el cielo me ofrecía á los diablos; mas yo, señor, reniego dellos y de la mala condición de tal señora.

Pues ocho, y diez y ocho y treinta seis y más meses de un grueso grillo de un ancha toba (3) de una trévede redoblada y ensortijada, de un pié de amigo, y en el pescuezo un collar con un largo hierro, y en la punta un cencerro por no perderme, y puesto un freno en la boca, porque no pudiese comer, y un cierto modo de barra por no bajar la cabeza, y ambos los pies en un cepo, en las manos unas esposas, y en los dedos pulgares unos fuertes garfiones con tornillo y su candado, y porque no pudiese correr desjarretados los pies; y sin éstos, otros tratamientos vilísimos, con mal de comer y peor de vestir, y obligado al jornal de ocho reales, y que no faltase de pagarlos un sólo día, ni de comprar con mi dinero las cosas quebradas, ó perdidas en su casa, y que á mi costa me sustentase de todo mi necesario: mas, empero, proceso casi infinito y sermón hecho en desierto.

Y lo que más me atormentaba de mi señora, es que hallaba, allá por su cuenta, que yo ganaba en estos tratos á mil

por ciento; y tales sean sus ganancias toda su vida, para crear á quien se queja de estos que llaman provechos. Y advierta, señor, un poco, por ser punto en que mucho reparé, que se confesaba á menudo, y muy contrita me decía:—Periquito, en cayendo, levantar es lo que importa.—Y así lo hacía yo, con un religioso descalzo á quien contaba estos duelos, y le decía, que no sabía á quien pedir mi justicia, si no era á Dios la venganza de toda se me negar. Mas el fraile se admiraba, de saber lo que pasaba en república cristiana, y en lo que tocaba á mí decía:—Amigo, paciencia que con ella alcanzarás, ó la muerte te alcanzará, la libertad que deseas; y demás desto me daba grandes avisos y muchos y buenos consejos, que yo tomaba como de mi padre de alma. Prometiéndome de encomendarme á Dios, y decir á su Majestad estos desmedidos daños, solo á fin de que se pusiese el remedio que nuestra parte pide á gritos; y también porque las gentes supiesen que estas y otras crueldades, propias de fieros verdugos, no estaban de atrás remediadas, y de presente puesto perpétuo silencio en todo ello, por falta de quien avisase (4). Y más decía:—Quisiera mucho ser muy docto, para saber demostrar mi derecho, y el de todos los negros esclavos que hay en este Viejo Mundo, y en el Nuevo, por falta de amor á Dios y á ellos, con ser acto de tanto merecimiento, y de que es tan cierto un gran premio en esta y en la otra vida; y debe ser esta falta, porque la santa caridad se empieza por casas propias, y nunca jamás sale dellas, y hay muy pocas en las Indias, y otras partes, á donde no haya destos esclavos, y mucho menos que definir, en aquello que no quieres para tí, no lo quieras para otros: verdad con la cual no vale buscar colores, que ya se sabe falta el celo, y que no faltarian presto tan celosos como expertos, y tan sábios como misericordiosos teólogos, canonistas y sumistas, que recordasen á los dueños, á quien tocaba, el remedio de una tan grande injusticia, y de un mal tan general; pues así unos y otros tienen esta obligación, y todos juntos están sujetos á la paga, que la paga bien quien la debe á Nuestro Señor y padre tanto nuestro como dellos.

Preguntéle cómo se llamaba aquella señora suya;—dijo que doña Beatriz de Clemencia, aunque para él inclemente, y yo le dije:—Periquito, no seas tan maldiciente y tan vicioso en os quejar, y más de personas graves y de tan piadoso apellido, que no sería tanto el daño como aquí significais; y no se diga que aquella señora está lejos para que vuelva por sí. Mas él, por satisfacerme del todo, se desnudó, y mostrando pieza por pieza, puesto el dedo en las señales, me dijo desta manera:—Mire aquí, quien ojos tiene y está con gana de ver, aqueste cribado arnero, ó miren allá, si hay algún sayo de pobre que tenga tantos remiendos, ó botas con costurones como tiene mi pellejo, y confesarán quedado corto en las querellas que doy de personas que se tienen por allá de junto á las cejas, que hacen estas labores de que tantos lastimados clamamos con justicia, dellos y de quien así lo permite.

Y con esto, Periquito se disculpó y satisfizo en parte, y también más, por ser negocio real y muy usado, que yo lo he visto muchas veces en todo cuanto he andado. Y bien acordado estoy que en cierta ciudad de Indias, la señora de una casa, que era hermosa, bizarra, rica, honrada y sobre todo discreta, que por muy pequeñas causas, buscadas della, hacía en sus esclavos y esclavas grandes y desalmados castigos, tenía muy de costumbre, que puesta la mesa decía, cuando comenzaba á comer:—¡Venga acá la cocinera!—y por no adivinarle el gusto, que ella á sí no conocía; por mucha ó poca sal, vinagre ó especias; por caliente, frío, limpio ó sucio; por bien ó mal cocido está, ó por un grano de arena que topó entre los dientes,—¡desnudaos, esclava, perra!—Y en su misma presencia le hacía atar las manos, y la sogá á una viga del techo, que sólo tocaba el suelo con las puntillas de los pies; mandaba á otra que de verdugo servía, (aunque como azotaba á todas, todas tenían este oficio), que le diese, como le daba tantos y tan recios azotes, hasta que el suelo, teñido de la sangre de la paciente morena, era testigo de la crueldad de su señora, cuya dureza no ablandaban tantos gritos, con quejas tan lastimosas cuantas oía, ni se movía á los ruegos que le hacía por cuantos santos tiene el cielo, ni por el santo de los santos, ni por su madre santísima; antes amenazaba á quien daba, y le decía que menudease el golpe y fuese fuerte. Y en lo que yo más reparaba era en ver que siendo pura mujer, que suelen tapar oídos por no oír los grandes gritos que dan los atormentados, y los ojos por no ver de compasivos, los clavaba en la morena azotada, y trababa tan sin hastío á uno y todos bocados, como si estuviera oyendo una música muy concertada y muy dulce, y viendo algún hermoso jardín de muchas diversas flores; y esto era sin muestra jamás de pena.

Yo, con harta de lo que veía y oía, á los míos daba cien vueltas y los pasaba por fuerza; y luego, porque siempre tenía hechos de sal, vinagre, y pimientos unos ciertos preparativos, la hacía salmuera de la cabeza á los pies, por darle mayor tormento, ó si no, por defensivos á toda suerte de males, fregarla con cebadilla, que es muy suave ungüento para hacer rabiar; y abominándole yo triunfos tan inhumanos, me respondió su marido, que era un poco más piadoso, que allá en las minas de oro solía, por su contento, hacer dar á sus esclavos tantos y ran recios azotes hasta cansarse quien los daba, y que haciéndole descansar, por más solemnidad del caso, preguntaba al azotado:—¿Sabes, moreno, cantar aquel romance que dice, «arriba, canes, arriba, mala rabiá que os mate?» y él pidiendo misericordia, y rogando por la santa cruz del Cristo; yo decía, por mi más triunfo y gloria:—¡dale perro, á ese perro!—y deste modo, y con mandarle untar las llagas con el referido ungüento, vengaba mi corazón de todos (5).

Un día ví yo á la dama linda, alto copete, cuello argentado de oro, muchos clavos de cristal, tanta punta y tanto encaje, franjado faldellín, sobrazada ropa, mangas galladas, muy de verano, cabeza hierta (6), brazo como asa de jarro puesta la mano en la cinta, y en los dedos anillos con esmeraldas, y en ambas las muñecas brazaletes de engastados rubíes y diamantes, y con tanta majestad como lo pudiera estar el más severo juez averiguando una *contra lesie maiestatis*, en una silla sentada, y amarrado á un grueso estante, los pies ligados, las manos atrás atadas, desnudo en carnes, un negro largo, flaco y cano, de más de ochenta años, mirándose

los dos frente á frente; y era el tema: «Daca el jornal que me debes,»—que jornal era quien tanto polvo levantó. Y porque se vea á los extremos que llega la cudicia, tan sarnosa contra el sudor de un triste viejo, que aunque daba su razon y su disculpa, con sin razon y sin culpa le hizo dar tantos azotes, que el mismo diablo se condoliera de verlos dar tan cruces, y de los *urros* (7) de aquella senectud, del eruir dientes, abrir y cerrar los ojos cuando el golpe descendía; mandóle que no gritase, porque el sentirse de su mal, era otro nuevo delito para con mayor rigor doblar azotes, que ella mejor merecia y mejor estuvieran en ella. Roguéle que ablandase su corazon, y pusiese fin á su ira; y con doblada respondió, siendo bueno su semblante, con tan malo, que enfadado de aquella sierpe infernal me salí, sin más le hablar, y se quedó acabando de hartarse de ver la sangre que corría de aquel miserable cuerpo; que, para mí, es querer matar el fuego con pólvora bien refinada, el pedir á un cruel, misericordia; y tal vez, tan sin temor de Dios cargó la mano, que un esclavo espiró y otros muchos acaban con semejantes martirios en poder de otros amos, que de secreto los entierran; y los de su tierra, por el olor ó por rastro, los han hallado y mostrado á la justicia, que sin castigo deja estos grandes delitos; que son allá todos compadres, y á lo ménos amigos, y unos y otros se entienden. Mas, empero, dijo un práctico: «por estos y semejantes, espera lo que mereces, que cierto es, y llegará á cada uno por su vía su día;» y fué así, que la casa de aquella dama bizarra, como otras de este mal trato, fué visitada por la justicia del cielo, ya que en la tierra faltó, y tan de veras, que aquella que fué señora de dueños mil dueños, para cuya gran soberbia y grande cudicia y delicias todo poco lo posible, no se hallaba con cuatro reales de á ocho; y en lo demás vino á perder, lo que más duele perderse, que es la honra y buena fama. Y ella misma me dijo, que en los tiempos venideros esperaba mucho mayores castigos por su gran merecimiento. Y en lo que es avaricia, yo la ví hacer alarde de un cofre de tocas nuevas, y negar una bien vieja á una hermana muy pobre, de cuyas manos se la arrancó con gran fuerza, pidiéndosela llorando.

Iba Periquito alegre, pregonando, «libertad, libertad,» y teniéndose por libre, daba saltos de placer. Díjele segunda vez:—«Bueno será, Periquito, dar á Sevilla la vuelta, que no faltará en ella quien á vuestro amo le ruegue que esta os pase en cuenta y os reciba en su gracia.—Desgracia, me dijo él, fuera esta para mí, que digo con todo mi juicio entero, como declara el testador, que más vale salto de mata que ruego de malo ni bueno, y ser mio que no ageno, para gozar mis sentidos y las tres potencias del alma, y servir con todas á Dios, á quien las debo, que no á tantos insolentes y perseguidores nuestros, á quienes sirvan los zambos y las monas, que esto es lo que merecen; y en esto me afirmo y ratifico, y echo mi signo y sello, y creo que no me engaño, y desengaño que jamás me arrepentiré.

Yo, por aliviar el camino y saber las cosas más de raíz, le pregunté la tierra donde nació, que dijo ser Cabo Verde. Díjele, que me dijese el cómo salió de allí, y la vida que pasó, con todos los otros discursos de su buena y mala suerte. Dijo á esto, le placía, y prestase atención para el cuento, que dijo desta manera:—«A dos negros, que en mi tierra son lo mismo que unos hombres, levantados á mayores, que quieren los adoremos como á ídolos, envejecidos en esta soberbia y engaño, cierto cristiano vendió pocas botijas de vino y otras cosas de las que presto se consumen. Estos dos se pusieron cierto día á brindar, en un paso por donde muchos negros pasan á una feria que allí cerca se hace, y al pasar, si acaso no les hablaban, los hacían luego prender por mal criados; y á los que saludaban, los hacían amarrar por atrevidos; y al que se desvió del camino, ó pisó la yerba ó no, ó acaso torció el rostro, por esta misma razon corrían todos parejas; y por estos y semejantes abusos, allí usados, hacen prender hasta la cuarta generacion. Al fin estas son obras de bárbaros, sin noticia de ley natural ni divina, que como tales hacen de aquellas rapiñas, y hallan quien se las compre; y no son infieles, no, que mercaderes son de Europa, y ciertas otras personas, que todas tratan allá con licencia, y me parece no hacen desto conciencia.

Estando presos yo y otros, más de ciento, á todos juntos nos entregaron á aquel tan fiel cristiano, por paga de lo que vendió fiado á los dos, que luego, al punto, alegre y regocijado, de su marca nos marcó en los pechos con un hierro hecho áscua y nos entró en largas y gruesas cadenas, y á cada uno puso á la garganta un collar, y así nos tuvo en su casa, hasta llegar la monzon, á donde venían continuo nuestras madres á traernos de comer y á llorar nuestros estados, bien dignos de ser llorados; y cuando llegó el tiempo de nuestra triste embarcacion, nos fueron acompañando con sentimiento de madres; y despedidas, cuales se deja entender, se quedaron en la playa, arañándose las caras y juntando á las aguas de la mar sus lágrimas: las unas daban altas voces, otras más altos los gritos, cuales gemidos, cuales sollozos, cuales suspiros, cuales haciendo visajes, y otras muchas, torciendo brazos y manos, dando vuelcos por el suelo, tiraban la tierra al aire, y todas juntas, haciendo lo que hacen madres á quienes roban sus hijos y se los llevan cautivos y en prisiones, sin los poder defender; eran muchas, y en los modos de sus quejas muy diversas, por ser unas Bijagos, Mandingas, Branes, Bañus, Jolofes, Papeys, Biafares, Zapes, Cocolis, Nalus y otras castas de aquella costa y rios, que bastaban las voces de tan lastimoso sonido y retines á enternecer los más tostados guijarros. Y si yo entónces supiera lo que despues alcancé, yo les ayudara y dijera á cristianos portugueses y castellanos: ¿En qué ley bien parecieran maldades tan inhumanas, que no las han hecho Arrio, Mahoma, ni Martin Lutero, con haber sido en sus vidas tres demonios del infierno, á cristianos envejecidos en serlo? ¿No hay allá en vuestra tierra, al tiempo de la partida, un catredático de Prima que os dijese:—«Oh, injustos cudiciosos, armadores y armados! ¿Sabeis, amigos, que vais á comprar hombres cuando gentiles y á venderlos cuando cristianos, y todos juntos atesorais grandes pecados mortales, y muchos acabais así sin restituirles un cuarto? Y entiendo que si hubiera quien aquesto les dijera, que no vinieran á comprarnos, ni llevarán á vendernos, á costa de tantos trabajos suyos y no menores peligros,

suyos y nuestros, por unos golfos largos y anchos, ni para esto los despacháran allá, pues á todos toca parte.

Embarcáron en un navio de alto bordo, los que no jugó á los naipes ni á las tablas, porque á un tumbo de dado ó á una corrida quinola es usado entre aquellos Tangomalos que allí en Guinea viven. Un negro por la oreja, como si fuera cachorro, dió las velas, y fuimos todos cual sardinas en cazuela, ardiendo vivos como en horno, metidos entre cubiertas. La comida del medio día era sin principio y sin fin, sin pan ni vino, sin carne ni pescado, sin haber menester cuchillo, ni cuchara, ni para qué mondadientes; y á la tarde un poco de *masaroco* (8) crudo, lo mismo que dan á un ganso. El agua sólo nos daban licencia para beber la que de una vez podíamos, la boca en una batea, sin dejarnos resollar, y con un garrote amagando por no pasar más de un trago. Los enfermos, con tan poco cuidado dellos, que de la pura laceria el verlos causaba espanto y asco; cuales gafos, cuales con conchas y escamas por la falta de limpieza, cuales con sarna y con llagas, y cuales con solo el pellejo, con que cubrian los huesos, parecían la figura de la muerte; y estos son los que llaman alma en boca, y en sus dueños gran deseo de que los tales muriesen por excusarles trabajo; y alguno destes se ha dado á trueque de una gallina.

Hacian de noche guarda, siempre desnudas espadas, listo el dardo y los paveses, y muy puestas las otras armas, hablando continuamente, y con un baston dando golpes en el combés de la nao, por más nos amedrentar; y de día aquesto mismo se hacia, por ser tan cierto el temor en los que tienen mal trato, y echada la capa al toro. Pero en verdad os digo, señor, que poco les aprovechará si pudiéramos, los que allí veníamos presos, tomar armas para matar ó matarnos, ó meter la nao á fondo, y con el agua del mar apagar tan grande sed, cuanto tienen de dinero, y nosotros morir allí de una vez y no tantas, cuantas un esclavo muere.

JUSTO ZARAGOZA.

(Continuará).

NOTAS.

(1) En verdad que el estudio de los cráneos humanos, como fundamento de la diferencia de razas, y las contiendas sobre superioridad entre unas y otras, no es de tan reciente origen. De los grados del ángulo facial, partieron sin duda las vacilaciones de ciertos doctos europeos, en considerar prójimos ú hombres á los que no pertenecían á la familia caucásica.

(2) El castigo á la ley de Bayona acaso equivalga al que en el día se llama cepo de campaña. Consiste este en trabar las extremidades del cuerpo humano por medio de un palo, lanza ú otra arma larga colocada entre ambas corvas y las sangrias, y puesto el paciente en cuclillas obligarle á guardar el equilibrio por medio de un arma corta y punzante apoyada ligeramente en el cóxis. Pudiera tambien atribuirse á lo que aún en la isla de Cuba un boca abajo, y en Filipinas un tumba.

(3) Toba: Bota de hierro ó madera cenida estrechamente al pie. En Andalucía lleva el nombre de Toba cierto cardo silvestre de flor amarotada. Acaso el apellido Tobar y Tobares proceda de este nombre.

(4) Si no remedias, condenadas y mandadas castigar duramente las crueldades con los esclavos desde los Reyes Católicos; mas los poderes públicos, sabido es que al cabo sólo vienen á ser instrumento de las costumbres é inclinaciones de los pueblos.

(5) En este punto consta en el manuscrito que se publica la numeracion 150 del mismo trazo é idéntica tinta, que así puede referirse, al folio ó página del original de donde se copió, como ser indicacion de algun párrafo ó de otra especie.

(6) Erguida, tiesa, engreida, ensoberbecida.

(7) Exclamaciones desesperadas y fieras; bramidos.

(8) El *masaroco* equivale á lo que en castellano se llama *mazamorra*, que es el bizcocho averiado ó los fragmentos ó reliquias que quedan de él, y tambien el potaje ó comida compuesta de los fragmentos del bizcocho (ó galleta) que se da á la gente de mar. Pero el *masaroco*, propiamente dicho, debe ser, ó seria quizá, la harina á medio moler ó los fragmentos del grano del maíz ó menudas partes de la mazorca ó *masaroca*.

RONCESVALLES

ESTUDIO HISTÓRICO

I

El carácter español no ha cambiado. Conjunto singular de virtudes que llegan hasta el heroísmo y de defectos que explican cómo la vida nacional cae en prostracion y apocamiento apenadores, en él se observan todavía, como en los tiempos en que las luchas entre celtiberos y fenicios comienzan, aquel valor que lleva al ánimo el desprecio de la vida; aquella constancia de donde la esperanza brota en las adversidades de la mudable fortuna; aquella tenacidad, asombro de todos los conquistadores; aquella fiera independencia que ha convertido nuestros campos y nuestras ciudades, nuestros valles y nuestras montañas en baluarte inexpugnable en donde han mordido el polvo los guerreros más poderosos de la historia.

Nos lamentamos, no obstante, si convirtiendo la vista á las tristes realidades de lo presente, advertimos tantos elementos dispersos, tantas parcialidades contrarias, tantas banderías opuestas, tantas esperanzas depositadas como el mejor tributo en los altares de la fuerza, y tan poca fé en el poder incontrastable de las ideas que han trocado la faz de las sociedades y han empujado al hombre por el camino de la perfectibilidad y del progreso.

Pero el mal es antiguo y por lo mismo difícil el remedio. La historia de España es la historia de la guerra, y nuestra vida un combate continuo. Luchamos contra los fenicios que se apoderan de

las riquezas de nuestro suelo y pretenden enseñorearse en las ribaras del Bétis; luchamos contra los cartagineses, que aspiran á ganar en España lo que en Sicilia ha mermado á sus dominios el poder y el esfuerzo del génio absorbente de Roma; luchamos contra los romanos, que no ven durante dos siglos de guerras interminables y de hecatombes sangrientas, ni merma en nuestro valor, ni vacilacion en nuestro ánimo; surgen nuevamente, en los tiempos de la monarquía visigoda, aquellas luchas que terminan con la muerte, con el destronamiento ó con la decalvacion de los reyes; luchamos contra los árabes por recabar el territorio nacional y por el triunfo de una religion perfecta; luchan entre sí los reinos cristianos casi en los albores de su existencia, y sus luchas retardan la obra de la reconquista; con propios ó con extraños, en guerras con extranjeros, ó malgastando valor y esfuerzo en civiles contiendas, el suelo de la Península ha sido siempre campo de batalla en donde los españoles han escrito su nombre con su propia sangre, en bien de la patria independiente, ó han olvidado tristemente el cumplimiento de sus destinos históricos, por ver en un punto satisfechos sus rencores y cumplidas sus venganzas, en luchas por todo extremo estériles é infecundas.

Y como si este afán de combatirse hubiere contagiado á las gentes y á las razas que se establecen en nuestro suelo, las rivalidades entre Muza y Tarik son germen de discordias sin cuento en donde gastan sus virtudes guerreras más preciadas los árabes de la Península, los cuales aparecen guerreando entre sí en el último tercio del siglo octavo, en que se realiza el hecho á cuyo relato consagramos nuestra atencion, *grito salido del centro de las montañas euskaldunas*, que pone en dispersion las huestes del génio asombroso que representa la condensacion del espíritu guerrero y del sentido político de la Edad Media.

II

La paz habia huido del suelo de la Península. En vano los árabes habian creído extinguir sus discordias y enfrenar sus rivalidades con la elevacion de Abderraman al emirato de Córdoba. El príncipe Beni-Ómeia, que habia presenciado la muerte de todos los suyos, á manos de sus terribles enemigos los Abassidas, triunfantes en el califato de Damasco; aquel Abderraman, errante de tribu en tribu por los desiertos de Africa; aquel proscrito, cuyas esperanzas renacian al poner su planta en el suelo tan rápidamente conquistado por los hijos del Profeta; aquel que imaginaba vencidas en este punto las adversidades de la fortuna y terminados los azares de su vida aventurera, parecia condenado por la misma fatalidad á que rendia culto, á luchar perpétuamente sin encontrar nunca el suspirado reposo.

Vencida una insurreccion, surgía otra. La actividad guerrera de las tribus africanas buscaba incessantemente pretexto para alzarse en armas, y campo en donde saciar aquella sed inextinguible de turbulencias y desórdenes. Sosegada Andalucía los berberiscos del centro movian cruda guerra, y pasado largo plazo, cuando aún ardía esta discordia, un nuevo incendio amenazaba devorar todo el imperio musulnico de España.

Zaragoza era á la sazón el centro de todas las conspiraciones. Allí habian acudido todos los descontentos, empujados por las victorias alcanzadas por Abderraman en las contiendas civiles. Allí Suleiman Ben-Alarabí, walf de aquel territorio; allí Abderraman-ben-Habid, conocido por su elevada estatura, por su rubia cabellera y por sus ojos azules, con el nombre de el *Eslavo*; allí Abul-Aswad-ben-Yusuf, condenado por Abderraman á cantividad perpétua, y evadido de la prision fingiéndose ciego, y con ellos otras gentes que profesaban odio profundo al emir de Córdoba, acarribaban el proyecto de declararse independientes y menguar de los dominios del emirato toda la cuenca del Ebro.

Alentábalos en esta empresa su alejamiento de Córdoba, asiento principal del imperio musulnico; pero sus esperanzas se nublaban y el desaliento embargaba sus ánimos cuando pensaban en la escasez de sus recursos y en la energía, rayana á veces con la ferocidad, que Abderraman habia desplegado en la persecucion y en la derrota de sus tenaces enemigos.

Poco valerosos para buscar en sus propias fuerzas la realizacion de su pensamiento, apelaron á un recurso que habia de despertar contra ellos el odio de su raza, por lo mismo que venía á convertir en árbitro de contiendas, que los pueblos deben resolver por su propia inspiracion y por su exclusivo esfuerzo, á un conquistador extranjero cuya fama llenaba toda Europa y en cuya mente ardía inextinguible y vivo el odio á los sectarios del Islam.

III

Sometidos los sajones, vencidos los lombardos, cerrado el paso á las invasiones que como torrente avasallador nacian en la Germania y se reparaban por Europa, y terminadas las empresas guerreras que habian retenido á Carlo-Magno del otro lado de los Alpes y del Rhin, el rey franco reunia en Paderbon una de aquellas asambleas de carácter religioso y guerrero á la vez, conocidas desde los tiempos de Pepino con el nombre de *Campos de Mayo*.

Un día, los congregados en aquella célebre die-

ta vieron aparecer á unos guerreros en cuyos ple-
gados turbantes, en cuyos blancos alquiceles y en
cuyos corvos alfanjes, se adivinaba inmediata-
mente la raza á que pertenecían y la religion que
profesaban. Eran los primeros y los últimos mu-
sulmanes que pisaban el territorio de la Germania.
El walf de Zaragoza, Cassim-ben-Yusuf y otros
de aquellos que habian concertado volver sus ar-
mas contra el emir de Córdoba, iban á proponer á
Carlo-Magno una alianza criminal.

Suleiman-ben-el-Arabí pintó con los vivos co-
lores que su fantasía oriental prestaba á su razo-
namiento, el auxilio que en aquella empresa ha-
bian de prestar los cristianos visigodos, y las fuer-
zas que habian de añadir los berberiscos y los ára-
bes y emenitas, numerosísimos en el valle del
Ebro, y en oposicion constante con los de Andalu-
cía. Con tales huestes, y llamando en torno de la
insurreccion á todos los descontentos, podíase fá-
cilmente derribar al emir de Córdoba.

Carlo-Magno no vaciló en conceder á los mu-
sulmanes el solicitado concurso. Numerosa hueste,
á cuya cabeza iria el emperador en persona, debia
encaminarse á Zaragoza, en tanto que Al-Arabí y
sus aliados del Norte del Ebro le reconocerian por
soberano, y el *Eslavo* con huestes berberiscas, re-
clutadas en Africa, penetraría en la provincia de
Múrcia, donde secundaria el movimiento del Norte,
enarbolando el estandarte del califa abesida,
aliado de Carlo-Magno (1).

Nada faltaba á los rebeldes de Zaragoza. Sus
aspiraciones iban por buen camino, y esperanza-
dos con el prometido auxilio del guerrero más po-
deroso de aquellos tiempos, abandonaron la Ger-
mania y dieron la vuelta á la tierra que habia de
ser más tarde teatro de sus derrotas y sepultura
de sus esperanzas.

IV

En la primavera de 778 Carlo-Magno puso en
movimiento sus huestes, dividiéndolas en dos cuer-
pos. El primero, compuesto de lombardos, de pro-
venzales y de septimenes, era como una reunion
de aliados que debian obrar por su cuenta y ven-
gar los desastres de la Provenza y de la Gothia; el
segundo, formado de pueblos del Norte, francos,
borgoñones y bávaros, caminaba á las órdenes de
los caballeros de la Tabla redonda, mandados por
Carlo-Magno. Unos debian encaminarse á España,
franqueando el Pirineo Oriental; otros debian atra-
vesar las gargantas de los Bajos Pirineos.

El ejército de Carlo-Magno avanzaba lentamen-
te por los estrechos desfiladeros de Baygorry y
de Ibañeta. Los historiadores pintan las penosas
dificultades vencidas, no sin gran trabajo, por los
pesados caballos normandos y sajones y por los
guerreros más pesados aún, embudidos en sus pe-
sadas armaduras, para salvar los numerosos sen-
deros sólo transitados por los rebaños.

Esta expedicion de Carlo-Magno, dice un histo-
riador, debió revestir un carácter de grandeza á
que no estaban acostumbrados los habitantes de
los Pirineos Occidentales. Roldan y los doce pares
dejaron en aquellas comarcas vestigios más nu-
merosos y más imponentes que César y Pompeyo.
Los nombres de los caballeros de la Tabla redonda
resonaron de valle en valle, y las montañas con-
servaron sus recuerdos identificándolos con los
caprichos más raros de la Naturaleza (2).

Gobernaba entonces la ciudad de Pamplona
Abu-Thaur, amigo de Suleiman, y Carlo Magno
pudo sin obstáculo penetrar en la plaza. El rey
franco, con su numerosa hueste, era para los mu-
sulmanes el Tarick de los cristianos; urgía ope-
rarle el Carlos Martel del islamismo.

Pero en este tiempo, uno de los tres caudillos
de la formidable coalicion contra Abderraman
fraguada, habia podido advertir la inutilidad de sus
esfuerzos. El *Eslavo*, con sus huestes berberiscas,
reclutadas en Africa, llegó á la provincia de Múrcia
antes de que Carlo-Magno pasara el Pirineo.
Viéndose en grave apuro, pidió socorros á Al-Arabí,
el cual contestó que, según lo pactado en Pe-
derbon, debia permanecer en el Norte. Lleno de
enojo el *Eslavo*, volvió sus armas contra el walf
de Zaragoza; mas sus huestes fueron rechazadas,
y de vuelta á la provincia de Múrcia, fué asesina-
do por un berberisco, emisario de Abderraman.

Con el *Eslavo* moria tambien una de las espe-
ranzas más fundadas á que Carlo-Magno habia li-
brado el éxito de aquella expedicion famosa. La
estrella del rey francés se eclipsaba en este cielo
de España, tan fatal en todas las edades á los con-
quistadores de allende el Pirineo.

Añádase á esto que desde las regiones meri-
dionales de la Península avanzaba una nube de
árabes, ávidos de vengar la rota de Poitiers, que
los walfes y los alcaides de ambas márgenes del
Ebro, animados contra Carlo-Magno por un doble
sentimiento nacional y religioso, se levantaban en
armas contra la voluntad de su walf, y se com-
prenderá cómo el vencedor de los sajones y de los
lombardos, acampado ya ante los muros de Zara-
goza, se vió en la dura necesidad de levantar el
campo de un territorio en donde surgian enemigos
por todas partes, y á emprender una retirada, en
la cual vió desaparecer la victoria, prisionera has-
ta entonces de sus aguerridas huestes.

(1) Dozy.—*Historia de los musulmanes de España.*

(2) Cénac Moncaut.—*Histoire des Peuples et des Etats
Pyrenéens (France en Espagne).*

Lleno de furor, si desprovisto de gloria, Carlo-
Magno imaginó ahogar aquellos elementos contra-
rios desmantelando las murallas de Pamplona, y
prosiguió el camino que debia conducirle á la Ga-
lia, internándose en los desfiladeros de Ronces-
valles.

V.

Mas ¿quiénes eran los pobladores de aquellas
montañas? Los historiadores antiguos los habian
ya pintado como gentes activas, emprendedoras,
valerosas y capaces de arrancarse la vida, ántes
que renunciar á su libertad y á su independencia.
Por estos preciados dones habian luchado porfia-
damente con todos los invasores de la Península.
Compañeros de Anibal en Italia, su nombre habia
sido terror de los poetas romanos; aliados de los
celtas, opusieron resistencia tan formidable, que
dificultó por espacio de siglos enteros á las huestes
romanas la conquista de aquellas comarcas. Si
Augusto fué el primero que vió un instante reali-
zado el pensamiento de Roma, bien pronto pudo
advertir que su dominacion era aparente, puesto
que aquellos que no quisieron doblarse al yugo de
la esclavitud, buscaron en las montañas el seguro
de su libertad y de su fiera independencia; y si los
vándalos, los alanos, los suevos, los godos y otras
naciones teutónicas pretendieron, en los comienzos
de sus salvajes incursiones por los Pirineos, fun-
dar precipitadamente algunos reinos, los vascones
mostraron que eran todavía el pueblo valeroso á
quien la dominacion romana no habia podido so-
meter, sino despues de dos siglos de porfiadas lu-
chas.

Al anuncio de la retirada de Carlo-Magno, los
vascones preparon á sus montañas y apostados en
las cumbres de Allasbiscan é Ibañeta, teniendo
por muros las breñas y los riscos, aguardaron el
paso de las huestes francas, que obligadas por la
angostura del terreno, se desplegaban en una
línea larga y estrecha, presentando el flanco al
ataque mortal de los montañeses.

Habian dividido los francos su ejército en dos
cuerpos. En el más numeroso y el mejor aperci-
bido al combate, iba Carlo-Magno. Iban en el se-
gundo los caballeros principales, los bagajes y los
tesoros recogidos en la expedicion, hueste pesada
que se movia difícilmente en aquel desfiladero.

Los primeros siguieron sin obstáculo alguno
por los valles de Eguí y de Erro, franquearon el
puerto de Ibañeta y descendieron al valle de Nive.
No habia de encontrar la misma fortuna la segun-
da hueste. Los aguerridos montañeses de la Navar-
ra y de la Vasconia, que hasta entonces habian
permanecido inmóviles, lanzaron el grito de guer-
ra, y á esta señal, cuyos ecos repitieron las mon-
tañas, lanzaron sobre los guerreros francos, desde
las altas cumbres que dominan el valle, peñascos y
troncos que con su estrépito sembraban terror y
espanto y aplastaban bajo su peso á los guerreros
de Carlo-Magno, que, embarazados por el número
y por la naturaleza del terreno, veian trocado el
valle en honda sepultura aún ántes de exhalar el
último aliento.

Los vascones descendieron de sus riscos, y fácil
es comprender que encontraron vigorosa resis-
tencia en la hueste franca. El famoso Rolando, pre-
fecto de la marca de Bretaña; Egghierd, prepósito de
la mesa del rey; Anselmo, conde de palacio, y
otros caballeros y magnates francos, obraron allí
aquellos prodigios de valor enaltecidos y sublima-
dos por la poesia popular. Pero nada pudo resistir
al ímpetu poderoso de los montañeses, que rodea-
dos de carros en desorden y de montones de cadá-
veres, mezclando y confundiendo sus gritos de
guerra á los alaridos de los moribundos, pudieron
dar al viento con más exaltacion y más entusias-
mo que nunca el canto de sus victorias.

Tal fué la batalla de Roncesvalles, en donde los
vascos mostraron aquel valor indomable y aquella
fiera energía, terror y espanto de todos los con-
quistadores. Espectáculo grandioso, en que se ven
deshechas y vencidas las huestes del guerrero po-
derosísimo que habia paseado por Europa sus es-
tandartes victoriosos, el hecho de Roncesvalles
enseña hasta dónde alcanza el esfuerzo de un pue-
blo enamorado de esas ideas sin las cuales la vida
nacional no se comprende, y muestra tambien

Que diez bastan para mil
Cuando son hijos de España,

y cuando se trata de defender la independencia
contra las odiosas invasiones de extranjería gente.

Allí, en aquel valle, y recostado á la sombra
en una de las montañas que le sirven de marco,
se levanta el monasterio de Roncesvalles, y el pas-
tor que conduce sus rebaños por aquellos contor-
nos, canta todavía algunas estrofas del *Altabize-
ren cantua*, de aquel canto de victoria que ha in-
mortalizado el combate en que fueron rotas y ven-
cidas las huestes de Carlo-Magno.

De esta suerte se unen en el sentimiento de la
patria las inspiraciones de la poesia y las enseñan-
zas de la historia, y de esta suerte se transmiten de
generacion en generacion esas venerandas tradi-
ciones, cuyos recuerdos, invocados en los dias tris-
tes de nuestra historia, tantos prodigios de valor
han obrado en este suelo de España, glorioso ba-
luarte de la independencia á donde convierten sus
ojos los pueblos que gimen bajo el yugo de la ser-
vidumbre.

A. DEL VAL.

DON DIEGO DE LA SALVE.

(TRADICION TOLEDANA.)

A mi querido amigo Fernando Sanchez.

Pasaba yo una tarde por el apartado barrio de San Lúcas,
en busca de antigüedades toledanas con cuya vista recrear el
ánimo y trasportar la imaginacion á otros tiempos y á otras
regiones, cuando sonaron las campanas de la iglesia del
mismo nombre, y llevado de su fama, que tiene origen en la
reconquista y se ha perpetuado hasta nosotros, penetré en
ella para saludar aquel recuerdo memorable del pasado. En
el mismo momento, un sacerdote desde el altar y el sacristan
desde el órgano, empezaban á cantar una Salve á la Virgen.
Sólo habia una devota arrodillada al pié de una columna.

Volví, por acaso, la semana siguiente y no habia devoto
alguno en la iglesia. Sin embargo, la Salve se cantó. Tuve
ocasion de presenciar lo mismo algunos sábados sucesivos, y
ya uno de ellos no pude ménos de decir:

—Me parece que, á juzgar por la ninguna concurrencia
que asiste á este acto, pronto se perderá esta devocion.

—No lo crea Vd.,—me dijo uno de los que me acompa-
ñaban:—mientras Toledo no reniegue de su fé no dejará de
cantarse aquí la Salve á la Virgen todos los sábados del año.

—¿Cómo así?

—Es una historia antigua: una vieja leyenda popular que
aún se conserva viva en la memoria de los toledanos.

—Si no temiera ser indiscreto,—añadí yo,—rogaria á Vd.
me la hiciera conocer.

—No tengo inconveniente; pero advierto á Vd. que es muy
larga, que carece de interés, y que, perdida la fé que la ins-
piró y la dió vida, no es ya más que un viejo cuento de ni-
ños; un relato milagroso que inspiraba dudas á un incrédulo
en el siglo XVI, y hoy solamente arrancará sonrisas á sus
lábios.

—No importa que sea larga,—repliqué,—no tenemos pri-
sa, y podemos dedicarla toda nuestra atencion.

—Pues entonces, oigan ustedes.—

Y sentándose en el suelo, apoyado en las paredes del
templo y mirando hácia la Virgen del Valle, situada en fren-
te de nosotros, mi acompañante nos contó la historia que va
á seguir.

I

Caía la tarde, invadiendo con sus nieblas precursoras de
la noche, la antigua iglesia de San Lúcas, sentada sobre uno
de los siete cerros en que está edificada Toledo, y una anciana,
rendida bajo el peso de los años, lloraba silenciosamente
ante el viejo altar en que se veia la imagen milagrosa de la
Virgen de la Esperanza.

El pequeño templo, casi á oscuras, estaba solitario y silen-
cioso. Ningun rumor llegaba hasta él. Sólo de cuando en
cuando las aguas que lamian el pié del cerro que sostiene la
antigua iglesia muzárabe, enviaba hasta allí como un gemido
de dolor al estrellarse en las presas que encuentra en su
camino.

La anciana sollozaba. Sin miedo á miradas indiscretas, y
exaltado en la soledad su sentimiento religioso, creia hallarse
en la misma presencia de la Virgen delante de cuya imagen
rezaba y su corazon latia apresuradamente.

—¡Señora! ¡Madre mia de la Esperanza!—decia exhalando
fuerzas sollozos,—me siento morir, pero no he querido dejar
este mundo de amarguras y miserias sin despedirme de tí;
sin ver de nuevo tu rostro divino que tantas veces se me ha
aparecido en sueños rodeado de celestial resplandor. Ya sa-
bes con qué exactitud he cumplido el encargo de mi madre
moribunda de hacer que todos los sábados se cantase en
este sitio la Salve en tu honor. Al morir, desgraciadamente,
no puedo llevarme á la tumba la seguridad de que mi ruego
será obedecido como yo obedecí el de mi madre. Mi sobrino
es un jóven disipado, falto del temor de Dios, ¿guerrá cum-
plir mi encargo? Virgen pura, madre de Dios y de los pec-
adores, ilumina con un rayo de luz su entendimiento ofus-
cado por el error, y que nunca deje de resonar en estos muros
el himno de tu alabanza!—

Calló la anciana, y al cabo de breve pausa en que sus lá-
bios siguieron moviéndose silenciosamente, continuó:

—El médico no queria dejarme salir; mis amigas se opo-
nían á mi deseo, pero á pesar de todo cedieron á mis súplicas
conmovidas por mis lágrimas. Siento que la muerte se aproxima,
te he visto por última vez y puedo morir, pero antes de
dejarte para siempre, quisiera, reina y señora, que hicieras
comprender á mi débil razon humana que se cumplirá mi
deseo, que puedo dormirme al sueño de la muerte sin el te-
mor á que pierda el pueblo la costumbre de venir los sábados
á escuchar en mágicos ritmos la salutación divina que el
arcángel te dirigió. Hazme comprender que mi sobrino abri-
rá los ojos á la luz y los sentirá bañados por el fulgor inmen-
so de tu belleza celestial.—

Y al hacer esta súplica con todo el fervor de un alma
piadosa, gruesas lágrimas corrian por sus pálidas mejillas,
inundando su enflaquecido rostro. Su cuerpo, doblado por la
edad y los sufrimientos, señalaba un arco muy marcado, cu-
ya negra silueta, apenas se distinguía en las sombras cre-
cientes que inundaban la pequeña iglesia.

La noche se iba estendiendo por el recinto solitario; sólo
el débil fulgor de una lámpara pendiente del techo, alumbraba
en uno de los ángulos oscuros una figura de Jesús, hija
de los delirios del Greco, ese génio loco cuyo pincel abortaba
imágenes químéricas, espantosas, impotente á veces para ex-
presar las que forjaba en su imaginacion. Dos velas de cera,
turbando el silencio al chisporrotear en la sombra, ardian á
los piés de la Virgen de la Esperanza, cuyo rostro parecia
animarse al reflejar la luz pálida y mortecina de los cirios.
No se oia ningun ruido. La anciana, con la cabeza inclinada
sobre el pecho, proseguia sus oraciones. Hubo un momento
en que levantó los ojos para mirar á la imagen, y su rostro
sufrío una trasformacion completa, expresion de indefinibles
sentimientos que conmovian profundamente su alma. Una
extraña alucinacion se apoderó de ella. La pareció que la
venerable imagen se animaba sobre el blanco fondo del altar,
y la vió nadando en un nimbo luminoso, en un océano de
deslumbrantes resplandores en que se confundian los prime-
ros rayos del sol que nace y los vagos tintes que deja el po-

nerse entre las nubes que se amontonan á su paso como bandada de pájaros que le acompañan á Occidente. Los ángeles que vuelan á sus pies se animaban también, y por sus bocas sonrosadas, entreabiertas, como el capullo de las flores que reciben las gotas de rocío, parecía vagar una sonrisa celeste. Mientras todo el templo estaba invadido por la más densa oscuridad, el altar mayor era un foco poderoso de luz, de luz radiante, de luz inextinguible. La alegría irradiaba en el rostro de la anciana devota, que en vano buscaba oraciones que sus labios inmóviles se negaban á repetir. Y de la boca entreabierta de la Virgen, y de la boca entreabierta de los ángeles salió como un soplo tenue, muy tenue; el eco repitió ligero murmullo de palabras dichas en una lengua que no tenía nada de este mundo y que semejaba el ruido del viento al deslizarse entre las ramas de los árboles dormidos. Y la devota, incapaz de soportar más tiempo aquel resplandor que hería vivamente sus ojos, encantada por los mágicos acentos que sonaban como música deliciosa en sus oídos, dobló la cabeza y se inclinó hácia adelante en actitud respetuosa y humilde hasta dar con la frente en las desnudas losas del pavimento. Cuando la voz que de tal modo la suspendía elevándose sobre la tierra á esferas más brillantes, se disipó, y levantó de nuevo la cabeza, todo había desaparecido. Las imágenes habían vuelto á recobrar su habitual expresión. El templo se hallaba completamente á oscuras y sólo en torno de la Virgen esparcían su claridad las velas encendidas á sus pies. Entónces la anciana dirigiéndose á la Virgen:

—Gracias, madre mía,—murmuró,—tengo ya vuestra promesa y puedo morir tranquila.—

Después de esto se levantó penosamente; dió algunos pasos hácia el ara, y empuñándose sobre la punta de sus pies, puso devotamente sus labios en una punta del velo, bordado en oro, de la imagen. Luego, agarrándose á las paredes, á los bancos, á las columnas para no caerse, se dirigió hácia la puerta; mojó sus dedos en la pila del agua bendita, hizo en su frente la señal de la cruz, y volviéndose por última vez para dirigir á la iglesia su postrer mirada, salió á la calle, donde la esperaban sus criados, que no había querido entrar con ella, perdiéndose enseguida en una de las calles inmediatas.

Al día siguiente la campana de la parroquia muzábase de San Lúcas tañía tristemente pidiendo á los vecinos del barrio y á todos los que oyeran su tañido una oración por un alma que acababa de abandonar la tierra, y, por la tarde, inmenso cortejo asistía al entierro de doña Ana Rameros, muerta la noche anterior pocas horas después de su visita á la Virgen de la Esperanza. Las personas devotas que concurrían al acto deploraban, con la muerte de la virtuosa señora, que ya no se cantase más la acostumbrada Salve semanal á la madre de Jesús, pues D. Diego Hernandez, á quien pasaban los bienes de doña Ana, era un joven irreligioso é incapaz por tanto de respetar las promesas de su anciana tía. Los pobres, con sus plegarias y su llanto, formaban la mejor corona en la tumba que acababa de cerrarse sobre el cadáver de su protectora.

II

—Creedme, señor; no juzgueis ilusión de mis sentidos lo que es tan real y positivo como este aire que respiramos y este sol que nos ilumina. No os traigo mis observaciones de un día, sino mis observaciones de mucho tiempo; que conociendo lo desconfiado que sois, he vacilado mucho antes de decidirme á venir á buscaros, y durante estas vacilaciones mías he tenido ocasión de observar gran número de veces el milagro.

—¿Pero es posible, buen Ferran, que vengas á distraerme con esos cuentos que entretendrían quizá á tus hijos, pero que á mí no pueden interesarme lo más mínimo? Si has soñado, ¿á qué enojarme haciéndome creer en el relato de tus sueños? ¿Qué tengo yo que ver con los fantasmas de tu calentura ó los delirios de tu fantasía?

—Os lo juro, señor; no soy yo solo quien ha oído esa música suave, esos dulces acentos de que os hablo. Mi mujer, mis hijos, toda mi familia y algunos vecinos, hemos pasado horas enteras pendiente de esos coros celestiales que parecían sonar dentro de la iglesia. Pero antes de decirlo á nadie he querido contaroslo á vos para que presenciéis también el hecho portentoso, ya que la iglesia está enclavada tan cerca de vuestra hacienda.

—¿Insistes, pues, en hacerme creer la verdad de tu paternidad?

—Creedme, señor.

—¿Pero no comprendes que es vuestra imaginación la autora del hecho? ¿Qué solo en vuestra mente existen esas músicas y esos coros con que ahora me calienta la cabeza? Sois devotos de la Virgen de la Esperanza y estáis acostumbrados desde niños á rezar á sus pies la Salve todos los sábados. Ahora se ha suprimido esa Salve, y no queriendo persuadir á faltar á esa costumbre, que ya era en vosotros una necesidad, habeis dado rienda suelta á la fantasía para inventar historias, revolviendo el cielo y la tierra en apoyo de vuestras necesidades... Y á fuerza de decirnos vuestras historias habeis llegado á creerlas vosotros mismos, y ahora podéis jurar, sin miedo á jurar en falso, que todas las semanas oís músicas y cánticos en la iglesia, cerrada á todo el mundo... ¿Estáis seguros de que nadie puede entrar en ella?

—Ya lo creo, señor; ¿quién ha de entrar, si está cerrada á piedra y lodo, como vulgarmente se dice?

—Pues entónces, ¿por dónde entran esos seres que, según vosotros, rezan la Salve á la Virgen?

—Señor, no pueden ser hombres los que tengan esa devoción, pero los espíritus entran por todas partes, sin necesidad de puertas abiertas ni ventanas mal seguras.

—¿Y creéis en los espíritus?...

—Don Diego...

—De todos modos, tenéis un medio á vuestro alcance para salir de la duda que os atormenta.

—¿Cuál, señor?

—¿Quién tiene las llaves de la iglesia?

—¿Y quién ha de tenerlas, estando su limpieza á mi cuidado?

—Pues entónces, reúne en tu casa á tu familia y tus ve-

cinos, y así que oigais algún rumor, abrid las puertas precipitadamente, sin dar tiempo á que, sean espíritus ó cuerpos los que toquen, tengan tiempo á desaparecer, y vereis cómo sólo en vuestra fantasía existen esos ruidos y visiones.—

Ferran movió la cabeza.

—¿Qué, no te atreves?—le preguntó entónces D. Diego. —Señor, sabeis que los hombres no me intimidan, porque me habeis visto en la guerra pelear como bueno á vuestro lado. Pero con los espíritus... francamente; soy cobarde y no me atrevo, no, no me atrevo.

—Pues yo, que temo tan poco á los espíritus como á los hombres, llevaré á cabo esa prueba el sábado próximo. Esperame en tu casa á la hora en que antiguamente se rezaba la Salve á la Virgen. Quiero curarte de tu miedo y tus aprensiones.

—Hasta el sábado, pues, señor.

—Hasta el sábado, y no hables á nadie del asunto.—

Alejóse Ferran haciendo antes de salir una respetuosa reverencia á su señor, y quedóse éste un tanto pensativo y preocupado; pero prorumpiendo de pronto en una sonora carcajada cuyo eco tardó algún tiempo en extinguirse, exclamó:

—¡Valgame Dios, y qué cosas imagina la credulidad de estos hombres sencillos! Lo ménos cree el buen Ferran que todos los sábados envía Dios á sus serafines á la humilde parroquia de San Lúcas, para que él y los pocos vecinos de aquel barrio no pierdan esta antigua devoción. ¡Yo trataré de sacarlos de su error y persuadirles de sus ilusiones!—

Y tomando la espada toledana que dejara sobre la mesa al entrar en la habitación, y poniéndose inclinado hácia la sien derecha el airoso sombrero cuya ala le cubría graciosamente una gran parte de la cara, salió don Diego de la casa de sus mayores en que solo y huérfano vivía de lo que rentaba la hacienda de sus padres.

III

Don Diego Hernandez, que tan incrédulo se mostraba hácia lo que él llamaba sueños de la fantasía de Ferran, guarda de una gran casa á manera de palacio, que tenía enfrente á la parroquia de San Lúcas, era uno de los caballeros más ricos y considerados de Toledo. Joven y educado en la escuela de la guerra, que tanto adelanta la crianza de los hombres, y acostumbrado desde niño á andar por el mundo y ver tierras y pueblos y costumbres bajo las banderas de España que tremolaban á la sazón sobre todos los horizontes del mundo, no es extraño que su trato en la corte, donde los hábitos religiosos se relajaban, y su vida en los campamentos, donde casi se perdían, hubieran quebrantado en él aquella fé grande y sincera, aquella convicción profunda que sacra de su hogar cuando en el albor de su existencia le abandonó ganoso de honor y gloria, gloria y honor que por demás había conquistado. De aquí que no tuviera todas las simpatías de su tía, la venerable señora doña Ana de Rameros, que en ninguna manera podía perdonarle sus distracciones en el templo donde más se cuidaba de los bellos ojos de las devotas, que de las ceremonias de los sacerdotes; más de los arabescos y molduras con que el artista rodeara los altares y las hornacinas de los santos, que de las á veces chillonas imágenes en que sólo una fé profunda podía considerar la grandeza de Dios y las sublimidades de los justos. Y de aquí también que ni doña Ana pusiese á empeño conseguir de su sobrino que abandonase la corte para vivir á su lado, ni éste tampoco se decidiera á hacer este pequeño sacrificio á la anciana, hermana mayor de su madre, que muchas veces, durante la infancia del ingrato caballero, apartara de su cabeza infantil la cólera paterna, pronta á castigar en él cualquier travestimiento tan propia de su edad y de su natural revoltoso.

En Madrid se hallaba, pues, viviendo de las rentas de su hacienda, aumentada frecuentemente por las liberalidades de su tía que, no por creerle infestado del error, le amaba ménos, cuando recibió noticias del estado gravísimo en que esta se hallaba. Pidió al punto caballos, y sin despedirse de nadie, corrió á recoger, si aún era posible, las últimas caricias de doña Ana; pero el cielo, quizá en castigo de su incredulidad, como decían los vecinos enterados de las opiniones de D. Diego, quiso negarle esta merced, que es muchas veces un consuelo que dejan los que se van á los que, ménos dichosos que ellos, quedan errantes todavía por este valle de lágrimas esperando á su vez la orden de emprender el viaje, y cuando, después de haber reventado dos caballos en el camino, se apeó á la puerta de la casa de su tía, sólo pudo abrazar un cadáver. Lloróla, como debía, con llanto verdadero, porque su aflicción era sincera y profunda, y pasados los días destinados al dolor, fué poco á poco entregándose de la rica hacienda que la muerte traía á sus manos.

Y se cumplió la profecía de los que, en el entierro de doña Ana, se lamentaban de que las Salves que los sábados se cantaban á la Virgen de la Esperanza y otras piadosas devociones de la muerta señora, se perderían en el olvido, quedando solo como un recuerdo en la imaginación de los toledanos. Pródigo hasta el exceso D. Diego en todo cuanto con él se rozaba, era, no obstante, avaro para todo lo que fuera dar dinero á la Iglesia. Creía que á Dios le basta el culto interno del alma, y consideraba, por tanto, inútiles y superfluos todos los actos exteriores que, si acreditaban al que los cumple de ostentoso, no le acreditan de más fé. Durante algún tiempo trascurrieron una tras otra las semanas sin que los sábados por la tarde se abriera la iglesia de San Lúcas, antes tan concurrida por aquella causa y ahora desierta por lo general. La campana que tocaba en tal día el *angelus*, esa misteriosa salutación que dirige la tarde al ideal divino de María, á esa hora del crepúsculo en que la naturaleza, viuda del sol, parece envolverse en el manto sombrío de la noche, tañía de un modo mucho más triste como si—voz de la iglesia en cuya torre se ostentaba—deplorase su soledad y su abandono.

Quizá eran debidos á esto, y reconocían por origen el sentimiento de los toledanos, disgustados por la pérdida de aquella devoción, los rumores que corrían en el barrio, y de los cuales habíase encargado Ferran de ser intérprete cerca de su incrédulo señor. Decían que todos los sábados por la tarde, á la hora acostumbrada, los que pasaban por delante de la puerta de San Lúcas, cerrada á macha y martillo, oían cánticos llenos de dulzura y armonía que alababan la gloria

de la Virgen y suspendían los espíritus. Una vieja que, no pudiendo acostumbrarse á la idea de no rezar sus oraciones ante la imagen milagrosa, acudió los primeros días á sentarse á la puerta de la iglesia y rezar allí una oración por el alma de doña Ana, los había oído trémula de terror y espanto, estendiendo por el barrio la noticia. Al sábado siguiente, otros muchos acudieron al mismo sitio y escucharon también aquellos himnos melodiosos; cuando estos acabaron, uno de los oyentes, más soñador ó más crédulo que los otros, aseguró haber visto deslizarse á través de la torre y perderse en el cielo, una forma blanca; para los que le oyeron, aquella sombra era el alma de doña Ana Rameros, que venía, como de costumbre, á rezar su acostumbrada Salve á la Virgen de la Esperanza.

Pero esto no explicaba á quién pertenecían aquellas voces suaves y melodiosas que, con acentos no oídos, con notas no arrancadas jamás á los más armoniosos instrumentos, cantaban alabanzas á María; esto no explicaba nada, y por el contrario, dejaba en pié todas las dudas. Pensóse, por algunos, en dar aviso á las autoridades; pero antes de hacerlo, les pareció que debían poner el hecho milagroso en conocimiento de D. Diego; no por él, que no se lo merecía, sino por consideraciones á la buena memoria de sus nobles parientes, muertos ya, por desgracia, y que tan mal heredero habían dejado para que malgastase su hacienda, sin pensar para nada en las cosas divinas. Entónces fué cuando Ferran, que lo creía, que puesto en el tormento hubiera jurado cien y cien veces que él mismo había oído los cantos misteriosos, se encargó de la árdua tarea de convencer á su señor de que eran posibles los milagros, y de que á la sazón se estaba verificando uno en un sitio enclavado, puede decirse, en sus propios dominios. Cuando volvió de su comisión el buen Ferran, el júbilo resplandecía en su rudo semblante; es verdad que no había conseguido hacer creer al incrédulo don Diego, pero en cambio tenía su palabra de que iría á presenciarlo por sí mismo, y para Ferran, ir era ver, y ver, para un hombre como don Diego, era creer. Podía apostarse, sin temor á perder, que pocas veces, en el barrio de San Lúcas, fué esperado el sábado siguiente con la ansiedad que aquella semana. Se preparaba un ruidoso acontecimiento.

IV

Y el sábado llegó. Desde muy de mañana no se habló en el barrio de otra cosa. Ferran, sin salir de su casa, no hacía más que moverse á un lado y otro sin poder hallar sosiego en ninguna parte. Se paseaba muy deprimida por la habitación, se sentaba, volvía á levantarse y á pasear; hablaba solo y preocupado: diríase que iba á volver loco.

—Pero, hombre, ¿qué te pasa?—le preguntaba Marta, su mujer, que, azorada, seguía con los ojos todos sus movimientos.—Pareces poseído del demonio según lo inquieto que estás.

—¿No sabes,—le contestaba Ferran deteniéndose delante de ella,—no sabes que hoy es el día señalado por D. Diego para venir á presenciar lo que él llama una ilusión nuestra? ¿En qué concepto quedo yo con él si el hecho milagroso no se verifica hoy? Me llamará tonto y necio, y con razón. Yo, en su lugar, obraría del mismo modo.

—Pero, ¿y por qué no ha de verificarse, cuando todos los sábados se verifica?

—Porque... porque... ¡Vaya Vd. á saberlo! Por cualquier cosa. Sólo un santo, Santo Tomás, vió cuando pedía ver. Figúrate que el cielo no quiere aún atraer á D. Diego al buen camino, ó cree que su intervención en este asunto va á ser considerada por él como una superchería... Y después de todo,—añadió tras una breve pausa,—yo no sé qué me alegraría más, si verlo ó no verlo, porque los que cantan esa Salve deben ser ángeles ó espectros, y no me gusta gastar bromas con gente del otro mundo. No viéndolos, me evitaría los miedos que ahora voy á pasar, pues los hallaré en todas partes... Dicen que ver un espíritu es señal de muerte. ¿Quién sabe si ella será el castigo de mi curiosidad?

En vano Marta trató de calmar la agitación de que Ferran se hallaba dominado; á pesar de sus palabras de consuelo siguió el viejo escudero preocupado durante todo el día. Conforme éste adelantaba, veía extrañas visiones agitarse á su alrededor. A las cinco ya no se pudo contener. Cogió su capa, y embozándose en ella, salió de la casa diciendo á su mujer:

—Voy por D. Diego y me llevo las llaves de la iglesia. Que todos los que vengan nos espere. Antes de la hora en que el portento se verifica estaremos aquí los dos.—

Y abstraído en sus reflexiones se dirigió á la calle de la Plata, donde vivía su señor.

Vistiéndose estaba D. Diego á la llegada de Ferran, y al verle pálido y tembloroso, con las facciones alteradas y los ojos moviéndose extraviados en sus órbitas, no pudo contenerse y prorumpió en una estrepitosa carcajada.

—¿Qué es eso, buen Ferran? Has recibido noticias de que el milagro se ha suspendido por hoy, y vienes á rogarme que dejemos la prueba para otro día?

—No os burleis, señor; no os burleis de las cosas santas. El portento se verificará hoy, como los días anteriores, si el que todo lo puede lo permite; pero aunque no se verificase por cualquier cosa, solo asequible á su sabiduría, eso no podría demostrar nada.

—Pues entónces, ¿de qué provienen tu agitación, tu palidez?...

—Es que, llegado el día de la prueba, me estremezco solo al pensar que voy á ver espíritus del otro mundo...

—Calma, calma, mi fiel criado. Esos seres extraordinarios que con tanta frecuencia se presentan ante vosotros, hombres pusilánimes y crédulos en demasía, son ménos pródigos de sus visitas cuando tienen que habérselas con gente más acostumbrada á no dejarse imponer por alucinaciones. Ya verás como de todo esto no queda más que la molestia que voy á imponerme trasladándome ahora á barrio tan apartado como el de San Lúcas, y el recuerdo de la jugarreta que ya á hacerme tu miedo. Te prevengo,—añadió después,—que si sucede lo que yo presumo, voy á cobrarme en burlas y chanzonetas las incomodidades que me causas.

—Señor, sucederá lo que Dios quiera que suceda. Soportaré vuestras burlas pacientemente si el milagro no se realiza, y me regocijaré por vos si, por el contrario, llegáis esta tarde á convenceros de que hay algo maravilloso, algo más que una preocupación en este asunto.

—¿Es hora ya de dirigirnos á la iglesia?
—A penas, señor, si caminando á buen paso llegaremos allí al dar las seis, hora á que en este tiempo se rezaba antiguamente la Salve.
—Vamos, pues,—dijo D. Diego, que entretanto había acabado de vestirse, y uno tras otro, amo y criado salieron á la calle.—

Ni una palabra hablaron durante el trayecto. Ferran seguía preocupado sin que nada fuera bastante á sacarle de su ensimismamiento; D. Diego, con una mano sobre la empuñadura de su espada y la otra atusándose el fino y sedoso bigote que cubría su labio superior, caminaba con la vista alta para ver si á través de las cerradas celosías de los balcones y los pintados hierros de las rejas podía descubrir algún rostro bonito, algún par de ojos negros cuyo fuego le animase y cuyo encanto le siguiese el resto de la tarde, dándole fuerzas para soportar la prueba á que se preparaba. Así pasaron por la plaza de las Verduras, subieron por la calle de la Tripería, atravesaron la plazuela de San Justo y el laberinto de callejas en que está enclavada la iglesia de San Juan de la Penitencia, y dejándole atrás, avistaron á la izquierda los blancos muros de la parroquia de San Lúcas. En frente de ellos se alzaban los empinados riscos en que está empotrada la ermita de la Virgen del Valle, semejante á una paloma que hiciera allí su nido entre los grandes peñascos en que descuellan la *Peña del Moro*, ó una de esas florecillas silvestres cuyo germen arrastra el viento en su giro y lo deposita en la abertura de una roca, y crecen luego allí espontáneamente merced al rocío de los cielos y al aire de los campos.

Ya el sol se había hundido tras la barrera de montañas que confundiendo al parecer, en una línea con el cielo limitan por aquella parte el horizonte, y el día declinaba falto de sus rayos vivificantes. A lo lejos, envolviendo en una especie de manto vagoroso las orillas del río y robando su nitidez á las espumas, ligeras nieblas empezaban á levantarse sobre las dormidas aguas. Al pié del cerro y en las colinas inmediatas las casas de la ciudad morisca se agrupaban como tropel de viejas curiosas, vestidas de harapos, sentadas en las arenosas cimas, recordando con pena los tiempos pasados y contándose unas á otras las leyendas de aquellos lugares á través de los siglos pasados.

En torno á la pequeña iglesia, paradas ante sus muros blanquecinos, sin atreverse á apoyarse sobre ellos, poseídas de un temor supersticioso, diversas personas se agrupaban en número considerable aguardando la llegada de D. Diego, y haciendo vivas demostraciones de impaciencia ante la lentitud del tiempo, que indiferente á las luchas de la humanidad prosigue su carrera eterna sin apresurarla ni detenerse. Por fin avistaron á aquel á quien esperaban que apareció seguido de Ferran, y todos al verle se separaron con respeto. Aunque resentidos con él á causa de su poca devoción, no podían olvidar la memoria de sus padres, que como sagrado pabellon le envolvía cubriendo muchas de sus faltas. Saludó afablemente el mancebo y siguió hasta la puerta de la iglesia. El espectáculo de tanta gente que creía en lo que él dudaba, no pudo menos de conmovérle; además, aquellos sitios traían á su mente esos santos recuerdos de la infancia que en el curso de nuestra vida nos acosan y vienen á nosotros mezclados con los besos de nuestra madre y nuestros sueños de niño; divinas memorias que llaman al corazón y nublan los ojos y turban el alma; voces que salen de una tumba y nos trasportan al pasado, á la calma de la inocencia, á la dicha del hogar. Don Diego pensaba en todo esto; pensaba en sus padres, en su tía, pero recordó que no había ido allí á conmovérse, sino á aparecer sereno; á convencer del error en que estaban sumidos á aquellos viejos compañeros de sus primeros días, y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se rehizo y volviéndose á Ferran, le preguntó con voz burlona:

—¿No es hora todavía, Ferran?

Como si un sér invisible quisiera contestar á esta pregunta, el reloj de la catedral dió seis campanadas que sonaron como una voz lejana, y en el mismo instante, sin que nadie entrase en la iglesia ni apareciese en la torre, las campanas de San Lúcas comenzaron á tañer como tañían otro tiempo convocando al pueblo á la Salve de la Virgen. A los primeros tañidos, D. Diego volvió atrás la cabeza: Ferran estaba muy pálido y tenía apoyada una mano en la pared para no caerse. Los demás hablaban en voz baja entre sí y clavando sus ojos, llenos de reconvención, en el mancebo, mirábase luego con satisfacción.

Pero pronto cesó el ruido. Callaron las campanas y un rumor, pausado y débil en un principio, vibrante y fuerte despues, se oyó dentro de la iglesia, elevándose como un leve suspiro: era el batir de unas alas lejanas, el flotar de unas vestiduras; un ruido semejante al de la ola que se dilata por la arena; poco á poco fué haciéndose mayor, y estalló al fin, rompiéndose en ondas de armonía. Cántico misterioso en que estallaban los besos de los nidos y la cadencia de los arroyos y los suspiros del viento; cascada de piezas de oro, cayendo en confuso monton sobre un lecho de guijarros; dulce concierto en que cada sentimiento tenía una nota, y en que la naturaleza cantaba las alabanzas de la preciosa Virgen nazarena; rayos del sol judaico cayendo sobre las verdes campiñas galileas; rumores del lago Tiberiade; ecos de la vía dolorosa; ayes y gritos de la sombría noche del Calvario; acantos celestiales y voces humanas unidas cual por lazo misterioso por el hermoso nombre de María; todo esto era aquel purísimo canto que salía del templo y se alzaba á las alturas como una nube de incienso, extinguiéndose á lo lejos y envolviendo á los que le escuchaban en una atmósfera que parecía elevarlos fuera del mundo en que vivían. Desde que el canto empezó, todos los ojos se llenaron de lágrimas; á poco los circunstantes cayeron de rodillas, y así permanecieron suspensos, sin poder mover los labios ni pronunciar una palabra, pendientes de aquellas voces que sonaban junto á ellos. D. Diego no pudo evadirse al encanto general. Aquellas notas que oía fuera de sí vibraban en su alma despertando sentimientos dormidos hacia muchos años, recuerdos de su niñez, dulces leyendas de su infancia. Por última vez el demonio de la duda mordió su corazón, y prorumpiendo en un grito indefinible y arrojándose sobre Ferran:

—Trae las llaves,—gritó desahogado.—Quiero ver quiénes son los que cantan en la iglesia.—

Y arrancando las llaves á Ferran, de cuya cintura pendían, trémulo de impaciencia, ansioso de romper el velo que le ocultaba aquel arcano, lanzóse al pequeño pátio en que se alza la iglesia, abrió de par en par por un brusco movimiento las cerradas puertas, y dirigió una ávida mirada al templo. Pero retrocedió enseguida, dió un fuerte grito, y á su vez cayó de rodillas sin atreverse á traspasar el umbral: había visto una porción de ángeles envueltos en flotantes vestiduras, agitando sus alas de oro y nácar, y tañendo diversos instrumentos, de hinojos ante la imagen de la Virgen de la Esperanza, que aparecía envuelta en una atmósfera de luz. De sus labios entrecabiertos se escapaban aquellos acantos divinos, aquellos cánticos hermosos. El cielo no quería que faltase la Salve á la Virgen en la parroquia de San Lúcas, y enviaba á cantarla sus ángeles. En un rincón de la iglesia, arrodillada sobre su sepultura, doña Ana Rameros, que por permission divina volvía con este objeto á la vida, rezaba piadosamente, y uniendo sus manos medio carcomidas, movía sus labios descoloridos.

Cuando la Salve terminó, descendió el cadáver á su huesa; apagóse el resplandor vivísimo que rodeaba el altar, y los ángeles, envolviéndose en sus alas, se perdieron invisibles en el espacio. La multitud se precipitó á la iglesia. Don Diego continuaba arrodillado pidiendo á la misericordia de Dios indulgencia para sus faltas y perdón para su incredulidad.

V

Desde aquel día no ha vuelto á dejar de cantarse la Salve en la vieja parroquia de San Lúcas. Mientras vivió don Diego Hernandez, que cambió su nombre por el de *Diego de la Salve*, con el que le conoce la tradición, los mejores músicos y cantores de la catedral iban todos los sábados á aquel barrio apartado de Toledo á turbar con sus notas y sus cantos el silencio y la calma del reducido templo muzárabe. Hoy la canta el sacristán de la iglesia, acompañándose con un órgano ronco y destemplado; pero al que amante de las tradiciones conoce la que encierra aquel sitio, le parece estar oyendo la Salve tal como la cantaban los ángeles por mandato de Dios, hace ya más de tres siglos.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

AIRE, SOMBRA, POLVO, HUMO.

I

Vanidades de la tierra,
fugaces pompas del mundo,
glorias que el tiempo consume,
placeres de amargo fruto;

Quimeras que fugitivas
pasan en rápido curso,
ciencia que hasta Dios levanta
la arrogancia de su orgullo;

Ansia que la vida enciende,
fuego que apaga el sepulcro;
poder, riqueza, hermosura,
aire, sombra, polvo, humo.

II

Grande es el mundo que habito,
pero mi nombre es más grande,
porque las glorias del mundo
dentro del mundo no caben.

Yo moriré, y mi recuerdo
irá en los siglos que pasen;
tendré mi nicho en la historia,
será mi nombre un cadáver.

¡Glorial resplandor humano
que solo brilla un instante,
vapor que el sol desvanece,
humo, sombra, polvo, aire.

III

Ciencia que en tí sola fias
y de tí misma te asombras,
que no hallas luz ni misterio
que á tus miradas se esconda.

¿Quién insondable te oculta
en oscuridades hondas,
la medida sin medida
de la inmensidad que ignoras?

Ciencia de delirios llena
que nuestra soberbia forja,
rebelde ambicion del hombre;
humo, polvo, aire, sombra.

IV

Hoy la gentil hermosura
que resplandece en su rostro,
de admiracion llena el alma,
de dulce encanto los ojos.

Mañana, fecha terrible,
plazo que se cumple pronto,
serán tus encantos, ruinas,
serán tu hermosura, escombros.

La vida en la tierra es breve,
la juventud es un soplo,
relámpago la belleza...
humo, sombra, aire, polvo.

V

Gloria es la llama que enciende
en el corazón oculto,
amor como el alma eterno,
y como eterno, profundo.

Ciencia es la fé que ilumina
los arcanos más oscuros,
luz de la virtud que humilde
vive ignorada en el mundo.

Hermosura es la esperanza,
conciencia de un bien augusto,
gérmen de inmortal belleza
que Dios en el alma puso.

Lo demás que á nuestros ojos
pasa en rápido tumulto,
es vanidad, es locura,
aire, sombra, polvo, humo.

JOSÉ SELGAS.

TIPOS DE ARGOLLA Y MARUGA.

LETRILLA.

Ese quidam presumido,
que engrcido
en lo noble de su cuna,
á todo el mundo importuna
describiendo su blason,
donde hay gules, un leon,
tres gatos y una tortuga,
es de *faldeta y maruga*.

Pero el formidable Adan,
que holgazan,
solo tiene por oficio
hacer continuo ejercicio
en gimnástica polea,
y su puño en la pelea
al pobre contrario raja,
es mozo de *argolla y faja*.

Ese impúdico trastuelo,
cuyo anhelo
es pasar por calavera,
y no teniendo siquiera
para comprar mal tabaco,
queriendo pasar por taco,
tuerce el gesto, el ceño arruga;
es de *faldeta y maruga*.

Pero el tuno que te acosa
y te endosa
la demanda de un doblon,
moviéndote á compasion
con su desventura extrema,
y que firme en su sistema
come, bebe y no trabaja,
es pollo de *argolla y faja*.

Ese fornido mancebo,
que en el cebo
se prendió de astuta vieja,
que jamás en paz le deja
y su robustez esprime,
si pronto no se redime
del amor de esa berruga,
es de *faldeta y maruga*.

Y el *argonauta* menguado,
que enlazado
se vé á una rica heredera,
y siendo ayer un cualquiera,
hoy rueda francés landó
por que los ojos cerró
y no vió su honor en baja,
es tuno de *argolla y faja*.

Esa jóven que altanera,
ni siquiera
escucho afable cumplido,
motejando de atrevido
al que la obsequia risueño,
y en su quijotesco empeño
nunca el ceño desarruga,
es de *faldeta y maruga*.

Mas la que explota á cuarenta,
y contenta,
á este le toma un anillo,
del otro alivia el bolsillo,
de todos saca dinero,
y con rostro placentero
vé quebrar más de una caja,
es mujer de *argolla y faja*.

Ese lánguido poeta,
que le espeta
á su amada versos cien,
y lamentando el desden
que á su Dulcinea inspira,
en tanto pulsa su lira,
su erótico llanto enjuga,
es de *faldeta y maruga*.

Pero el poetastrero,
que embustero
aluda al que tiene oro,
mendigando sin decoro
con su violon el sustento,
y al prócer y al opulento
laudatoria rima encaja,
es bribon de *argolla y faja*.

Ese estúpido marido,
convertido
en maniquí de su esposa,
que arrogante y desdeñosa
le exige rico *moaré*,
y el misero á un pagaré
por comprárselo apechuga,
es de *faldeta y maruga*.

Pero el marido truhan,
que sin pan
deja á su infeliz costilla,
y cuanto dinero pilla
por el engaño y la treta,
lo sepulta en la ruleta
ó lo pierde á la baraja,
es pillo de *argolla y faja*.

Y á mí, que escribo sin tasa,
con escasa
chispa y obtuso magin,
una vez que llegué al fin
y dejo mi obra completa,
la *maruga y la faldeta*
es seguro que me encaja
un lector de *argolla y faja*.

¡AY QUÉ DOLOR!

Dicen que el mal de muelas
es mal de amores,
y yo tengo las mias
bailando el ole;
luego es bien claro
que me encuentro de veras
enamorado.

Cura males de amores
la vicaría;
cura el dolor de muelas
Nuñez dentista.
Grande es mi duda...
¿Iré á casa de Nuñez
ó á la del cura?

EPÍGRAMA.

Aunque Bernabé y Joaquina
eran amigos de antaño,
al fin rieron, y al año
se hallaron en una esquina.
—¿Qué haces? dijo Bernabé.
—¿Yo? Sirviendo.
—No te entiendo.
—Pues, sirviendo.
—Bien, sirviendo,
pero sirviendo... ¿de qué?

MARIANO RAMIRO.

Habana 1880.

CRONICA.

Aun cuando no fuera más que por su eficazísima propaganda para lograr que los daños causados por la emigración veraniega se remedien con la vuelta de los desertores del calor, Setiembre merecería ser saludado como el más trabajador y juicioso de los meses. Porque ya se sabe. En cuanto Agosto, arrepetido de habernos quemado la sangre, se vá, dejando por herencia el recuerdo de las verbenas y de los baños de mar, Setiembre hace voto de laboriosidad, y es de ver cómo se desvive por cumplirle. Si para lograrlo no ha encontrado más medio que cargarse de llaves, la culpa no es suya. Como los géneos desgraciados, ha tenido que sacrificar su ideal á las exigencias de la época, y á esto se debe que quien nació para llorar desengaños y cantar esperanzas, tenga que contentarse con ejercitar un oficio, que, sino es el de portero, se le parece mucho. Setiembre vive consagrado á abrir y cerrar.

Cierra los cofres y maletas, que fueron como las arcas de Noe en que las mujeres hubieran querido llevar un par de vestidos de cada color y de cada clase; cierra las angustias de los que esperaron en vano el premio grande de la lotería para viajar ó un estío nivoso y triste; cierra la temporada de verano tan llena de seducciones para el rico como desesperante para el pobre; cierra, en una palabra, la puerta á los viajes de recreo y á los trenes de ida y vuelta, con billetes á precios de fábrica. Y para abrir no está más perezoso. Abre los teatros por piezas, los anuncios de nuevas obras dramáticas, las Universidades, la animación en la política, los abonos al Real, y los andenes de las estaciones á los que regresan á Madrid.

Aun sin tratarse de trenes de recreo, el espectáculo de una estación en esta época de las despedidas ofrece siempre escenas nuevas é interesantes. El andén convertido en un verdadero campamento; los suspiros de los novios que se juran fidelidad eterna; las maletas que se pierden; los apretones de manos de los amigos; una señora gorda que llega tarde y un marido miope que por abrazar á su mujer abraza á un empleado de la línea.

Los que se fueron, siguiendo la moda ó huyendo de los abrasadores rayos del sol, vuelven con menos dinero, es cierto, pero contentos, satisfechos, llenos de ilusiones y de esperanzas, confiando en el porvenir, creyéndose capaces de todo. Han bebido agua milagrosa en Lourdes ó cogido conchas en la playa de San Sebastian, ó almorzado políticamente en Biarritz, y vuelven á Madrid dispuestos á exclamar como César: *vici*, si no les sorprende un descarrilamiento.

Es una sorpresa desagradable.
Pero frecuente.

No podemos hablar de desastres sin que, al mismo tiempo que á nuestra memoria el recuerdo de tantas desventuras como las tempestades y tormentas acaban de causar en la mayor parte de las provincias de España, venga á nuestro corazón un arrepentimiento sincero de habernos distraído de todo lo que no sea llorarlas como se merecen. En realidad, esta, más que una Crónica general de sucesos, debería ser un índice de desgracias.

La política ha enmudecido y la tempestad ha hablado. Si en el negro horizonte de la política española contemplamos con honda pena su decaimiento y su apatía, mirando al cielo vemos el relampago que aterra y el rayo que mata. Si es en vano buscar un suceso que despierte el interés público, que aliente risueñas esperanzas, que siquiere dé fortaleza para la lucha ó haga vislumbrar el sol de redención, en vano es también buscar remedio eficaz, y pronto, dada la censurable indiferencia del actual Gobierno, para los desastres

que hoy lamentan casi todas las comarcas españolas. Escuchemos las tristes quejas del agricultor que ve destruido el trabajo de muchos meses por la tormenta de un día. No nos hablan más que de cosechas perdidas, líneas férreas interceptadas, casas ruinosas, luto y miseria.

La línea de Zaragoza inundada é interrumpida en un largo trayecto; Mércia victima de una lluvia torrencial durante cuatro horas que inundó dos barrios; Alicante amenazado de terribles pérdidas, y la fértil vega de Granada destruida por completo, son retrato fiel del aspecto que en la actualidad presentan la mayor parte de las provincias de España.

Estas desgracias que nuestros pobres agricultores tienen que agregar á su lamentable atraso, á las crecidas cuotas de contribución que están obligados á satisfacer, á los varios impuestos que sobre ellos pesan por distintos conceptos, bien merecerían que el Gobierno pensase algo sobre ellas con la sana intención y el decidido propósito de remediarlas. Dispuesto á seguir este camino, de que se ha visto separado siempre, y bien fácil es de averiguar la causa, el Gobierno, antes que nada, debe consultar la opinión de las Cortes. Pero no lo hará, estamos seguros de ello. Esto podría proporcionar una derrota, y para el Gobierno antes que reparar las desdichas del país, está ponerse á cubierto de un golpe imprevisto. Cuando los demás lloran, se tapa la cara con la mano para que vean que también vierte lágrimas. De este modo, ni él se compromete, ni los desastres de los pueblos se remedian, pero en cambio puede vivir tranquilo. Hace como un médico muy famoso.

Siempre que oye tocar á muerto, se receta descanso con merienda.

Los periódicos han dado ya cuenta detallada de la catástrofe ocurrida en Logroño; de las víctimas causadas por el siniestro; de los cadáveres extraídos del Ebro; y de cuanto con este terrible suceso se relaciona. Toda España se ha conmovido oyendo la noticia de tan grande desventura, y la llora hondamente. Ha sido espantosa. Cerca de cien soldados muertos; una batalla ganada por la desgracia; una traición de lo imprevisto.

Eran jóvenes, valientes, decididos, llenos de vida y de esperanzas. Al cruzar el puente colgante, que para ellos escondía la muerte, la banda de música del regimiento de Ingenieros iba tocando. La música despierta siempre en nuestro ánimo sensaciones dulcísimas, fortalece en nosotros la esperanza, alienta el deseo y nos hace soñar. ¡Cuántas emociones distintas produciría en aquellos soldados! Unos pensarían en el hogar abandonado, otros en la mujer querida, alguno, tal vez, en la gloria. ¡Locura! La paz les hacía pensar en la felicidad y no en la muerte; y sin embargo, la muerte estaba allí cerca de ellos. Algunos pasos más, y el puente se hundía, arrastrando al caer un centenar de víctimas.

Lo que pasó allí no es posible describirlo. Se cuentan escenas de desinterés admirable, esfuerzos titánicos, actos de arrojo, verdaderos milagros, pero todo fué inútil. Al bélico sonar de la banda de música, sucedieron los gritos de desesperación de los moribundos; á la alegría el espanto; á la esperanza la negra tristeza, y bien pronto se llenó Logroño de luto. De todas las catástrofes que la imprudencia ó la casualidad han formado ninguna tan terrible como la que ha diezmando el batallón de Ingenieros de Valencia.

¡Dios haya acogido en su seno las almas de los pobres soldados! Este no es momento oportuno para buscar imprudencias y responsabilidades: es ocasión tan sólo de llorar un duelo de la patria.

Otro duelo.

Gonzalo Calvo Asensio, el escritor erudito y elegante, el cariñoso amigo, heredero de un nombre ilustre, de claro talento, de porvenir brillante, ha muerto.

Si las lágrimas de sus amigos pudieran regarla, no se marchitaría nunca la corona de siempre vivas que se ha colocado sobre su tumba.

Los que conociendo los motivos que los jefes del Directorio fusionista habían tenido para celebrar la conferencia de San Sebastian, y no explicándose el resultado aparente de aquel acto político, quisieron encontrar detrás de los acuerdos oficialmente publicados, alguna decisión de mayor importancia, no se han equivocado, por lo visto. Hasta ahora, los acuerdos secretos, si los hubo, secretos están; pero la protesta de los diputados y senadores ha alzado un poco el velo que los cubría, y si no se sabe con entera exactitud qué puntos abrazan, es fácil predecir, sin temor á rectificaciones y á enojos, que tendrán trascendencia.

Lo que no han hecho los consejos de la prensa democrática, las burlas de los periódicos ministeriales, la conveniencia ni los desengaños, lo ha logrado con su erudición el Sr. Cánovas del Castillo. La paciencia de los fusionistas, á prueba de desdenes, y sus esperanzas á prueba de triunfos de los húsares, se ha estrellado contra el decreto de 22 de Agosto. Necesariamente, ó la erudición del señor presidente del Consejo de ministros es indigesta, ó el decreto, más que una disquisición histórica y una prueba de lo mucho que ha estudiado el Sr. Cánovas, es una confirmación de la gran confianza que la Corona le dispensa. Sea de ello lo

que quiera, el hecho es que el silencio se ha roto, que los fusionistas han dirigido al Gobierno una protesta viril, oportuna y enérgica, que á la paciencia desesperante ha sucedido la censura fundada, y que ahora es cuando puede decirse que la guerra comienza.

La primera batalla ha sido ganada en toda la línea por los diputados y senadores de la fusión. La protesta es una lección de derecho constitucional para el Sr. Cánovas; un acto á que estaban obligadas las oposiciones dinásticas. La dignidad de Príncipe de Asturias, que de derecho corresponde á los inmediatos sucesores á la corona, hijos de los reyes reinantes, sean varones ó hembras, solo pertenecerá en adelante, si el decreto de 22 de Agosto se cumple, á los inmediatos sucesores que tengan la calidad de varón, quedando privadas en absoluto las hembras de tal derecho, y los fusionistas conociendo que el Gobierno responsable ha alterado las condiciones jurídico-políticas de ese acto tan grave, han protestado solemnemente someter á las Cortes la virtualidad de un decreto que se atreve á derogar la ley vigente.

Estamos, pues, en el caso de hacer exigible la responsabilidad ministerial.

Pero no se nos olvida aquella opinión acertadísima de un publicista muy notable:

«Los ministros son culpables con mucha frecuencia, acusados muy pocas veces, condenados casi nunca y penados jamás.»

Bueno será que esto que á nosotros no se nos olvida lo aprendan los fusionistas de memoria.

Hablar de más sucesos políticos fuera empeño inútil. La política sigue, más bien que veraneando, en situación de reemplazo. Todas la novedades de ella están reducidas á saber que los carlistas siguen contando en las Provincias Vascongadas con el apoyo del Gobierno, del cual se valen para mostrarse envalentonados y desdenosos; que los moderados, como el alma de Garibay, andan por los espacios esperando un cubierto de que dar fin; que los fusionistas residentes en la frontera almuerczan y se bañan; que la distancia que separaba á San Sebastian de Biarritz se ha estrechado tanto, que, si no en el mapa geográfico, en el de las oposiciones esos dos puntos aparecen muy confundidos, y que los progresistas-democráticos organizan sus comités, y levantan de nuevo en medio del mayor entusiasmo la bandera que fué un día en el poder de libertad y orden admirables.

En esta actitud colocados esperan los partidos de oposición la llegada de futuros sucesos.

Aunque no somos ministeriales, no negamos que los conservadores esperan aún mejor.

La esperan comiendo.

Los teatros por horas han adelantado bastante la de su inauguración. Aún no hemos dejado de mirar con miedo al termómetro, y ya se quiere que leamos con gusto los carteles donde se anuncian *Los dos preceptores*, *El memorialista*, *Una vieja*, y otras novedades de igual fama. Esto es una tiranía ó una prodigalidad. Pero nosotros no podemos admitir ni una cosa ni otra. La tiranía, porque el público, en materia de espectáculos, no conoce otra que la de los revendedores. La prodigalidad, porque nos parece ruin para la empresa, que por un real nos proporciona:

Asiento para una hora.

Música.

Una comedia en un acto.

Luz.

Y asfixia.

Aunque parece baratísimo, aun vamos á tener un teatro á menos precio. Se está levantando cerca de la plaza de Lavapiés, podrá contener dos mil espectadores, y cada uno de éstos pagará por cada función un *perro grande*. Si aun no está titulado el nuevo teatro, debía llevar por nombre el precio de la localidad. Alguien cree que este negocio será fabuloso. Nosotros opinamos que puede serlo.

Si cada billete da derecho á un asiento en el teatro y á estar escoltado por una pareja de orden público.

En el teatro del Príncipe Alfonso se ha ensayado mal una revista en dos actos titulada *Madrid y sus afueras*.

El ensayo fué de lo poco que se conoce. Las máquinas andaban torpés, las bailarinas se ruborizaban, los cómicos se miraron asustados, el apuntador daba voces como si más que apuntar pregonase, las decoraciones aparecieron torcidas, y faltó poco para que avergonzado se apagase el gas.

Hubo un momento en que, sin saber cómo, uno de los actores se encontró entre el telón echado y el público deseando echarse á dormir. ¡Terrible momento para el émulo de Talma! Hablaba y nadie quería oírle, buscaba medio de esconderse y desde dentro le cerraban toda salida, pidió mil perdones al público, y el público como si le pidiesen de nuevo el precio de las localidades.

Aquello era un cuadro de las afueras de Madrid.

La plaza de toros.

Dicen que este año ganará Lagartijo 40.000 duros.

Es de esperar que Pradilla cambie los pinceles por la muleta.

MIGUEL MOYA.

ANUNCIOS.

Les annonces étrangères sont reçues à Paris, Agence Havas, 8 Place de la Bourse et à Madrid Agence Havas-Fabra, calle de la Bolsa, 12.—Ces agences ont la régie exclusive des dites annonces.

GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream para la barba —Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis.—Sti boide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Ateniense y agua Lustral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet María Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposicion de Paris.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Bouquet Imperial del Brasil.—Agua de S. M. el rey Don Fernando.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcoolat de Achicoria, para la boca.

HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA
Paris, 10, Rue St. Georges
Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.
BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.
Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.
Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.

CASA GENERAL DE TRASPORTES
DE
JULIAN MORENO
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.ª
MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA
SASTRES.
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3.



VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMPANÍA.
NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1880.
PARA PUERTO-RICO Y HABANA.
Salen de Cádiz los días 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los días 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.
Se expenden tambien billetes directos vía de Cádiz, para
SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS,
con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea.
Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros, para su mayor comodidad, además de las que ocupen.
Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll y compañía.—Coruña, E. da Guarda.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

CÁPSULAS y GRAGEAS
De Bromuro de Alcanfor
del Doctor CLIN
Laureado de la Facultad de Medicina de Paris. — PREMIO MONTYON.
Las Cápsulas y las Grageas del Dr. Clin se emplean con el mayor éxito en las Enfermedades Nerviosas y del Cerebro, las Afecciones del Corazon y de las Vias respiratorias y en los casos siguientes: Asma, Insomnio, Tos nerviosa, Espasmos, Palpitaciones, Coqueluche, Epilepsia, Histerico, Convulsiones, Vertigos, Vahidos, Alucinaciones, Jaquecas, Enfermedades de la Vejiga y de las Vias urinarias, y para calmar las excitaciones de todas clases.
Desconfiar de las falsificaciones y exigir como garantia en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma de CLIN y C.ª y la MEDALLA del PREMIO MONTYON.

GRAGEAS, ELIXIR y JARABE
DE
Hierro del Dr Rabuteau
Laureado del Instituto de Francia.
Los numerosos estudios hechos por los sabios mas distinguidos de nuestra época, han demostrado que las Preparaciones de Hierro del Dr Rabuteau son superiores á todos los demas Ferruginos en los casos de Clorosis, Anemia, Palidez, Pérdidas, Debilidad, Extenuacion, Convalecencia, Debilidad de los Niños, y las enfermedades causadas por el Empobrecimiento y la alteracion de la Sangre a consecuencia de las fatigas y excesos de todas clases.
LAS GRAGEAS DE HIERRO RABUTEAU no ennegrecen los dientes y las digieren los estomagos mas débiles sin la menor molestia: se toman dos grageas por la mañana y dos por la tarde antes de cada comida.
EL ELIXIR DE HIERRO RABUTEAU está recomendado á las personas cuyas fuerzas digestivas estan debilitadas: una copa de licor mañana y tarde despues de cada comida.
JARABE DE HIERRO RABUTEAU especialmente destinado á los niños.
El tratamiento ferruginoso por las Grageas Rabuteau es muy económico.
ACOMPANA A CADA FRASCO UNA INSTRUCCION DETALLADA.
Desconfiar de las falsificaciones y sobre cada frasco exigir como garantia la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C.ª y la Medalla del PREMIO MONTYON.
El Hierro Rabuteau se vende en las principales Droguerías y Farmacias.

NOTICE.

Advertisers and subscribers are requested to apply to our sole Agent in the United Kingdom Mr. P. Sañudo, 18 Anley Road, West Kensington Park W., of Whom may be had full particulars.

CÁPSULAS MATHEY-CAYLUS
Preparadas por el Doctor CLIN. — PREMIO MONTYON.
Las Cápsulas Mathey-Caylus, con tenue envoltura de Gütten, no fatigan el estómago y estan recomendadas por los Profesores de la Facultad de Medicina y los Médicos de los Hospitales de Paris, para curar rápidamente las Pérdidas antiguas ó recientes, la Gonorrea, la Blenorragia, la Cistitis del Cuello, el Catarro y las Enfermedades de la Vejiga y de los Organos genito-urinarios.
DEBEN TOMARSE DE 9 A 12 CÁPSULAS AL DIA.
Acompaña á cada frasco una instruccion detallada.
Las Verdaderas Cápsulas Mathey-Caylus se encuentran en las principales Droguerías y Farmacias, pero debe desconfiarse de las falsificaciones y exigirse en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C.ª y la Medalla del PREMIO MONTYON.

BANCO DE ESPAÑA.

Nota de las obligaciones del Banco y del Tesoro, serie exterior, que han sido amortizadas en el sorteo celebrado en el día de hoy.

| Numeracion de las obligaciones que deben ser amortizadas. | Numeracion de las obligaciones que deben ser amortizadas. |
|---|---|
| Del 4101 al 200 | 2658 |
| 7501 100 | 2696 |
| 9901 10000 | 2857 |
| 23601 700 | 2952 |
| 24901 25000 | 2962 |
| 48701 800 | 3097 |
| 50501 600 | 3112 |
| 61001 100 | 3174 |
| 65101 200 | 3227 |
| 6801 900 | 3291 |
| 66301 400 | 3325 |
| 69801 900 | 3394 |
| 70701 800 | 3413 |
| 76301 400 | 3485 |
| 80601 700 | 3505 |
| 82801 900 | 3588 |
| 84801 900 | 3670 |
| 91001 100 | 3752 |
| 96001 100 | 3799 |
| 102801 900 | 3836 |
| 103501 600 | 3857 |
| 116801 900 | 3936 |
| 118301 400 | 3942 |
| 119201 300 | 4033 |
| 120401 500 | 4063 |
| 126501 600 | 4096 |
| 141701 800 | 4127 |
| 148201 300 | 4143 |
| 153301 400 | 4291 |
| 156101 200 | 4314 |
| 164701 800 | 4319 |
| 164901 165000 | 4322 |
| 176501 600 | 4362 |
| 177801 900 | 4412 |
| 180601 700 | 4483 |
| 185401 500 | 4530 |
| 195301 400 | 4558 |
| 209701 800 | 4635 |
| 215401 500 | 4694 |
| 216401 500 | 4720 |
| 232701 800 | 4754 |
| 235901 236000 | 4765 |
| 25001 100 | 4769 |
| 259301 400 | 4804 |
| 260201 300 | 4821 |
| 261701 800 | 4942 |
| 262901 700 | 4982 |
| 263301 400 | |

Madrid 1.º de Setiembre de 1880.—V.º B.º—Por el gobernador, Se cades.—El secretario, Manuel Ciudad.

BANCO HISPANO-COLONIAL.
ANUNCIO.

Disponiéndose en la real órden de 11 del actual, expedida por el ministerio de Ultramar, que los tenedores de carpetas provisionales de los billetes hipotecarios del Tesoro de la isla de Cuba puedan pedir, donde les convenga, el domicilio de sus carpetas, tanto para el cobro de intereses y amortizacion, cuanto para el cange de las mismas por los billetes definitivos, el Consejo de Administracion, con objeto de cumplimentar la citada real órden, ha acordado que desde luego se admitan las solicitudes para el domicilio de las referidas carpetas.
Al efecto, los tenedores de estos valores que deseen domiciliarlos en el punto determinado, formularán sus peticiones en facturas impresas, que se facilitarán gratuitamente en las oficinas del Banco, en Barcelona, en depositen con él hasta el 25 del citado mes de Setiembre.
Desde el día 10 se admitirán en la Caja de efectos los valores que á continuacion se expresan para el pago de intereses y amortizacion, y por el órden siguiente:
Dias 10, 14 y 17; cupones y obligaciones amortizadas del Banco y Tesoro, serie interior.
Dias 11, 15 y 18, id. é id. id., del idem, id., serie exterior y de aduanas.
Dias 13, 16 y 20 cupones de bonos y bonos amortizados.

BANCO DE ESPAÑA.

Venciendo en 1.º de Octubre próximo el coupon de las obligaciones del Banco y del Tesoro, series exterior é interior; del Tesoro sobre el producto de Aduanas, y de los bonos del Tesoro mismo, se previene á los depositantes que quieran retirar los preferidos que pones en rama se sirvan manifestarlo antes del día 4 de Setiembre inmediato para que deje de cortarlos el Banco.
Este establecimiento, sin embarcaciones en facturas impresas, que se facilitarán gratuitamente en las oficinas del Banco, en Barcelona, en depositen con él hasta el 25 del citado mes de Setiembre.
Desde el día 10 se admitirán en la Caja de efectos los valores que á continuacion se expresan para el pago de intereses y amortizacion, y por el órden siguiente:
Dias 10, 14 y 17; cupones y obligaciones amortizadas del Banco y Tesoro, serie interior.
Dias 11, 15 y 18, id. é id. id., del idem, id., serie exterior y de aduanas.
Dias 13, 16 y 20 cupones de bonos y bonos amortizados.

Desde el 21 en adelante se admitirán toda clase de valores sin distincion.

Al respaldo de los efectos amortizados, deberá ponerse el siguiente endoso: «Al Banco de España para su amortizacion y pago.» Fecha y firma del presentador.

Comprobados los efectos á que se refiere el párrafo precedente con sus respectivas facturas, se entregará el correspondiente documento al interesado, con el señalamiento del día en que ha de tener lugar el pago por la Caja de efectivo.

El pago de los intereses de los valores antes detallados, depositados en este establecimiento, se verificará desde el día 2 de Octubre, y desde la misma fecha podrán presentarse en la Intervencion los depositantes con los resguardos respectivos á recoger el oportuno libramiento.

Los valores que, formando parte de un depósito, sean amortizados, deberán ser retirados por los interesados, á fin de hacer por sí la presentacion de aquellos en la forma que queda establecida.

Los que deseen domiciliar en provincias el pago de intereses y amortizacion de las obligaciones y bonos, lo manifestarán por escrito al Banco hasta el 15 de Setiembre, y á las sucursales y comisionados hasta el 22, expresando el número de cada uno de los efectos que hayan de domiciliarse; en el concepto de que pasados aquellos dias sin haberlo solicitado, sólo se pagará en la caja de este Establecimiento los intereses y amortizacion.

Madrid 30 de Agosto de 1880.—El secretario, Manuel Ciudad.

OBRAS NUEVAS.

UN VIAJE A PARIS POR EMILIO Castelar, seguido de un guia descriptivo de Paris y sus cercanias, por L. Taboada.

Si Paris no es ya para muchos el cerebro del mundo civilizado, es sin duda para todos el corazon que regula y difunde el movimiento de las ideas. Por esto conviene siempre conocer ese foco donde se concentra é irradia á la vez toda la vida de nuestro siglo. Y este libro presenta la gran ciudad en una de las crisis más trascendentales de su dramática historia; el período en que se estableció por tercera vez la República, está iluminado, más que descrito, por un pincel inimitable: la pluma de Castelar.

Parecimos que completaria el conocimiento de ese fecundo escenario un guia de Paris y sus cercanias, cuyo mérito consiste principalmente en la abundancia de útiles noticias y en el método y la claridad de su exposicion. Con él son, en verdad, innecesarios los servicios de modestos y costosos tutores. Los suple sobradamente un precioso plano de Paris y los del Louvre, sin cuyo auxilio no podrán recorrerse aquellas vastas y ricas galerias.

Todo está contenido en un tomo manuable de unas 600 páginas, de letra compacta, que se vende á reales..... 20

Los pedidos de cualquiera de estas obras se harán á la sucursal en Madrid de LA PROPAGANDA LITERARIA, calle de Leon, 12, principal, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correos.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.ª
Cafos, 1.